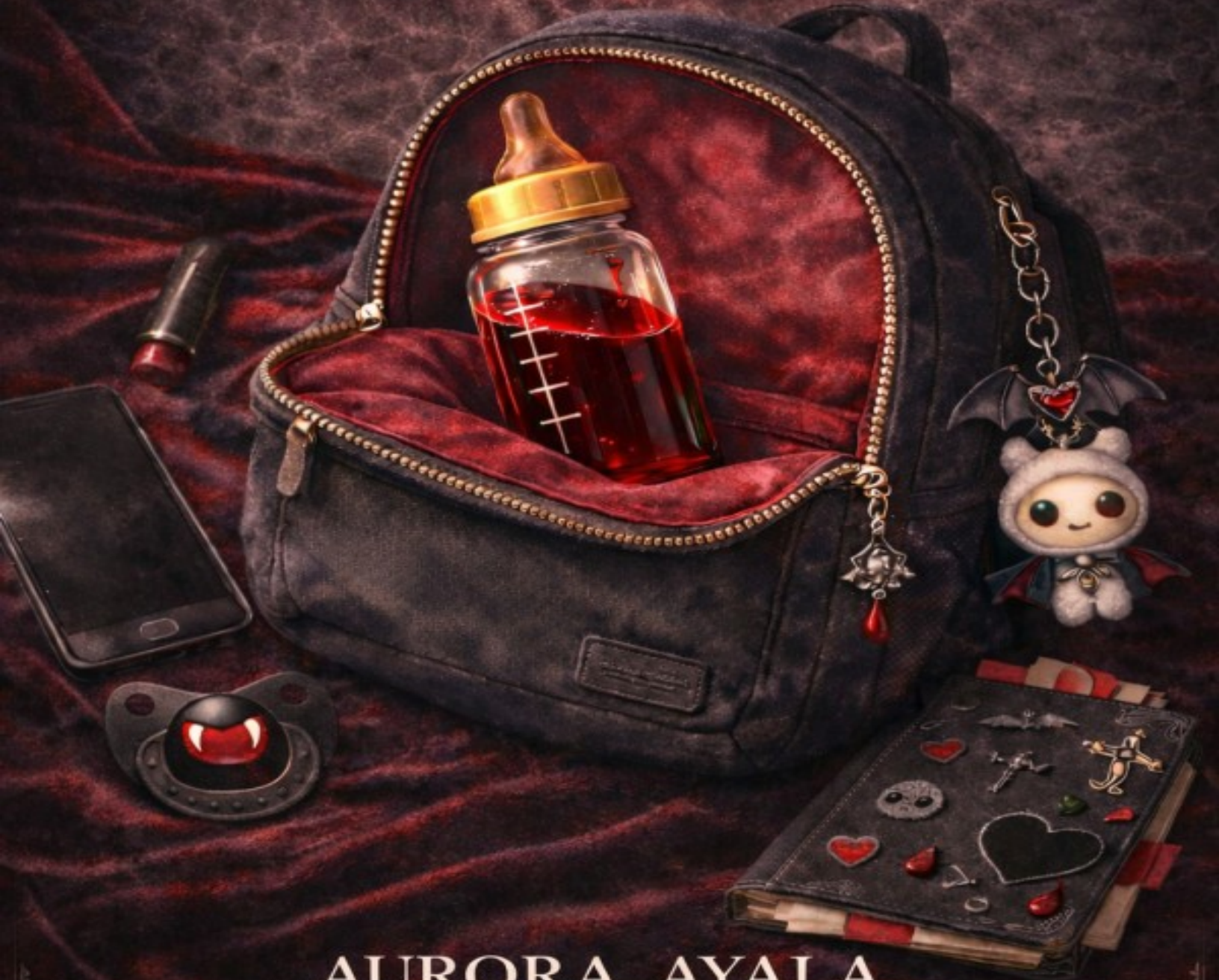
Me dejaron UN BEBÉ... y es vampiro

Una comedia paranormal



AURORA AYALA

LIBRO 1

ME DEJARON UN BEBÉ...
Y ES VAMPIRO

Aurora Ayala

ME DEJARON UN BEBÉ... Y ES VAMPIRO

© 2025 Aurora Ayala

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

Publicado de forma independiente

Primera edición: 2025

Para todos los que alguna vez pidieron
algo sobrenatural y el universo les escuchó.

Capítulo 1

Cuidado con lo que deseas

Llevo tres años pidiéndole al universo que me pase algo sobrenatural.

Tres años encendiendo velas negras en mi habitación, leyendo el tarot aunque no tengo ni idea de lo que significan la mitad de las cartas, comprando cristales en tiendas que huelen a incienso y a culo de hippie, y publicando en mis Stories frases profundas del palo de "estoy abierta a la magia del universo".

El universo, por lo visto, me estaba escuchando.

El muy cabrón.

Me llamo Margarita Torres, tengo diecisiete años, y vivo en Vallecas. Sí, Vallecas. Ese barrio de Madrid donde lo más sobrenatural que pasa normalmente es que el vecino del quinto vuelve pedo a las cuatro de la mañana cantando rancheras desafinado.

Pero yo me hago llamar Margo. Como amargo. Porque Margarita es nombre de abuela, de flor cursi que regalan en las bodas, de señora que ofrece caramelos de menta en el banco del parque. No es nombre de alguien que tiene un altar con velas negras y pósters de Crepúsculo en la pared.

Los pósters de Crepúsculo son irónicos.

Eso digo.

Mi madre dice que mi "fase gótica" es "una fase". Llevo cuatro años en la fase. Creo que a estas alturas ya no es una fase, mamá. Es una identidad.

Pero bueno.

Esa noche todo empezó normal.

Había quedado con Nico y Lola en el parque de siempre, que es básicamente un descampado con tres bancos y un columpio

oxidado. Nico es mi mejor amigo desde primaria, y Lola es... Lola. Difícil de explicar. Imposible, eso sí.

Nico es como mi ancla. Normal, tranquilo, con cara de buena persona. No entiende mi rollo gótico pero me quiere igual. Eso dice. Que soy rara. Pero que mola.

Lola es justo lo contrario: rosa, purpurina, quiere ser influencer cuando sea mayor. No entiendo cómo somos amigas, pero de alguna manera funciona y aquí estamos.

El caso es que estábamos ahí sentados.

—Tíos, presiento que esta semana va a pasar algo —les dije, dándole vueltas a mi anillo con forma de calavera—. Algo gordo. Lo noto. El tarot me ha salido La Torre tres días seguidos.

—¿Y eso no es algo malo? —preguntó Nico.

—Es cambio. Transformación. Significa que todo se va a ir a la mierda.

—Ah, genial. Suena muy positivo.

—Tía, ¿y si conoces a un vampiro buenorro? —Lola ni siquiera levantó la vista del móvil—. O sea, imagínate que te encuentras a uno en el metro o algo así.

—Los vampiros buenorros no cogen el metro, Lola.

—¿Y tú qué sabes? A lo mejor sí. A lo mejor hay uno ahora mismo en la línea 1.

Nico puso los ojos en blanco. Yo me quedé pensando.

Ojalá.

El caso es que tenía razón.

Algo pasó.

Solo que no como esperaba.

Volví a casa sobre las once de la noche. Vivimos en un bajo, lo cual es genial porque puedo escaparme sin despertar a nadie. Entro por la ventana de mi cuarto, la que da al patio interior.

Llevo años haciéndolo.

Al menos eso creía.

Me quité los cascos, me guardé el móvil en el bolsillo, y trepé hasta la ventana como siempre.

Entonces vi que había algo en el alféizar.

Una cesta.

Una cesta de mimbre, tamaño mediano, con una manta encima.

¿Pero qué coño...?

Me acerqué a la ventana y la abrí.

Levanté la manta.

Un bebé.

Un bebé pequeñito.

Calvo, pálido, con los ojos cerrados y las manitas diminutas.

Había una nota.

La cogí con dedos temblorosos:

"Cuídalo. Sabrás qué hacer."

¿Sabré?

¿SABRÉ QUÉ HACER?

Tía, yo no sé ni hacerme la declaración de la renta. Una vez tuve un cactus y se me murió en tres días. ¿Y esta persona quiere que cuide un bebé?

Miré al bebé otra vez.

Seguía dormido.

Era mono.

Muy pálido, muy pequeño.

Raro.

No.

No, no, no.

Esto tenía que ser una broma. Una broma muy elaborada. A lo mejor era uno de esos bebés realistas de plástico, ¿no? La gente los compra para hacer prácticas de maternidad.

Me incliné más cerca del bebé.

Respiraba.

Era real.

Y entonces, justo cuando mis neuronas estaban a punto de cortocircuitar, abrió la boca.

Bostezó.

Y vi los colmillos.

Ay, joder.

Joder, joder, joder.

El bebé tenía colmillos.

Pequeñitos, pero colmillos.

Afilados como agujas de coser.

Se parecía a Nosferatu. Igualito a Nosferatu pero en miniatura, con las orejas un poco puntiagudas, la piel tan pálida que casi se transparentaba, la cabeza calva y brillante...

Joder.

Joder, joder, joder.

El bebé abrió los ojos.

Rojos.

Yo di un paso atrás.

El bebé dio otro bostezo.

Y entonces hizo algo, el gesto más inesperado del universo, extendió los bracitos hacia mí.

Quería que lo cogiera.

Un bebé vampiro quería que lo cogiera en brazos.

Me quedé mirando al techo.

—Universo —dije en voz baja—, cuando pedí algo sobrenatural no me refería a ESTO. ¿No podía ser un novio vampiro buenorro como en los libros? ¿Un tío alto y misterioso que me mirara con intensidad oscura? ¿Era mucho pedir?

El bebé gorjeó.

—Ma —dijo.

No.

NO.

—No soy tu ma —le dije al bebé vampiro—. Soy tu... canguro temporal. Tu au pair de emergencia. Tu...

¿Qué coño era?

El bebé seguía mirándome con esos ojos rojos. Pero no daban miedo. Bueno, un poco. Pero también eran... monos. Redonditos. De bebé.

Mierda.

Era mono.

El bebé vampiro era mono.

Y yo, Margarita Torres de diecisiete años de Vallecas que llevaba tres años pidiendo que le pasara algo sobrenatural, me di cuenta de que el universo me había escuchado.

Solo que no exactamente como quería.

Ni de coña como quería.

Miré al bebé. El bebé me miró a mí.

—Ma —repitió.

—Que no soy tu ma, ¿vale? —susurré—. Soy Margo. MARGO. ¿Lo pillas? No ma. Margo.

El bebé sonrió.

Con colmillos.

—Mago —dijo.

Suspiré.

—Casi.

Lo cogí en brazos.

Era ligero. Frío. Y olía raro, como a polvo y a algo metálico que no quería identificar.

Pero se acurrucó contra mí y cerró los ojos, y por un segundo, solo un segundo, pareció un bebé normal.

Claro que los bebés normales no tienen colmillos.

Ni ojos rojos.

Ni aparecen en tu ventana con una nota que dice "cuídalo".

Cerré la ventana con una mano mientras lo sostenía con la otra.

—Vale —le dije al bebé—. No sé qué eres, ni quién te ha dejado aquí, ni por qué coño me has tocado a mí. Pero vamos a solucionar esto. ¿Vale? Mañana. Mañana lo solucionamos.

El bebé no contestó. Ya estaba dormido.

Y yo me quedé ahí, de pie en mi habitación llena de velas y pósters de Crepúsculo, sosteniendo a un bebé vampiro que acababa de llamarme mamá.

Tres años pidiendo algo sobrenatural.

Tres años.

Debería haber pedido un viaje a Ibiza.

Capítulo 2

Google no tiene respuestas para todo

No dormí.

Bueno, técnicamente cerré los ojos unos veinte minutos sobre las cuatro de la mañana, pero eso no cuenta como dormir. Eso cuenta como desmayarse del agotamiento mientras un bebé vampiro te mira fijamente desde los pies de la cama.

Porque sí, el bebé estaba despierto.

Toda la noche.

Mirándome.

Con esos ojos rojos que brillaban en la oscuridad como las luces de standby de la tele. No hacía nada, solo me miraba. A veces sonreía. Con colmillos. Otras veces hacía ruiditos, como si estuviera hablando consigo mismo en idioma bebé vampiro.

Inquietante es quedarse corto.

Sobre las dos de la mañana empezó a llorar.

No un llanto normal de bebé. No. Un llanto agudo, casi ultrasónico, que me hizo pensar que iban a venir los perros del barrio a aullar. Me levanté de un salto y lo cogí en brazos, meciéndolo como había visto hacer en las películas.

—Shh, shh, vale, vale, ¿qué te pasa?

El bebé abrió la boca.

Los colmillos habían crecido.

Joder.

Tenía hambre.

Vale. Vale, vale, vale. Piensa, Margo. ¿Qué comen los bebés? Leche. Los bebés comen leche. A lo mejor los bebés vampiros también comen leche. A lo mejor es un vampiro vegetariano. ¿Existían los vampiros vegetarianos? En Crepúsculo sí, pero esos cazaban ciervos, y yo no tenía ningún ciervo a mano.

Fui a la cocina de puntillas, intentando no despertar a mi madre ni a Hugo. Abrí la nevera. Leche. Saqué la leche y busqué algo que pudiera servir como biberón.

No teníamos biberones porque, obviamente, nadie en esta casa tenía un bebé.

Hasta ahora.

Encontré una taza de plástico de Hugo con una pajita. Tendría que servir.

Volví a mi cuarto y le acerqué la pajita al bebé. Él la olió, hizo una mueca, y la apartó con la manita.

—Venga, va, que es leche. A los bebés les gusta la leche.

Le acerqué la pajita otra vez.

El bebé la cogió.

Dio un sorbo.

Y me la escupió en la cara.

Directamente. En la cara. Con una precisión que ya quisiera yo para los dardos.

—¡Eh!

El bebé me miró con cara de asco absoluto. Como si le hubiera ofrecido veneno. Como si la leche fuera la peor ofensa que había sufrido en su corta vida vampírica.

Pues vale.

Leche no.

Me limpié la cara con la manga del pijama y cogí el móvil. Si no sabía qué hacer, Google lo sabría. Google lo sabía todo. Una vez busqué cómo quitarme chicle del pelo y funcionó.

Esto no podía ser más difícil que eso.

Spoiler: era más difícil que eso.

Escribí en el buscador: "qué comen los bebés vampiro".

Primer resultado: un fanfic de Crepúsculo donde Bella y Edward tienen un hijo mitad vampiro que se alimenta de batidos de fresa con sangre de ciervo. No me servía. Siguiente.

Segundo resultado: un foro de rol de vampiros donde discutían si los dhampiros podían comer comida normal. La discusión había terminado en insultos. Tampoco me servía.

Tercer resultado: una página que parecía sacada de los años noventa, con fondo negro y letras rojas, que hablaba de sacrificios satánicos. Cerré esa pestaña tan rápido que casi tiro el móvil.

Cuarto resultado: receta de morcilla de Burgos.

Morcilla.

Morcilla lleva sangre.

No teníamos morcilla.

Pero teníamos filetes.

Los filetes tienen sangre. Esa cosa roja que suelta la carne cruda. A lo mejor eso servía. No perdía nada por intentarlo, ¿no?

Volví a la cocina. Abrí la nevera. Saqué un filete que mi madre había dejado descongelando para mañana. Lo puse en un plato.

Miré el filete.

Miré al bebé.

El bebé miró el filete.

Y entonces sus ojos se iluminaron. Literalmente. Brillaron más rojos, como cuando le das al botón de encendido a una lámpara LED.

Se lanzó hacia el filete.

Yo no sabía que los bebés podían moverse tan rápido. Un momento estaba en mis brazos y al siguiente estaba encima del plato, agarrando el filete con sus manitas diminutas y chupándolo como si fuera un polo en agosto.

Vale.

Eso era asqueroso.

Pero también era un alivio, porque al menos ya sabía qué comer. Carne cruda. Sangre. Cosas que no podía exactamente comprar en el súper sin que me miraran raro.

El bebé terminó con el filete en tres minutos. Lo dejó seco, gris, como si le hubieran quitado toda la vida. Luego me miró y eructó.

—De nada —dije.

El bebé sonrió.

Con sangre en los colmillos.

Genial. Esto era genial. Todo genial. Nada raro. Solo yo, a las tres de la mañana, en pijama, viendo cómo un bebé vampiro se comía el filete de mi madre.

Mi vida era perfectamente normal.

Y entonces el bebé empezó a flotar.

No mucho. Unos centímetros. Se elevó del plato y se quedó ahí suspendido, mirándome con curiosidad, como si no entendiera por qué yo seguía pegada al suelo como una persona normal.

—No —dije—. No, no, no. Baja de ahí. BAJA.

El bebé no bajó.

El bebé subió más.

Hasta el techo.

Se quedó ahí colgado, boca abajo, como una araña con pañal. Me miraba con la cabeza ladeada, como si yo fuera la rara por no estar también en el techo.

—Vale —dije, intentando mantener la calma—. Vale. Estás en el techo. Esto pasa. Esto es normal. Los bebés vampiros flotan. Es... es parte del paquete.

Me subí a la cama e intenté alcanzarlo.

Se movió.

Se movió por el techo, gateando boca abajo, y se fue hacia la esquina opuesta de la habitación.

—Eh, eh, eh, ¿adónde vas?

Me bajé de la cama y lo seguí. Me subí a la silla del escritorio. Casi lo alcanzo. Se movió otra vez.

Esto iba a ser un problema.

Durante los siguientes cuarenta minutos, perseguí a un bebé vampiro por toda mi habitación. Él en el techo, yo saltando de mueble en mueble como una gilipollas. En un momento me subí al armario y casi me caigo. En otro, intenté atraerlo con otro trozo de carne, pero se rió de mí.

Se rió.

El muy cabrón se estaba riendo.

Finalmente, sobre las cuatro y media, pareció aburrirse de verme sufrir y bajó por su cuenta. Se dejó caer en mis brazos como si me estuviera haciendo un favor. Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Eres un borde —le dije.

—Ma —contestó él.

—Que no soy tu— Sabes qué, da igual.

Lo metí en una caja de cartón que encontré en el armario. No teníamos cuna, obviamente, así que tendría que apañarme. Puse una manta dentro, lo dejé ahí, y le dije muy seria:

—Duérmete. Por favor. Te lo pido por favor.

El bebé me miró.

Cerró los ojos.

Los volvió a abrir.

Me miraba.

No iba a dormir.

Me tumbé en la cama, agotada, y me quedé mirando al techo. El bebé hacía ruiditos desde su caja. A veces gorjeaba. A veces hacía

un sonido que parecía un siseo diminuto. A veces decía "ma" y yo fingía no escucharlo.

En algún momento entre las cinco y las seis, la ventana empezó a clarear.

Y entonces, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, el bebé se quedó dormido.

Así. De golpe. Un segundo estaba ahí, con los ojos abiertos, mirándome. Al siguiente, roncaba.

Los vampiros duermen de día.

Claro.

CLARO.

Eso significaba que iba a estar despierto TODA LA NOCHE. Todas las noches. Y yo tenía instituto. Y exámenes. Y una vida.

Bueno, tenía una vida.

Ahora tenía un bebé vampiro.

Me levanté como pude y me miré en el espejo. Las ojeras me llegaban hasta el suelo. Vale, no hasta el suelo, pero casi. Parecía un mapache. Un mapache que hubiera tenido una noche muy, muy mala.

Mi madre tocó la puerta.

—¿Margo? ¿Estás despierta? He oído ruidos esta noche.

Mierda.

—Sí, mamá, estoy bien. Es que... no podía dormir. Tenía pesadillas.

—¿Pesadillas? ¿De qué?

Miré al bebé dormido en la caja.

—De... vampiros.

—Ay, hija, es que ves demasiadas películas de esas. Venga, que llegas tarde al instituto.

Instituto.

Tenía que ir al instituto.

Con un bebé vampiro dormido en una caja en mi habitación.

¿Qué podía salir mal?

Me vestí a toda prisa, escondí la caja detrás de una montaña de ropa en el armario, y recé para que nadie entrara en mi cuarto mientras yo no estaba.

Antes de irme, lo miré una última vez.

Dormía con la boquita entreabierta. Los colmillitos asomaban un poco. Tenía las manitas cerradas en puñitos. Era, objetivamente, adorable.

Y también era un vampiro.

Un vampiro bebé que yo, Margo Torres, de diecisiete años, gótica de Vallecas, ahora tenía que cuidar.

Suspiré.

—No hagas ruido —le susurré—. Y no flotes. Y si alguien entra, hazte el muerto.

Pausa.

—Bueno, más muerto de lo que ya estás.

Cerré la puerta y me fui al instituto pensando que mi vida se había convertido oficialmente en un desastre.

Y ni siquiera era lunes.

Capítulo 3

Las peores excusas de mi vida

Llegué al instituto pareciendo un cadáver.

Y no de los cadáveres glamurosos de las pelis de vampiros. No. De los cadáveres que llevan tres días en el río. De los que salen en las series de crímenes y el forense dice "esta llevaba tiempo aquí".

Nico me estaba esperando en la puerta con dos cafés del Chino de la esquina. Uno para él, uno para mí. Lo hacía todas las mañanas desde segundo de la ESO. Era nuestro ritual.

Normalmente yo llegaba con cara de persona. Hoy no.

—Hostia —dijo Nico al verme.

—Buenos días a ti también.

—¿Qué te ha pasado? Parece que te ha atropellado un camión.

—Gracias, eres un amor.

—No, en serio. —Me miró de arriba abajo—. ¿Estás enferma? ¿No has dormido? ¿Te han secuestrado extraterrestres y te han devuelto mal?

—Insomnio —dije, cogiendo el café como si fuera agua en el desierto—. Solo insomnio.

—¿Insomnio de "no podía dormir" o insomnio de "algo me mantuvo despierta toda la noche"?

A veces Nico era demasiado listo para su propio bien.

—Del primero —mentí.

No me creyó. Lo vi en su cara. Pero Nico era de esos que no presionaban. Asentía, te miraba con esos ojos de "ya me lo contarás cuando quieras", y cambiaba de tema.

—Bueno, pues bébete eso rápido que llegamos tarde a mates.

Mates.

Dios.

En mi estado actual, las matemáticas iban a ser como intentar leer chino mientras alguien me gritaba al oído. No me concentraba ni para atarme los cordones.

Entramos en clase justo cuando sonaba el timbre. Me senté en mi sitio de siempre, tercera fila, junto a la ventana. Lola ya estaba ahí, mirándose en un espejito y retocándose el brillo de labios.

Cuando me vio, el espejito casi se le cae.

—Tía. TÍA. ¿Qué coño te ha pasado?

—Nada.

—¿Nada? Margo, las ojeras te llegan al suelo. O sea, te quedan muy raccoon chic, pero ¿estás bien?

—Perfectamente.

Lola entrecerró los ojos. Lola tenía un sexto sentido para el drama. Podía oler los secretos a kilómetros. Era como un tiburón, pero en vez de sangre, olía el cotilleo.

—¿Tienes un lío?

—¿Qué? No.

—¡DIME QUE TIENES UN LÍO! —Se inclinó hacia mí con los ojos brillantes—. ¿Es guapo? ¿Está bueno? ¿Por eso no has dormido? ¿Os habéis pasado la noche mandándoos mensajitos?

—Lola, no tengo ningún lío.

—Ya, claro, y yo soy la reina de Inglaterra. Venga, suéltalo. ¿Quién es? ¿Lo conozco? ¿Es del insti? ¿Es mayor? Oh Dios mío, ¿es mayor?

—¡Que no hay nadie!

El profesor de mates entró en ese momento, y Lola tuvo que callarse, pero me lanzó una mirada que decía claramente "esto no ha terminado".

Genial.

No solo tenía un bebé vampiro escondido en casa, sino que ahora Lola pensaba que tenía un novio secreto.

Bueno, al menos esa mentira era más creíble que la verdad.

El profesor empezó a hablar de ecuaciones de segundo grado. O de logaritmos. O de algo. Sinceramente, a los cinco minutos ya no tenía ni idea de qué estaba diciendo. Las palabras entraban por un oído y salían por el otro, y lo único que veía eran números borrosos en la pizarra.

Mis párpados pesaban toneladas.

Solo los iba a cerrar un segundo.

Un segundo no hacía daño a nadie.

Solo...

—¡TORRES!

Me desperté de golpe.

—¡EL BIBERÓN ES A LAS CUATRO!

Silencio.

Silencio absoluto.

Treinta caras mirándome. El profesor con la tiza en el aire. Lola con la boca abierta. Nico tapándose la cara con la mano.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Perdona? —dijo el profesor.

—Es... es una canción —improvisé—. De un grupo. Nuevo. Muy indie. No lo conoceréis.

El profesor me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Torres, ¿se puede saber qué te pasa hoy?

—Nada. Es que... no he dormido bien.

—Pues a ver si esta noche duermes, porque como te vuelva a pillar dormida te mando al despacho del director.

—Sí, señor.

El resto de la clase me miró con una mezcla de diversión y confusión. Lola me miraba con los ojos como platos. Nico tenía cara de "luego me lo cuentas". Un chico de la última fila se rió por lo bajo.

Yo quería que me tragara la tierra.

"El biberón es a las cuatro."

LO HABÍA DICHO EN VOZ ALTA.

Delante de TODA la clase.

Dios mío.

A la hora del recreo, Lola se me echó encima como un águila sobre su presa.

—¿Biberón? ¿BIBERÓN? Margo, ¿de qué coño iba eso?

—De nada. Era un sueño raro.

—Un sueño raro de biberones. Ajá.

—Soñaba que... que tenía un gato. Y le daba el biberón. Porque era un gatito bebé.

Ni yo me lo creía.

Lola tampoco.

—Margo Torres, eres la peor mentirosa del mundo.

—No estoy mintiendo.

—Mira, cuando quieras contarme lo que de verdad está pasando, aquí estoy. Pero no me vengas con lo del gatito.

Se fue indignada a hablar con otras chicas de clase, dejándome sola con Nico, que había observado todo el intercambio en silencio.

—¿Un gatito? —dijo.

—Cállate.

—No he dicho nada.

—Pero lo estás pensando.

Nico sonrió un poco. Esa sonrisa que ponía cuando yo hacía algo ridículo pero no quería reírse en mi cara.

—Solo pienso que si tienes un problema, puedes contármelo.

—No tengo ningún problema.

—Vale.

—De verdad.

—Te creo.

No me creía. Pero me dejó en paz, y eso era lo que necesitaba.

El resto del día fue una tortura. Me dormí otras dos veces: una en lengua y otra en historia. En lengua nadie se dio cuenta porque el profesor también estaba medio dormido. En historia, la profesora me tiró una tiza que me dio en la frente.

Cuando sonó el timbre de las dos, salí corriendo.

Literalmente corriendo.

No me despedí de nadie. No esperé a Nico ni a Lola. Salí disparada hacia casa como si me persiguieran los demonios.

Bueno, técnicamente tenía un demonio en casa.

Un demonio pequeñito con colmillos.

Llegué en tiempo récord. Abrí la puerta del piso. Todo parecía normal. Mi madre no estaba, estaría trabajando. Hugo estaba en el colegio hasta las cinco. Tenía la casa para mí sola.

Fui directa a mi habitación.

Abrí la puerta.

Y entonces vi el desastre.

El armario estaba destrozado. Desde dentro. La puerta colgaba de una bisagra, la ropa estaba esparcida por el suelo, y había marcas de arañazos en la madera.

La caja donde había dejado al bebé estaba hecha pedazos.

Y el bebé no estaba.

No estaba.

NO ESTABA.

El corazón se me subió a la garganta. Miré debajo de la cama. Nada. Miré detrás del escritorio. Nada. Miré en cada rincón de la habitación.

Nada.

—No, no, no, no, no...

Entonces escuché un ruidito.

Arriba.

Levanté la cabeza.

El bebé estaba en el techo.

Otra vez.

Colgando boca abajo como un murciélago diminuto, mirándome con esos ojos rojos y sonriendo con todos sus colmillitos.

—Ma —dijo.

Suspiré.

—Tío, casi me da un infarto.

El bebé se rió. Una risita aguda, de bebé, que habría sido adorable si no estuviera colgado del techo como una araña.

—Baja de ahí.

No bajó.

—He dicho que bajes.

Se movió hacia la esquina opuesta.

Ah, genial. Ya empezábamos otra vez.

Me senté en la cama, agotada.

—Vale —dije—. Quédate ahí. Me da igual. Yo voy a descansar cinco minutos.

El bebé ladeó la cabeza, como si no entendiera por qué no iba a perseguirlo.

Esperé.

Dos minutos después, bajó solito y se dejó caer en mi regazo.

Ja. Psicología inversa. Funcionaba hasta con los vampiros.

Lo miré. Él me miró a mí.

—¿Cómo se supone que voy a hacer esto? —le pregunté—. ¿Eh? Tengo instituto. Tengo exámenes. Tengo una vida. ¿Cómo voy a cuidar de un bebé vampiro que no duerme de noche y destroza armarios de día?

El bebé parpadeó.

—Ma —dijo.

—No me ayudas.

Se acurrucó contra mi pecho y cerró los ojos, satisfecho.

Yo miré el armario destrozado. Iba a tener que inventarme algo para explicar eso. Y comprar más filetes. Y encontrar un sitio mejor donde esconderlo. Y...

Y no tenía ni idea de cómo iba a hacer nada de eso.

Antes de encontrar al bebé, mi mayor preocupación era aprobar mates.

Ahora eso parecía un chiste.

Un chiste muy malo.

Miré al bebé dormido en mis brazos. Pequeño, pálido, con esas orejitas puntiagudas y esos colmillitos diminutos.

—Oye —le susurré—, como no empieces a portarte mejor, te cambio por un cactus. Y los cactus se me mueren, pero al menos no destrozan armarios.

El bebé siguió durmiendo.

Típico.

Capítulo 4

La carnicería de Don Ramón

No podía seguir robando filetes de la nevera.

O sea, técnicamente sí podía, pero mi madre ya había empezado a sospechar. "Margo, ¿quién se ha comido la bandeja de filetes?" había preguntado esa mañana, mirándome como si hubiera escondido un cadáver en mi habitación.

Que básicamente era lo que estaba haciendo.

Pero ella no podía saberlo.

El problema era que el bebé comía mucho. Muchísimo. Tres filetes por noche, mínimo. Y los filetes no son baratos, y mi madre no es rica, y yo no tengo trabajo porque tengo diecisiete años y mi único talento es vestirme de negro y quejarme de la existencia.

Necesitaba una fuente de sangre.

Una fuente legal.

Bueno, más o menos legal.

Y entonces pensé en la carnicería.

Don Ramón llevaba toda la vida en el barrio. Conocía a mi madre desde antes de que yo naciera. Vendía carne, embutidos, y probablemente tenía sangre de sobra. La sangre que quitan de los animales cuando los... bueno, cuando hacen lo que hacen. No quería pensar mucho en eso.

El punto era: Don Ramón tenía sangre.

Y yo la necesitaba.

Así que ahí estaba, a las seis de la tarde de un martes, delante de la carnicería, intentando reunir el valor para entrar.

"Hola, Don Ramón, ¿qué tal? Sí, soy yo, la hija gótica de Carmen. ¿Me pone un litro de sangre? Es para... cosas."

Muy convincente, Margo. Muy convincente.

Respiré hondo y entré.

La carnicería olía a carne y a frío. Ese olor metálico de las cámaras frigoríficas mezclado con algo más orgánico que prefería no identificar. Don Ramón estaba detrás del mostrador, con su delantal manchado y su cara de haber visto de todo en esta vida.

Y probablemente lo había visto. Llevaba cuarenta años en Vallecas. Eso te curte.

—¡Margarita! —exclamó al verme—. ¿Qué te pongo, hija?

Sangre, pensé. Me pone sangre. Humana sería ideal, pero como no la tiene, valdrá sangre de cerdo. Mucha. Para mi bebé vampiro que tengo escondido en casa.

—Hola, Don Ramón —dije, con mi mejor sonrisa de persona normal—. Pues... quería sangre.

Silencio.

Don Ramón parpadeó.

—¿Perdona?

—Sangre. Para... —Piensa, Margo, piensa—. Para morcilla.

—¿Morcilla?

—Sí. Mi madre está... probando recetas nuevas. Ya sabe. Cocina casera. De esa.

Don Ramón me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Tu madre? ¿Carmen? ¿La que quema el arroz hervido?

Mierda.

Tenía razón. Mi madre una vez quemó agua. No sé cómo, pero lo hizo. También quemó una ensalada, que técnicamente ni siquiera se cocina. Su relación con la cocina era, digamos, complicada.

—Es un proyecto nuevo —improvisé—. Está intentando mejorar. Ya sabe, eso de los propósitos de año nuevo.

—Estamos en marzo.

—Los propósitos tardíos también cuentan.

Don Ramón no dijo nada. Me miraba con esa expresión de "sé que me estás mintiendo pero no voy a preguntarte por qué". Una expresión muy específica que solo tienen los adultos que han vivido mucho.

—¿Cuánta sangre necesitas?

—Un litro. —Pausa. ¿Era suficiente?—. Mejor dos.

—¿Dos litros de sangre?

—Es que... le gusta mucho la morcilla. A mi madre. Le gusta muchísimo. Es su comida favorita.

Mi madre odia la morcilla. Dice que le da "mal rollo" porque es "sangre coagulada con forma de salchicha". Pero Don Ramón no tenía por qué saber eso.

Esperaba que no lo supiera.

Don Ramón suspiró, se dio la vuelta, y desapareció en la trastienda. Yo me quedé ahí, mirando los jamones colgados del techo y preguntándome en qué momento mi vida se había convertido en esto.

Hace una semana mi mayor problema era que no me salía el delineado simétrico.

Ahora estaba comprando sangre en una carnicería.

Cómo cambian las cosas.

Don Ramón volvió con una bolsa de plástico. Pesaba. Dentro se veía un recipiente opaco con algo líquido y rojo.

Sangre.

Sangre de verdad.

El estómago me dio un vuelco, pero lo disimulé.

—Aquí tienes. Sangre de cerdo, fresquita de esta mañana.

—Gracias, Don Ramón.

—Son tres euros.

Saqué el dinero del bolsillo. Las monedas se me resbalaron dos veces porque me temblaban las manos, pero conseguí pagar sin parecer demasiado sospechosa.

Bueno, más sospechosa de lo que ya parecía.

—Oye, Margarita —dijo Don Ramón cuando ya me iba.

Me giré. El corazón me latía a mil.

Por favor que no pregunte. Por favor que no pregunte.

—¿Sí?

—No estarás metida en una secta, ¿verdad?

Lo dijo así, tan tranquilo, como quien pregunta por el tiempo.

¿Una secta? Ojalá fuera solo una secta.

—Qué broma, Don Ramón —dije, con una risa que sonó más a tos nerviosa—. Solo es para la morcilla.

—Ya.

No me creyó.

Obviamente no me creyó.

Pero me dejó ir, que era lo importante.

Salí de la tienda sudando como si acabara de correr una maratón. Una señora del barrio me vio salir con la bolsa de sangre y se cambió de acera. Así, sin más. Me vio y cruzó la calle.

Genial.

Ahora todo el barrio pensaba que era satánica.

Mi estética gótica no ayudaba, la verdad.

Llegué a casa y fui directa a mi habitación. El bebé estaba donde lo había dejado, en una caja más grande que había encontrado en el trastero, envuelto en mantas y mirando al techo con esos ojos rojos.

Cuando me vio, sonrió.

Con colmillos.

—Ma —dijo.

—Ya estoy aquí —le contesté, como si eso fuera normal. Como si contestarle a un bebé vampiro fuera algo que hacía todos los días.

Saqué el recipiente de sangre, busqué la taza de Hugo con pajita que había confiscado, y vertí un poco dentro.

El bebé la olió.

Sus ojos se iluminaron.

Se lanzó hacia la taza con una velocidad que ya no me sorprendía y empezó a beber con un entusiasmo que habría sido adorable si no fuera, ya sabes, sangre.

Me senté en la cama y lo observé.

Esto era mi vida ahora.

Comprar sangre en la carnicería. Dársela a un bebé vampiro. Inventar excusas sobre morcilla.

Y lo peor era que ni siquiera podía contárselo a nadie.

¿A quién se lo iba a contar? "Oye, Nico, ¿sabes qué? Tengo un vampiro en casa. Sí, un bebé vampiro. Me lo dejaron en la ventana. ¿Quedamos el sábado?"

No.

Eso no iba a pasar.

El bebé terminó de beber y soltó un eructo diminuto. Luego me miró y extendió los brazos.

Quería que lo cogiera.

Lo cogí.

Se acurrucó contra mi pecho, con la barriguita llena de sangre de cerdo, y cerró los ojos. Todavía era de día, así que en teoría debería estar dormido, pero últimamente se despertaba a ratos para comer y mirarme.

Sobre todo para mirarme.

Era un poco inquietante, pero también... no sé. Tierno. A su manera.

—Oye —le dije en voz baja—, esto de la sangre va a tener que funcionar, ¿vale? Porque no puedo seguir inventándome excusas. Don Ramón ya cree que soy de una secta. Como le diga a mi madre que su hija viene a comprar sangre todas las semanas, me manda al psicólogo.

El bebé no contestó. Estaba dormido otra vez.

—Claro, tú duerme tranquilo, que el marrón me lo como yo.

Silencio.

—Esto es lo más raro que he hecho en mi vida —seguí hablando sola, porque aparentemente eso también era normal ahora—. Y una vez fui a un concierto de death metal con mi prima y acabé en un mosh pit sin querer. Pero esto es más raro que eso.

El bebé roncó suavemente.

Un ronquido de bebé vampiro.

Mi vida.

Me dejé caer en la cama con él encima, cuidando de que no le diera la luz de la ventana. Fuera estaba anocheciendo. Pronto se despertaría de verdad y empezaría el caos nocturno: el llanto, el hambre, los vuelos al techo, las persecuciones por la habitación.

Pero por ahora, solo por un momento, estaba tranquilo.

Y yo estaba agotada.

Cerré los ojos.

Solo un minuto.

Un minuto no hacía daño a nadie.

Me dormí con un bebé vampiro en brazos, oliendo a sangre de cerdo, pensando que mañana tendría que volver a la carnicería y que Don Ramón probablemente ya estaba anotando mis compras en alguna libreta de "clientes sospechosos".

Mi reputación en el barrio estaba oficialmente destruida.

Pero al menos el bebé tenía comida.

Algo era algo.

Capítulo 5

Nosfe-Rafa

El bebé necesitaba un nombre.

No podía seguir llamándolo "el bebé" o "el vampiro" o "esa cosa que tengo en el armario". Bueno, técnicamente sí podía, pero se sentía raro. Como si no fuera una persona. Que quizás no lo era, siendo vampiro y eso, pero aun así.

Merecía un nombre.

Estaba en mi habitación, con él en el regazo, intentando que se quedara quieto más de dos segundos. Eran las ocho de la tarde, el sol acababa de ponerse, y él estaba en modo activo. Modo "voy a gatear por las paredes y tú no puedes impedírmelo".

—A ver —dije, sujetándolo para que me mirara—. Necesitas un nombre. Un nombre de vampiro. Algo con clase.

El bebé parpadeó.

—¿Qué tal Lestat?

Silencio.

—No, tienes razón. Muy pretencioso. Lestat era un borde y encima rubio. Tú no tienes pelo.

El bebé seguía mirándome con esos ojos rojos, como esperando algo mejor.

—¿Drácula?

Nada.

—Muy obvio, ¿no? Es como llamar a un perro "Perro". O a un gato "Michi". Falta creatividad.

El bebé bostezó, mostrando los colmillos.

—¿Alucard? —Pausa—. No, espera, eso es Drácula al revés. Qué

ñoño. Eso lo hacían en las pelis

cutres de los noventa.

Me estaba quedando sin opciones.

—¿Armand? ¿Marius? ¿Louis?

El bebé me mordió el dedo.

—¡AY! Joder, tío, que eso duele.

No había sacado sangre, pero el mordisco había pillado por sorpresa. El muy

cabrón se reía. Se estaba riendo de mí. Una risita aguda de bebé, pero con un punto

maligno que no me gustaba nada.

—Vale, mensaje recibido. Nada de nombres de Anne Rice.

Lo miré bien.

Era pequeño. Pálido. Calvo como una bola de billar. Tenía las orejas ligeramente puntiagudas, la piel casi transparente, y esos ojos rojos que brillaban en la oscuridad.

Se parecía a alguien.

A alguien muy concreto.

—Espera un momento.

Cogí el móvil y busqué en Google: "Nosferatu".

Ahí estaba. La imagen del vampiro de la peli

antigua. Calvo, pálido, orejas puntiagudas, cara

extraña pero terrorífica.

Miré la foto.

Miré al bebé.

La foto.

El bebé.

Joder.

Era clavado.

—Tío —le dije—, eres igualito a Nosferatu. Pero en pequeño. En miniatura. Como si alguien hubiera metido a Nosferatu en la secadora y se hubiera encogido.

El bebé inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando.

—Nosferatu es muy largo para un bebé. Pero... ¿y si lo acorto?

Nosfe.

Nosfe era raro.

¿Y si le añadía algo?

Nosfe... Rafa.

Nosfe-Rafa.

—Nosfe-Rafa —dije en voz alta—. Rafa para los amigos.

El bebé sonrió.

Con todos sus colmillitos.

Era la primera vez que sonreía así, como si de verdad entendiera lo que estaba pasando. Como si el nombre le gustara.

—¿Te gusta? —pregunté—. ¿Nosfe-Rafa?

El bebé gorjeó algo que sonaba casi como "afa".

—Rafa —repetí—. Eres Rafa. Bueno, Nosfe-Rafa oficialmente, pero Rafa para el día a día. Porque Nosfe-Rafa es un coñazo de decir cada vez.

Rafa movió los bracitos, contento.

Y yo, sin saber muy bien por qué, sentí algo raro en el pecho. Algo cálido. Como cuando ves un vídeo de gatitos en Instagram y se te escapa un "aaay" sin querer.

Pero con un vampiro.

Un vampiro bebé que se llamaba Nosfe-Rafa.

Dios, mi vida era rarísima.

—Vale, Rafa —dije, acercándolo a mi cara—. Ahora que tienes nombre, vamos a poner unas normas. Primera: no muerdes.

Segunda: no flotas cuando hay gente en casa. Tercera: no haces ruido de día. ¿Entendido?

Rafa me agarró la nariz con su manita.

—Eso no es un sí.

Me apretó la nariz más fuerte.

—Tampoco es un no, pero—

—Ma —dijo Rafa.

Otra vez con eso.

—Que no soy tu ma. Soy Margo. MAR-GO. ¿Tan difícil es?

—Ma.

—Margo.

—Maaaa.

Suspiré.

—Eres imposible, ¿lo sabías?

Rafa se rió.

Esa risa de bebé que sería adorable si no tuviera colmillos y ojos rojos y la capacidad de colgarse del techo como un murciélago.

Justo en ese momento, la puerta de mi habitación se abrió.

Sin avisar.

Sin tocar.

Hugo.

Mi hermano de siete años estaba en el umbral, con su pijama de dinosaurios y cara de "venía a pedirte el cargador del móvil". Pero la cara le cambió en cuanto vio lo que tenía en brazos.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Por qué tienes un bebé?

Mierda.

—No es un bebé —dije, muy rápido—. Es un... muñeco. Para un trabajo del instituto.

Hugo entrecerró los ojos.

—Tiene los ojos rojos.

—Son... luces. LED. Es un muñeco muy moderno.

—Se está moviendo.

Rafa, el muy traidor, eligió ese momento para estirarse y bostezar, mostrando todos sus colmillitos.

Hugo lo vio.

—Tiene dientes raros.

—Son de juguete.

—Margo, ese bebé tiene colmillos.

—No tiene—

Rafa decidió que era el momento perfecto para flotar.

Solo un poco. Se elevó unos centímetros de mis brazos, quedándose suspendido en el aire como si la gravedad fuera una sugerencia y no una ley.

Hugo abrió la boca.

—El bebé está volando.

—No está volando, está... saltando. Muy lentamente.

—Margo. El. Bebé. Está. Volando.

Agarré a Rafa del aire y lo pegué contra mi pecho, como si eso fuera a hacer que Hugo olvidara lo que acababa de ver.

No funcionó.

Obviamente no funcionó.

—Hugo —dije, con la voz más seria que pude—. Escúchame bien. Esto es un secreto. Un secreto MUY importante. No puedes decírselo a mamá.

—¿Por qué tienes un bebé volador con colmillos?

—Eso no importa ahora.

—Creo que sí importa.

—Hugo, por favor. Si le cuentas algo a mamá, le digo lo de que mojas la cama.

Golpe bajo.

Lo sabía.

Pero funcionó.

Hugo se puso rojo.

—¡Eso fue UNA vez!

—Una vez que mamá no sabe. Y que no tiene por qué saber. ¿Verdad?

Mi hermano me miró con una mezcla de indignación y admiración. Como si no supiera si odiarme o respetarme por el movimiento.

—Eso es chantaje.

—Eso es negociación.

Hugo cruzó los brazos.

—¿Qué gano yo?

Genial. Mi hermano de siete años me estaba extorsionando.

—¿Qué quieres?

—Horas de consola. Todas las que quiera.

—Hecho.

—Y chuches. Del chino. De las buenas.

—Vale.

—Y que me hagas los deberes de mates cuando me dé la gana.

—Hugo, tienes siete años, tus deberes de mates son sumas.

—Me aburren.

Suspiré.

—Hecho. ¿Algo más, pequeño mafioso?

Hugo sonrió.

—De momento no. Pero me reservo el derecho a pedir más cosas.

—Tienes siete años, ¿de dónde has sacado eso de "me reservo el derecho"?

—De la tele.

Dios mío. Mi hermano pequeño era un genio del crimen. O iba camino de serlo.

—Vale. Trato hecho. Pero ni una palabra a mamá, ¿eh? NI UNA.

Hugo miró a Rafa, que había vuelto a mis brazos y ahora le miraba con curiosidad.

—¿Cómo se llama?

—Nosfe-Rafa. Rafa para los amigos.

Hugo asintió, muy serio.

—Mola.

Y se fue.

Así, sin más.

Cerró la puerta detrás de él y me dejó sola con Rafa, que seguía mirando hacia donde había estado Hugo como si no entendiera qué acababa de pasar.

Yo tampoco lo entendía del todo.

Mi hermano de siete años acababa de descubrir que tenía un bebé vampiro y su reacción había sido extorsionarme por chuches y tiempo de consola.

La infancia de hoy en día.

Miré a Rafa.

—Bueno —le dije—. Al menos ya tienes nombre. Y un aliado. Aunque el aliado me esté costando una fortuna en chuches.

Rafa me agarró el dedo con su manita y lo apretó.

Fuerte.

Demasiado fuerte para un bebé normal.

Pero Rafa no era un bebé normal.

—Ma —dijo otra vez.

Y esta vez, no sé por qué, no lo corregí.

Capítulo 6

Nico lo ve todo

Nico me estaba mirando.

No de la forma normal en la que Nico me miraba, que era básicamente ignorarme mientras fingía prestarme atención. No. Esta era una mirada de las serias. De las de "sé que me estás ocultando algo y no pienso dejarlo pasar".

Odio cuando Nico se pone en modo detective.

—Estoy bien —dije por quinta vez en lo que llevábamos de recreo.

—No te he preguntado si estás bien.

—Pero lo ibas a hacer.

—Iba a preguntarte por qué llevas una semana pareciendo un zombi.

—Los zombis no existen.

Nico levantó una ceja.

—¿Y los vampiros?

Se me paró el corazón.

Bueno, no literalmente. Pero casi. Noté cómo la sangre se me iba de la cara y luego volvía de golpe, dejándome las mejillas ardiendo.

—¿Qué? —dije, con la voz más casual que pude. Que no fue muy casual. Fue más bien un graznido de pato moribundo.

—Era broma, boba. —Nico sonrió un poco—. Aunque tu reacción ha sido interesante.

—No ha sido interesante. Ha sido... normal.

—Has puesto cara de que te iba a dar un infarto.

—Es mi cara de siempre.

—Tu cara de siempre no es de infarto.

—A lo mejor sí lo es y nunca te habías fijado.

Nico suspiró. Esa clase de suspiro que significa "no me creo nada de lo que me estás diciendo pero no voy a insistir ahora mismo".

Bien.

Podía trabajar con eso.

El problema era que Nico tenía razón. Llevaba una semana pareciendo un zombi. Las ojeras me llegaban hasta el suelo, me quedaba dormida en todas las clases, y mi capacidad de mantener una conversación coherente había caído en picado. Todo porque cierto bebé vampiro se pasaba las noches despierto y yo tenía que vigilarlo para que no flotara hasta el techo y se quedara atrapado en la lámpara.

Otra vez.

La primera vez que pasó tardé veinte minutos en bajarlo.

—Oye —dijo Nico—, ¿quieres que te acompañe a casa después de clase?

—¿Por qué?

—Porque parece que te vas a caer redonda en cualquier momento y no quiero que te atropelle un coche.

—No me va a atropellar ningún coche.

—Margo, ayer casi te metes en una farola.

—La farola estaba mal puesta.

—La farola lleva ahí desde antes de que naciéramos.

Mierda. Tenía razón.

—Vale —dije—. Pero solo hasta el portal.

—Hecho.

El resto del día pasó en una nebulosa de sueño y café malo de máquina. Lola intentó interrogarme sobre mi "novio secreto" tres veces más. La profesora de historia me pilló durmiendo y me amenazó con llamar a mi madre. Y en la última hora, casi me caigo

de la silla porque soñé que Rafa flotaba hacia la ventana y tenía que saltar para cogerlo.

Cuando sonó el timbre, Nico ya estaba esperándome en la puerta.

—¿Lista?

—Más o menos.

Caminamos hacia mi casa en silencio. Bueno, Nico caminaba. Yo más bien me arrastraba. El sol de la tarde me daba en los ojos y todo parecía demasiado brillante, demasiado real, demasiado todo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Nico cuando llevábamos cinco minutos sin hablar.

—Seguro.

—Porque puedes contarme lo que sea, ¿sabes?

—Ya lo sé.

—Lo que sea de verdad. Aunque sea raro. Aunque creas que no lo voy a entender.

Me paré en seco.

¿Lo sabía? ¿Cómo podía saberlo? ¿Me había seguido? ¿Me había visto entrar en la carnicería? ¿Hugo le había dicho algo? No, Hugo no le había dicho nada porque Hugo quería sus chuches y su consola y no iba a arriesgar eso por—

—Margo, respira.

Estaba hiperventilando.

Genial.

—Estoy bien —dije, aunque claramente no estaba bien—. Es solo que... no he dormido mucho.

—Ya. —Nico me miró con esa expresión que ponía cuando estaba decidiendo si insistir o dejarlo pasar—. ¿Y por qué no has dormido?

—Insomnio.

—Llevas diciendo insomnio toda la semana.

—Es que tengo mucho insomnio.

—Nadie tiene tanto insomnio.

—Yo sí. Soy especial.

Nico no dijo nada. Solo siguió caminando a mi lado, en silencio, hasta que llegamos a mi portal.

—Bueno —dije—, pues gracias por acompañarme. Nos vemos mañana.

—Voy a subir contigo.

—¿Qué? No. No hace falta.

—Margo, parece que te vas a desmayar. Voy a subir, voy a asegurarme de que llegas a tu cuarto sin morirte, y luego me voy.

—No me voy a morir.

—Has tropezado tres veces viniendo hacia aquí.

—Las aceras están fatal.

—Voy a subir.

No era una pregunta. Era una afirmación. Y cuando Nico se ponía en modo terco, no había manera de pararlo. Lo sabía por experiencia. Una vez se empeñó en ayudarme con un trabajo de sociales y acabó quedándose hasta las tres de la mañana aunque yo le decía que me iba bien.

Subimos las escaleras.

Mi madre no estaba, gracias a Dios. Trabajaba hasta las siete. Hugo tampoco estaba, tenía extraescolares. Eso significaba que Rafa estaba solo.

Solo.

En mi habitación.

Sin nadie vigilándolo.

Abrí la puerta del piso rezando para que todo estuviera normal. Que Rafa estuviera dormido en su caja. Que no hubiera destrozado nada. Que no hubiera—

—Voy a por agua —dijo Nico, yendo hacia la cocina—. ¿Quieres algo?

—No, yo voy a mi cuarto un segundo, ahora vengo.

Fui directa a mi habitación.

Abrí la puerta.

Rafa no estaba en su caja.

No.

Rafa estaba flotando.

En medio de la habitación.

A un metro del suelo.

Dando vueltas.

Como una peonza.

Con una sonrisa enorme llena de colmillos.

—Rafa —susurré, entrando y cerrando la puerta detrás de mí—. Rafa, baja. BAJA.

—Ma —dijo Rafa, girando más rápido.

—No soy tu— Da igual. Baja. Por favor. Hay alguien en casa.

Rafa no bajó. Rafa, el muy cabrón, decidió que era el momento perfecto para empezar a hacer piruetas en el aire. Como un patinador artístico pero sin patines. Y sin hielo. Y siendo un bebé vampiro.

—Rafa, te lo pido por favor. Si bajas ahora te doy sangre extra. Te doy DOS raciones de sangre. Te doy toda la sangre que quieras, pero BAJA.

La puerta se abrió detrás de mí.

—Margo, no tenéis vasos limpios así que he cogido una taza de—

Silencio.

Silencio absoluto.

Me giré muy despacio.

Nico estaba en el umbral. Con una taza de Star Wars en la mano. Y los ojos más abiertos que le había visto nunca. Mirando a Rafa. Que seguía flotando. Y girando. Y sonriendo con sus colmillitos.

—Ma —dijo Rafa, como si nada.

La taza se le cayó a Nico de las manos.

No se rompió porque era de plástico, pero el ruido fue suficiente para que Rafa dejara de girar y se quedara quieto en el aire, mirando a Nico con curiosidad.

—¿Por qué...? —Nico tragó saliva—. ¿Por qué hay un bebé flotando en tu habitación?

—Puedo explicarlo.

—¿Por qué tiene los ojos rojos?

—Puedo explicarlo.

—¿Por qué tiene... colmillos?

—Puedo explicarlo.

—¿Puedes?

Pausa.

—No, la verdad es que no puedo.

Nico no gritó. No salió corriendo. No se desmayó. Solo se quedó ahí, mirando a Rafa, con una expresión que no supe interpretar.

Y luego, muy despacio, cerró la puerta detrás de él.

—Vale —dijo, con una calma que no tenía ningún sentido—. Creo que me debes una explicación bastante larga.

—¿No vas a... salir corriendo? ¿Llamar a la policía? ¿Decirme que estoy loca?

—Margo, hay un bebé flotando delante de mis narices. Creo que la parte de "estás loca" ya la hemos superado.

Rafa decidió que le caía bien Nico porque bajó del aire, flotó hasta él, y le agarró el dedo con su manita.

Nico se quedó muy quieto.

—Tiene... tiene las manos frías.

—Ya. Es porque está... ya sabes.

—¿Muerto?

—Técnicamente. Creo. No estoy segura de cómo funciona.

Nico miró a Rafa. Rafa le miró a él. Y entonces, el muy traidor, sonrió.

—Ma —dijo, señalándome a mí.

—No soy su— Bueno, eso es largo de explicar.

—Tenemos tiempo.

Nico se sentó en mi cama. Con Rafa todavía agarrándole el dedo. Sin apartarse, sin gritar, sin llamarme loca.

Y yo me di cuenta de algo.

De algo que llevaba tiempo sabiendo pero que no quería admitir.

Nico era la mejor persona que conocía. Y estaba ahí, en mi habitación, con un bebé vampiro agarrándole el dedo, mirándome con esos ojos castaños que siempre parecían entender más de lo que decían.

—¿Vas a contarme la historia? —preguntó.

—¿Vas a creerme?

—Hay un bebé vampiro agarrándome el dedo. Creo que a estas alturas me creo cualquier cosa.

Suspiré.

Y se lo conté todo.

Desde la cesta en la ventana hasta la nota, los colmillos, la sangre de la carnicería, Don Ramón que pensaba que estaba en una secta, Hugo que me extorsionaba por chuches, y las noches sin dormir persiguiendo a un bebé por el techo.

Todo.

Cuando terminé, Nico se quedó en silencio un momento. Rafa se había dormido en sus brazos, porque aparentemente Nico era más cómodo que yo para dormir.

Traidor.

—Así que... —dijo Nico finalmente—, llevas una semana cuidando de un bebé vampiro. Tú sola.

—Bueno, Hugo sabe. Pero Hugo tiene siete años.

—¿Y no pensaste en contármelo a mí?

Había algo en su voz. No era enfado exactamente. Era más bien... ¿decepción?

—No sabía cómo —admití—. O sea, ¿cómo le dices a alguien "oye, tengo un vampiro en casa, ¿quedamos para el cine"?

—Así, literalmente. Me lo podías haber dicho así.

—Pensaba que ibas a creer que estaba loca.

—Margo. —Nico me miró directamente a los ojos—. Te conozco desde que teníamos seis años. He visto cómo te teñías el pelo de morado con lejía. He visto cómo intentabas hacer una ouija con un vaso de yogur. He visto cómo llorabas con Crepúsculo aunque decías que era una película mala. Si después de todo eso no creo que estés loca, ¿por qué iba a creerlo ahora?

No supe qué decir.

Nico sonrió un poco.

—Además, el bebé es mono. Para ser un vampiro.

Miré a Rafa, dormido en los brazos de Nico, con la boquita entreabierta y los colmillitos asomando.

—Sí —dije—. Supongo que lo es.

Nos quedamos así un momento. En silencio. Nico con Rafa en brazos, yo sentada en la silla del escritorio, mirándolos a los dos.

Y pensé que quizás, solo quizás, esto de tener un bebé vampiro no tenía que hacerlo sola.

—Oye —dijo Nico—, ¿qué come?

—Sangre.

—¿Humana?

—De cerdo. De la carnicería.

—¿Y la compras tú?

—Sí.

—Pues a partir de ahora vamos juntos. Porque tío, lo de ir a comprar sangre sola es muy raro.

Me reí.

Por primera vez en una semana, me reí de verdad.

—Vale —dije—. Trato hecho.

Nico asintió, satisfecho. Rafa suspiró en sueños. Y yo me di cuenta de que, a pesar de todo el caos y el desastre y el no dormir, en ese momento me sentía mejor que en toda la semana.

Porque ya no estaba sola.

Y eso, con vampiro o sin él, era lo que importaba.

Capítulo 7

Compartir el secreto

Tener a Nico de mi lado lo cambiaba todo.

Bueno, no todo. Seguía teniendo un bebé vampiro. Seguía sin dormir. Seguía yendo a la carnicería a comprar sangre mientras Don Ramón me miraba como si fuera a sacrificar cabras en un monte. Pero al menos ahora no estaba sola.

Y eso, joder, eso era mucho.

Nico vino a mi casa todos los días esa semana. Después del instituto, sin falta, aparecía en mi puerta con alguna excusa. "Venía a estudiar." "Tengo que devolverte un boli." "Me aburría en casa."

Las excusas eran malas.

Pero me daba igual.

—¿Cómo está hoy? —preguntó el miércoles, entrando en mi habitación como si fuera la suya.

Rafa estaba en su caja, que ya había mejorado bastante. Le había puesto cojines, una manta de cuando era pequeña, y un peluche de murciélago que encontré en un bazar chino. Irónico, pero le gustaba.

—Ha dormido toda la mañana. Bueno, lo normal. Es de día.

—Ya. —Nico se sentó en el borde de mi cama y miró a Rafa—. Es raro que duerma con los ojos abiertos.

—Es raro TODO de él.

—Ya, pero lo de los ojos... inquieta un poco.

Tenía razón. Rafa dormía con los párpados entreabiertos, dejando ver una rajita roja que brillaba en la oscuridad. Era como tener una luz de standby de tele en la habitación. Pero con ojos. Y colmillos.

—Te acostumbras —dije.

—No sé si quiero acostumbrarme a eso.

—Pues bienvenido a mi vida.

Nico se rió. Bajito, para no despertar a Rafa, pero se rió. Y yo me di cuenta de que me gustaba hacerle reír. O sea, siempre me había gustado. Pero ahora me gustaba más. De una forma diferente. De una forma que no quería analizar demasiado.

Mierda.

No era el momento.

Tenía un bebé vampiro del que ocuparme. No podía estar pensando en... eso. En cómo Nico sonreía. En cómo se le arrugaba la nariz cuando encontraba algo gracioso de verdad. En cómo olía, que era a ese desodorante barato del Mercadona que usaba desde hace años pero que en él olía bien.

Joder.

Vale.

A lo mejor sí estaba pensando en eso.

—Oye —dijo Nico, sacándome de mi crisis interna—, ¿has pensado qué vas a hacer cuando crezca?

—¿Cuando crezca quién?

—Rafa.

Pausa.

No había pensado en eso.

No había pensado en nada más allá de sobrevivir cada día. Alimentarlo, esconderlo, evitar que flotara cuando había gente en casa, y repetir. El futuro era un concepto abstracto. Como las matemáticas. O la física cuántica. O entender por qué la gente ve Gran Hermano.

—No sé —admití—. No sé si los vampiros crecen.

—¿No crecen?

—En algunas pelis no. Se quedan igual para siempre. Como Claudia en Entrevista con el vampiro.

—La niña que se vuelve loca porque está atrapada en cuerpo de cría.

—Esa.

Nos quedamos en silencio un momento, mirando a Rafa.

La idea de que se quedara así para siempre era... rara. Por un lado, no tendría que preocuparme de que fuera al colegio o de explicar por qué mi hijo no envejecía. Por otro lado, sería un bebé eternamente. Un bebé que flotaba, mordía, y me llamaba "ma" para siempre.

Agotador.

—A lo mejor sí crece —dijo Nico—. Es un bebé. Los bebés crecen.

—Los bebés normales crecen.

—Ya, pero... tiene que haber alguna regla. Algún manual de vampiros bebés.

—Si encuentras uno me lo pasas.

Nico sacó el móvil.

—Voy a buscar.

—Ya lo he buscado yo. Solo salen fanfics y foros de rol.

—¿Has probado en inglés?

No había probado en inglés.

Me sentía tonta.

Nico tecleó algo en el buscador y empezó a scrollear. Yo me senté a su lado, más cerca de lo estrictamente necesario, y miré la pantalla.

—"Baby vampire lore" —leyó—. Vamos a ver qué sale.

Salieron muchas cosas. Páginas de Wikipedia sobre mitos vampíricos. Reseñas de pelis de terror. Un artículo sobre una supuesta epidemia de vampirismo en Rumanía en el siglo XVIII. Y luego, enterrado entre todo eso, un foro muy antiguo con fondo negro y letras verdes.

—Eso parece virus —dije.

—O información útil. A veces lo feo es lo bueno.

Nico entró en el foro.

Era un sitio de discusión sobre folklore vampírico. No de fans de Crepúsculo, sino de gente seria. Historiadores, folkloristas, y algún que otro friki del ocultismo. Había un hilo titulado "Casos documentados de vampiros infantiles".

—Joder —dijo Nico.

—¿Qué?

—Hay gente que de verdad se cree esto.

—Nico, tenemos un vampiro de verdad en una caja. No sé si estamos en posición de juzgar.

—Buen punto.

Leyó el hilo en voz alta. Había referencias a leyendas de Europa del Este, historias de bebés que nacían con dientes y no toleraban la luz del sol. Algunos decían que los "dhampiros" —mitad humano, mitad vampiro— sí crecían, pero más despacio. Otros decían que los vampiros puros se quedaban estancados en la edad en la que fueron convertidos.

—Espera —dije—. ¿Convertidos?

—Eso dice aquí. Que los vampiros no nacen, se hacen. Que alguien tiene que convertirlos.

—Pero Rafa es un bebé. ¿Quién convierte a un bebé?

Silencio.

Nos miramos.

Ninguno de los dos quería decir lo obvio: que alguien había convertido a un bebé en vampiro y luego me lo había dejado a mí. Que en algún lugar había un vampiro adulto que sabía dónde vivía yo. Que la nota que decía "cuídalo" no era de una madre desesperada, sino de...

—Esto es chungo —dijo Nico.

—Muy chungo.

—¿Por qué te lo dejaron a ti?

—No lo sé.

—¿Conoces a algún vampiro?

—Nico, hasta hace una semana no sabía que los vampiros existían.

—Ya, pero... tiene que haber una razón. No le dejas un bebé vampiro a alguien random.

Tenía razón.

Y eso me daba más miedo que cualquier otra cosa.

Rafa eligió ese momento para despertarse. Abrió los ojos de golpe, como hacía siempre, y nos miró a los dos con curiosidad.

—Ma —dijo, señalándome.

—Hola, Rafa.

—Ico —dijo, señalando a Nico.

Nos quedamos helados.

—¿Ha dicho mi nombre? —preguntó Nico.

—Creo que sí.

—¿Puede hablar?

—Hasta ahora solo decía "ma".

—Ico —repitió Rafa, muy contento con su nuevo logro.

Nico se acercó a él, fascinado.

—Oye, Rafa, ¿puedes decir otra cosa?

Rafa lo pensó. O eso parecía. Puso cara de concentración, con el ceño fruncido y los labios apretados, y luego soltó:

—Sangue.

—Sangre —traducí—. Tiene hambre.

—Joder, qué

lista es.

—Es un bebé vampiro, Nico. Sabe lo que le interesa.

Fui a por la bolsa de sangre que guardaba escondida detrás de mis libros de texto. La había metido en una botella opaca que antes era de batido de proteínas. Nadie iba a abrir eso. Nadie quería saber qué había dentro de las cosas de proteínas.

Le di un poco a Rafa en su taza. Él bebió con entusiasmo, manchándose toda la cara de rojo.

Nico lo miraba con una mezcla de asco y ternura.

—Es asqueroso —dijo.

—Ya.

—Pero también es mono.

—Ya.

—Es como un cachorro que come cosas

.

—Eso es exactamente lo que es.

Rafa terminó de beber y soltó un eructo enorme. Luego me miró, miró a Nico, y extendió los brazos hacia él.

—Ico —dijo.

Nico lo cogió.

Como si fuera lo más normal del mundo. Como si no estuviera sosteniendo a un bebé no-muerto con colmillos y ojos rojos. Como si esto fuera algo que hacía todos los días.

—Pesa muy poco —dijo.

—Está muerto. O algo así. No creo que pese lo normal.

—Es como coger un peluche.

—Un peluche que bebe sangre.

—Ya.

Nico se sentó en la cama con Rafa en brazos. Rafa se acurrucó contra él igual que hacía conmigo, y cerró los ojos.

Y yo los miré a los dos.

A Nico, con su cara de concentración, intentando no moverse para no molestar al bebé.

A Rafa, dormido y tranquilo, con una manita agarrando la camiseta de Nico.

Y sentí algo.

Algo cálido.

Algo que no quería nombrar.

—Oye —dijo Nico en voz baja—, esto es muy

.

—Lo sé.

—Tenemos un bebé vampiro.

—Lo sé.

—Somos como sus padres adoptivos.

El corazón me dio un vuelco.

—No somos—

—Es broma. —Nico sonrió—. Aunque mola, ¿no? Tener un secreto así. Solo nosotros.

—Y Hugo.

—Hugo no cuenta, tiene siete años.

—Hugo me está extorsionando, así que yo diría que sí cuenta.

—Vale, Hugo cuenta. Pero esto... —Miró a Rafa—. Esto es nuestro. Tuyo y mío.

Tuyo y mío.

No supe qué decir.

Así que no dije nada.

Me senté a su lado, muy cerca, y nos quedamos así un rato. Los tres. En silencio. Con el sol de la tarde entrando por la ventana, cuidando de no dar en Rafa.

Y pensé que quizás, solo quizás, esto no era tan malo.

Tener un bebé vampiro seguía siendo una

.

Pero tenerlo con Nico...

Eso era otra cosa.

—Oye —dijo él de pronto—, mañana hay que ir a la carnicería, ¿no?

—Sí, se nos acaba la sangre.

—Voy contigo.

—¿Seguro?

—Seguro. —Me miró—. No voy a dejarte sola con esto.

Y lo dijo así, tan serio, tan Nico, que me dieron ganas de abrazarlo.

No lo hice.

Pero ganas no me faltaron.

—Gracias —dije en vez de eso.

—De nada.

Rafa ronroneó en sueños.

Bueno, no ronroneó exactamente. Hizo un ruido raro, como un siseo suave, que supongo que era lo más cercano a ronronear que podía hacer un vampiro.

Nico y yo nos miramos y nos reímos bajito.

Esto era

.

Pero era nuestra

.

Y por ahora, eso era suficiente.

Capítulo 8

La abuela viene a cenar

Mi madre eligió el peor momento posible para darme la noticia.

—La abuela viene este fin de semana.

Estaba desayunando. O intentándolo. Mis cereales se quedaron a medio camino de la boca, flotando en la cuchara como si el tiempo se hubiera parado.

—¿Qué?

—Que viene la abuela. El sábado. A cenar.

—¿Por qué?

—Porque es tu abuela y quiere verte. ¿Necesita más razones?

Sí. Sí necesitaba más razones. Porque la abuela Concha no era una abuela normal. La abuela Concha era una señora de setenta y tres años que iba a misa todos los días, tenía un rosario en cada bolso, y creía firmemente que el rock era música del demonio.

Y yo tenía un vampiro en mi habitación.

—¿No puede venir otro día? —pregunté, intentando no sonar desesperada.

—Margo, es tu abuela. No la has visto en meses.

—Estaba ocupada.

—¿Ocupada con qué?

Con criar a un bebé vampiro, mamá. Con comprar sangre en la carnicería. Con no dormir porque dicho vampiro se dedica a flotar por el techo como un murciélago con pañal.

—Con el instituto —dije—. Tengo muchos exámenes.

—Pues mejor. Así le cuentas cómo te va.

No había manera de escapar.

La abuela venía.

A mi casa.

Donde vivía un vampiro.

Esto iba a ser un desastre.

Le mandé un mensaje a Nico en cuanto mi madre se fue a trabajar.

"EMERGENCIA"

"que pasa"

"MI ABUELA VIENE EL SÁBADO"

"y?"

"NICO. MI ABUELA. LA CATÓLICA. VIENE A MI CASA. DONDE TENGO UN VAMPIRO."

Tres puntos. Nico estaba escribiendo.

"mierda"

"YA"

"hay que esconder a rafa"

"¿DONDE? NO PUEDO SACARLO DE CASA. ES DE DÍA."

"entonces hay que esconderlo mejor"

"¿MEJOR QUE DENTRO DE MI ARMARIO?"

"el armario de tu madre?"

Pausa.

No era mala idea.

Mi madre trabajaba el sábado hasta las seis. La abuela llegaba a las ocho. Eso me daba dos horas para mover a Rafa a un sitio donde mi abuela no fuera a mirar.

Porque la abuela Concha miraba en todas partes. Era como un detector de mentiras con forma de señora mayor. La última vez que vino descubrió que Hugo se había comido un paquete entero de galletas solo con mirarle a los ojos.

—Tú has hecho algo —le dijo.

Hugo confesó en tres segundos.

Si encontraba a Rafa, no quería ni pensar en lo que pasaría.

El sábado llegó demasiado rápido.

Nico vino a ayudarme a las cinco, cuando mi madre todavía no había vuelto y Hugo estaba en casa de un amigo. Teníamos una hora para preparar todo.

—Vale —dijo Nico, mirando a Rafa, que dormía en su caja—. ¿Plan?

—Moverlo al armario de mi madre. Está más escondido.

—¿Y si tu madre abre el armario?

—No lo abre casi nunca. Tiene la ropa de invierno ahí.

—¿Y si lo abre?

—Pues... rezo.

Nico me miró.

—Eso no es un plan.

—Es el único que tengo.

Cogí a Rafa con cuidado. Estaba dormido, así que no pesaba casi nada. Bueno, nunca pesaba casi nada. Pero dormido era más fácil de manejar porque no intentaba escaparse volando.

Lo llevamos al cuarto de mi madre, abrimos el armario, y lo metimos detrás de una montaña de abrigos.

—¿Crees que estará bien ahí? —pregunté.

—Está muerto. O algo así. Creo que estará bien.

—Ya, pero... ¿y si se despierta?

—El sol no se pone hasta las nueve. Debería seguir dormido.

—¿Y si no?

Nico no contestó.

Porque los dos sabíamos que si Rafa se despertaba mientras la abuela estaba aquí, estábamos

jodidos.

—Oye —dijo Nico—, ¿quieres que me quede? Puedo inventarme algo. Decir que venía a estudiar.

—¿A las ocho de la noche un sábado?

—Decir que soy tu novio.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué?

—Es broma. —Nico sonrió, pero había algo raro en su expresión —. A no ser que...

—¿A no ser que qué?

Silencio.

Nos miramos.

Y entonces sonó el timbre.

—¡Margo! —gritó mi madre desde el salón—. ¡Ha llegado la abuela!

Mierda.

—Eran las seis —susurré—. ¡Se suponía que llegaba a las ocho!

—Ya sabes cómo es —dijo Nico—. Las abuelas siempre llegan antes.

—Nico, vete. Si te ve aquí va a pensar cosas.

—¿Qué cosas?

—COSAS. Vete por la ventana.

—¿Por la ventana?

—¡Es un primer piso! ¡Salta!

Nico me miró como si me hubiera vuelto loca, pero fue hacia la ventana del cuarto de mi madre. La abrió, miró abajo, y saltó al patio interior.

—¡Llámame si hay emergencia! —susurró antes de desaparecer.

Cerré la ventana justo cuando la puerta de la habitación se abría.

—¿Margo? ¿Qué haces en mi cuarto?

Mi madre me miraba desde el umbral.

—Nada. Buscaba... un jersey.

—¿Un jersey? Hace veinte grados.

—Un jersey fino.

—Mis jerseys no te valen, soy dos tallas más grande.

—Ya, bueno, es que me gusta que me queden anchos.

Mi madre entrecerró los ojos pero no dijo nada. Sabía que mentía. Siempre sabía que mentía. Pero también sabía que no iba a conseguir la verdad de mí, así que lo dejó pasar.

—Venga, que la abuela está esperando.

Salí del cuarto rezando para que Rafa siguiera dormido.

La abuela Concha estaba en el salón, sentada en el sofá con su bolso en el regazo y su cara de juez del Tribunal Supremo. Llevaba un vestido negro, un collar de perlas, y el rosario asomando del bolso como siempre.

—Margarita —dijo al verme, con ese tono que usaba para todo.

—Hola, abuela.

—Ven aquí, que te vea.

Me acerqué. Ella me miró de arriba abajo, evaluando cada detalle. El pelo negro, el delineador, la camiseta de Bauhaus que llevaba puesta.

—Sigues con esa ropa de

culto —dijo.

—Es rock, abuela.

—Es del demonio.

—Bauhaus no son del demonio.

—Todo lo que no es de Dios es del demonio.

Esto iba a ser una noche muy larga.

La cena fue tensa.

Mi madre había preparado cocido, que era lo único que le salía medio bien. La abuela comía despacio, mirándome entre bocado y bocado, como esperando a que confesara todos mis pecados.

Hugo había vuelto a las siete y estaba sentado a mi lado, callado por una vez en su vida. Me miraba con ojos de "sé lo que tienes escondido" y yo le devolvía miradas de "como digas algo te mato".

—¿Y qué tal el instituto? —preguntó la abuela.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Muy bien.

—¿Tienes novio?

Me atraganté con un garbanzo.

—¿Qué? No.

—A tu edad yo ya estaba prometida.

—Abuela, eso fue hace cincuenta años.

—Los valores no cambian con el tiempo.

Mi madre intervino antes de que yo pudiera decir algo de lo que me arrepintiera.

—Mamá, déjala. Tiene tiempo para novios.

—Tiempo tiene, pero la juventud se pasa volando. ¿No hay ningún chico que te guste?

Pensé en Nico.

En cómo me había mirado antes.

En el "a no ser que" que no había terminado.

—No —mentí.

La abuela hizo un ruido que podía significar cualquier cosa.

Entonces Hugo abrió la boca.

—Margo tiene un—

Le di una patada por debajo de la mesa.

—¡AY!

—¿Qué tienes? —preguntó la abuela.

—Nada —dije yo, muy rápido—. Hugo iba a decir que tengo un examen. De mates. Muy difícil.

Hugo me fulminó con la mirada.

—Sí —dijo entre dientes—. Un examen.

Mi madre nos miró a los dos con sospecha, pero la abuela ya había pasado a otro tema.

—¿Y vas a misa?

—A veces.

—¿A veces? La misa es todos los domingos.

—Es que estoy muy

liada con el instituto.

—El instituto no es excusa para olvidarse de Dios.

—Ya, abuela.

—En mis tiempos—

No llegó a terminar la frase.

Porque en ese momento se oyó un ruido.

Un ruido que venía del cuarto de mi madre.

Un golpe.

Todos nos quedamos quietos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la abuela.

—Nada —dije, con el corazón a mil—. Habrá sido... el viento.

—No hay viento.

—Los vecinos.

—Ha sonado dentro.

Otro golpe.

Y luego un ruido que conocía muy bien.

Un gorjeo.

Un gorjeo de bebé.

—¿Eso es un niño? —La abuela se levantó—. ¿Tenéis un niño en casa?

—No, qué

va, es la tele —dije, levantándome también—. Voy a apagarla.

Fui hacia el cuarto de mi madre antes de que nadie pudiera detenerme.

Abrí la puerta.

Y vi el desastre.

Rafa estaba despierto.

Rafa estaba FLOTANDO.

Rafa había tirado la mitad de los abrigos del armario al suelo y estaba dando vueltas por la habitación como una pelota con colmillos.

—Ma —dijo al verme, muy contento.

—Rafa, baja —susurré—. BAJA.

No bajó.

Claro que no bajó.

Escuché pasos detrás de mí.

—Margo, ¿qué está pasando ahí den—?

Cerré la puerta de golpe, justo a tiempo.

—¡Nada! —grité—. ¡Es que... hay una rata!

—¿UNA RATA? —La voz de mi madre sonaba horrorizada.

—Sí. Una rata. Enorme. Voy a... voy a sacarla. Vosotras quedaos ahí.

—¡Llamo a un exterminador!

—¡No hace falta! ¡Ya la tengo controlada!

Volví a abrir la puerta, entré, y la cerré detrás de mí.

Rafa seguía flotando. Ahora estaba en el techo, mirándome boca abajo con esa sonrisa que ya conocía.

—Rafa —dije, muy seria—. Si bajas ahora mismo, te doy toda la sangre que quieras. TODA.

Rafa ladeó la cabeza.

—Ico —dijo.

—Nico no está. Está en su casa. Ahora solo estamos tú y yo, y necesito que bajes antes de que mi abuela entre aquí y le dé un infarto.

Rafa pareció pensarlo.

Y entonces bajó.

Flotó hasta mis brazos como si nada, se acurrucó contra mi pecho, y cerró los ojos.

—Gracias —susurré—. Gracias, gracias, gracias.

—Ma —murmuró él.

—Sí, vale, soy tu ma. Lo que tú digas. Pero ahora tienes que quedarte quieto, ¿vale? MUY quieto.

Lo metí otra vez en el armario, esta vez tapándolo con más abrigos. Cerré las puertas. Respiré hondo.

Cuando salí, mi madre y mi abuela estaban en el pasillo, mirándome.

—¿La rata? —preguntó mi madre.

—Se ha escapado por la ventana.

—¿Por la ventana?

—Sí. Era muy lista. Muy... acrobática.

Mi madre no me creyó.

Mi abuela tampoco.

Pero ninguna de las dos quiso investigar más, porque al final nadie quiere encontrarse con una rata.

El resto de la cena fue un desastre controlado.

La abuela siguió preguntando cosas. Yo seguí mintiendo. Hugo siguió mirándome con cara de extorsionador profesional. Mi madre siguió sin entender nada.

Y en algún momento, mientras fingía escuchar la historia de cómo el párroco nuevo no era tan bueno como el anterior, recibí un mensaje de Nico.

"todo bien?"

Miré hacia el cuarto de mi madre, donde Rafa estaba supuestamente dormido otra vez.

"creo que sí"

"la abuela ha visto algo?"

"no"

"menos mal"

"ha sido de

locos"

"ya te contaré mañana"

"ok. oye"

"que"

"lo de antes"

"que de antes"

"lo del novio. era broma. pero"

Tres puntos. Nico estaba escribiendo. Los puntos desaparecieron. Volvieron a aparecer. Desaparecieron otra vez.

"nada. da igual. mañana hablamos"

Me quedé mirando el mensaje.

¿Pero qué?

—Margarita, ¿me estás escuchando?

Levanté la vista. La abuela me miraba con cara de enfado.

—Sí, abuela. El párroco nuevo. Muy

interesante.

Guardé el móvil.

Pero no dejé de pensar en ese mensaje en toda la noche.

Capítulo 9

Rafa aprende trucos nuevos

Rafa estaba evolucionando.

Y no como los Pokémon, que evolucionan y se vuelven más monos o más

fuertes o lo que sea. No. Rafa evolucionaba de formas

raras. Formas que no venían en ningún manual de crianza. Formas que me daban

ganas de meterme debajo de la cama y no salir nunca.

Empezó el martes.

Estaba dándole su biberón de sangre —sí, ya teníamos biberón, Nico lo había comprado en un bazar chino diciendo que era "para su prima pequeña"— cuando Rafa hizo algo nuevo.

Gruñó.

No un gruñido de bebé normal. No un ruidito

mono de "tengo gases". No.

Un gruñido de verdad.

De animal.

De depredador.

Como si dentro de ese cuerpecito de bebé hubiera un lobo. O un tigre. O algo con muchos dientes y muy

pocas

ganas de

portarse bien.

—¿Ha gruñido? —preguntó Nico, que estaba sentado en mi cama mirando el móvil.

—Ha gruñido.

—¿Los bebés gruñen?

—Los bebés normales no.

—Ya. —Pausa—. Eso no mola.

—No, no mola.

Rafa me miró con esos ojos rojos y sonrió. Como si supiera exactamente lo que acababa de hacer. Como si estuviera orgulloso.

El

muy

cabrón estaba orgulloso de haberme dado un susto de

muerte.

—Oye —le dije—, eso no se hace. Nada de gruñir. Eso es

de

borde.

Rafa ladeó la cabeza.

Y gruñó otra vez.

Más fuerte.

—¡Que no!

—Ma —dijo, y se rió con esa risita de bebé que ahora sonaba ligeramente maligna.

El miércoles fue peor.

Llegué del instituto y encontré a Rafa en el techo. Eso ya era

normal, si es que algo de esto podía ser normal. Pero esta vez no estaba solo flotando.

Estaba... brillando.

Sus ojos, quiero decir. Brillaban. Mucho más de lo habitual. Como dos linternas rojas apuntándome desde arriba.

—Rafa, baja.

No bajó.

—Rafa.

Siguió mirándome. Los ojos cada vez más brillantes.

Y entonces las luces de mi habitación parpadearon.

Una vez.

Dos veces.

Se apagaron.

—¿Pero qué

coño...?

La única luz que quedaba eran los ojos de Rafa. Dos puntos rojos en la oscuridad. Mirándome.

No voy a mentir: me

cagué de miedo.

—Rafa, por favor, esto no tiene

gracia.

—Ma —dijo su voz desde el techo. Y sonó diferente.

Más profunda.

Más vieja.

Las luces volvieron de golpe.

Rafa estaba en el suelo, delante de mí, sonriendo como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo has bajado tan rápido?

—Ico —dijo, señalando la puerta.

Me giré.

Nico estaba en el umbral, pálido.

—¿Has visto eso? —pregunté.

—He visto las luces parpadear desde el

pasillo.

—Ha sido Rafa.

—¿Rafa puede apagar las luces?

—Aparentemente.

Nos miramos.

—Esto se está

poniendo

chungo —dijo Nico.

—Muy chungo.

El jueves descubrimos que podía mover cosas.

No muchas cosas. Cosas pequeñas. Pero cosas.

Estábamos en mi cuarto, Rafa jugando con su peluche de murciélago, cuando de repente el peluche... flotó.

No Rafa.

El peluche.

Flotó hasta la otra punta de la habitación y se quedó ahí, suspendido en el aire, mientras Rafa lo miraba con cara de concentración.

—Nico.

—Lo estoy viendo.

—El murciélago está flotando.

—Lo estoy viendo.

—Rafa está moviendo el murciélago con la mente.

—Margo, lo estoy viendo.

El peluche cayó al suelo.

Rafa aplaudió, encantado.

—Ma —dijo—. Ico. ¡Afafafa!

No teníamos ni idea de qué significaba "afafafa" pero sonaba a celebración.

—Telequinesis —dijo Nico—. Tiene telequinesis.

—¿Los vampiros tienen telequinesis?

—En algunas

pelis sí.

—¿En cuáles?

—No me acuerdo. Pero estoy

bastante seguro de que sí.

Genial. Mi bebé vampiro no solo flotaba, gruñía y apagaba luces. Ahora también movía objetos con la mente.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Leer pensamientos? ¿Transformarse en murciélago? ¿Hipnotizarme para que le diera más sangre?

En realidad, eso último ya lo hacía.

Esos ojos rojos eran

muy

convincentes.

El viernes tocó lo peor.

Estábamos los tres en mi cuarto —Rafa, Nico y yo— cuando alguien llamó a la puerta.

Mi madre.

—Margo, ¿estás

ahí?

—¡Sí!

—¿Tienes a alguien

contigo?

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—¡Solo estoy hablando por el

móvil!

—He oído voces. Más de una voz.

Nico me miró con pánico.

Rafa, el muy
oportuno, eligió ese momento para decir:
—Ma.
Silencio al otro lado de la puerta.
—¿Qué ha sido eso?
—¡Un vídeo! ¡De
TikTok! ¡De bebés!
—¿Un vídeo de bebés?
—¡Sí! ¡Ya sabes cómo es el algoritmo!
No era convincente.
Nada convincente.
Pero mi madre tenía
prisa y no insistió.
—Bueno, que sepas que Don Ramón ha llamado.
El corazón se me paró.
—¿Don Ramón?
—Sí. Dice que te dejaste el
monedero en la
carnicería.
—Ah.
—No sabía que ibas a la carnicería.
—Es que... me gusta la carne.
—Nunca te ha gustado la carne.
—Ahora sí.
—¿Desde cuándo?
—Desde... hace poco. Es una fase.
Silencio.

—Esta

familia —murmuró mi madre antes de alejarse.

Cuando sus pasos desaparecieron, solté el aire que llevaba

conteniendo.

—Ha estado

cerca —dijo Nico.

—Demasiado cerca.

—Tenemos que tener más cuidado.

—Ya lo sé.

—No, en serio. —Nico me miró muy fijo—. Si tu madre se entera...

—No va a

enterarse.

—¿Y si Rafa hace alguna

cosa rara delante de ella?

No tenía respuesta para eso.

Porque Rafa hacía cosas raras constantemente. Cada día una nueva. Gruñidos, luces, telequinesis... ¿quién sabía qué sería lo siguiente?

Miré a Rafa, que estaba en el suelo jugando con el murciélago como si no acabara de casi

jodernos la vida.

—Oye —le dije—. Necesito que entiendas algo. Cuando hay gente que no sea yo, Nico o Hugo, tienes que portarte

normal. ¿Vale? Nada de flotar. Nada de gruñir. Nada de mover cosas. ¿Entendido?

Rafa me miró.

—Ma —dijo.

—Eso no es un sí.

—Ico.

—Tampoco.

—Afafafa.

Suspiré.

—¿Por qué intento

razonar con un

bebé?

—Porque no te queda otra opción —dijo Nico.

Tenía razón.

No me quedaba otra opción.

Esa noche, mientras Rafa dormía —o lo que fuera que hacían los vampiros cuando cerraban los ojos—, Nico y yo nos quedamos hablando en voz baja.

—¿Crees que va a seguir desarrollando poderes? —preguntó.

—Ni idea. Cada día hace algo nuevo.

—Es

flipante.

—Es

aterrador.

—También. —Nico sonrió un poco—. Pero

flipante.

Me di cuenta de que estábamos muy cerca.

Como, muy cerca de verdad. Sentados en mi cama, hombro con hombro, en la oscuridad, con solo la luz de la pantalla del móvil iluminándonos.

—Oye —dijo Nico—, sobre el mensaje del otro día...

—¿Qué mensaje?

—El de... ya sabes. Lo del novio.

—Ah.

El corazón me latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

—Era

broma —dijo—. Pero...

—Pero qué.

Silencio.

Nico me miró.

Y justo cuando abría la boca para decir algo, Rafa se despertó.

—Ma —dijo desde su caja—. Ico. Sangue.

Momento

arruinado.

Absolutamente

arruinado.

—Tiene hambre —dije, levantándome más rápido de lo necesario.

—Ya veo.

Fui a por el biberón intentando no mirar a Nico.

¿Qué iba a decir? ¿"Pero" qué? ¿"Pero me gustas"? ¿"Pero ojalá fuera verdad"? ¿"Pero llevo años

enamorado de ti y no sé cómo decirlo"?

No.

Seguro que no era eso.

Era Nico. Mi mejor amigo. El que me conocía de toda la vida. El que me había visto llorar con Crepúsculo y teñirme el pelo de morado y hacer rituales

cutres a la luna.

No podía verme de esa forma.

¿Verdad?

Le di el biberón a Rafa y volví a sentarme en la cama.

Más lejos esta vez.

—Bueno —dijo Nico, con un tono raro—. Es

tarde. Debería irme.

—Sí. Vale. Nos vemos mañana.

—Nos vemos.

Se levantó.

Se fue.

Y yo me quedé ahí, con Rafa bebiendo sangre en mis brazos, preguntándome qué

coño acababa de pasar.

—Ma —dijo Rafa cuando terminó.

—Ya lo sé. Soy

gilipollas.

—Ico.

—Sí. Nico. Lo he

jodido con Nico.

Rafa eructó.

No ayudaba.

Capítulo 10

Lola quiere monetizar al bebé

Lola lo descubrió un jueves.

No porque yo quisiera. No porque Nico se fuera de la lengua. No porque Hugo decidiera cobrar más de lo que yo podía pagar en chuches.

No.

Lola lo descubrió porque apareció en mi casa sin avisar, como hacía siempre, entró en mi cuarto sin llamar, como hacía siempre, y pilló a Rafa flotando encima de mi cama mientras yo intentaba convencerle de que bajara con un trozo de filete.

—¿QUÉ COÑO ES ESO?

Rafa dejó de flotar del susto.

Se cayó encima de mí.

Y Lola se quedó en la puerta, con su bolso de Shein y su top rosa y su expresión de "acabo de ver algo que no debería haber visto".

—Puedo explicarlo —dije.

—Margo. Había un bebé volando.

—Sí.

—VOLANDO.

—Sí.

—Los bebés no vuelan.

—Este sí.

Lola parpadeó. Una vez. Dos veces. Se llevó la mano al pecho como si le fuera a dar algo. Y entonces hizo lo último que esperaba.

Sacó el móvil.

—Tía, esto hay que grabarlo.

—¿QUÉ? ¡No!

Me levanté de un salto, con Rafa en brazos, e intenté quitarle el móvil. Lola era más rápida. Se apartó, encuadró, y antes de que pudiera hacer nada ya estaba grabando.

—Lola, para.

—¿Estás

? Esto es

. Esto es VIRAL. ¿Sabes cuántos seguidores podríamos conseguir con un bebé que vuela?

—No es un bebé que vuela. Es un vampiro.

Silencio.

Lola bajó el móvil.

—¿Un qué?

—Un vampiro. Bebé. Vampiro bebé. Me lo dejaron en la ventana hace unas semanas y ahora vive conmigo y bebe sangre y flota y por favor no se lo cuentes a nadie.

Lola me miró.

Miró a Rafa.

Rafa le enseñó los colmillos.

—Hostia puta —dijo Lola.

—Ya.

—Es un vampiro.

—Eso he dicho.

—De verdad.

—De verdad de la buena.

Lola se sentó en mi cama. Despacio. Como si las piernas no le funcionaran bien. Seguía mirando a Rafa con una mezcla de horror y fascinación que reconocía perfectamente.

Era la misma cara que había puesto yo.

—¿Cómo...? —empezó.

—No lo sé.

—¿Por qué...?

—Tampoco lo sé.

—¿Y la sangre...?

—Carnicería de Don Ramón.

—Joder.

—Ya.

Nos quedamos en silencio un momento. Rafa aprovechó para agarrar un mechón del pelo de Lola con su manita. Ella dio un respingo pero no se apartó.

—Es mono —dijo, casi a su pesar—. Para ser un vampiro.

—Eso dice todo el mundo.

—¿Quién más lo sabe?

—Nico. Y Hugo.

—¿Hugo tu hermano de siete años?

—Me está extorsionando por chuches y consola.

—Típico.

Rafa soltó el pelo de Lola y se giró hacia mí.

—Ma —dijo.

—¿Te ha llamado mamá?

—Sí. Es lo único que dice. Bueno, eso y "Ico" cuando ve a Nico. Y "sangue" cuando tiene hambre.

—Sangue.

—Como sangre pero

.

Lola asintió como si todo esto tuviera algún sentido. Que no lo tenía. Nada de esto tenía sentido. Pero ella parecía estar procesándolo mejor de lo que esperaba.

Demasiado bien.

Sospechosamente bien.

—Oye —dijo de pronto, con ese brillo en los ojos que nunca significaba nada bueno—. ¿Has pensado en monetizarlo?

—¿Perdona?

—O sea, piénsalo. Un bebé vampiro. Que flota. Que tiene colmillos. Que bebe sangre. Tía, esto es contenido de

. Esto es Netflix documentary. Esto es portada de

.

—Lola, no.

—¡Podríamos crear una cuenta! "La vida con mi bebé vampiro" o algo así. Subir vídeos de él flotando. De él bebiendo sangre. De él haciendo

. ¿Sabes cuánta gente pagaría por ver esto?

—Lola. NO.

—¡Millones! ¡Millones de personas! Podríamos patrocinar productos de bebé. O de sangre. ¿Hay productos de sangre?

—¿Estás

?

—¡Estoy siendo

! Margo, tienes oro entre las manos. Oro vampírico. Y lo estás desperdiciando escondiéndolo en tu armario.

Rafa, como si entendiera que estaban hablando de él, soltó un gruñido.

No uno fuerte. Uno pequeñito. Pero suficiente para que Lola se callara.

—¿Ha gruñido?

—A veces lo hace.

—Joder.

—Ya.

Me senté a su lado, con Rafa en el regazo. Estaba cansada. Llevaba semanas cansada. Y ahora tenía que lidiar con Lola y sus ideas de

.

—No puedo exponerlo —dije—. Es un bebé. Vampiro o no, es un bebé. Si alguien se entera de que existe...

—¿Qué?

—No lo sé. Pero nada bueno. Vendrían científicos a estudiarlo. O el gobierno. O cazadores de vampiros. O...

—¿Cazadores de vampiros?

—¿Cómo voy a saber si existen o no? Hasta hace tres semanas yo no creía en vampiros y mira.

Lola se quedó pensando. Yo podía ver las ruedas girando en su cabeza. Calculando seguidores. Calculando likes. Calculando sponsorships.

—Vale —dijo finalmente—. Nada de redes. Por ahora.

—¿Por ahora?

—Hasta que sepamos más. Pero Margo, en serio. Esto es demasiado

para quedárnoslo solo nosotras. ¿Y si hay más bebés vampiros? ¿Y si hay una comunidad? ¿Y si podemos encontrar a sus padres de verdad?

No había pensado en eso.

Bueno, sí había pensado. Nico y yo habíamos buscado información sobre quién podría haberlo convertido. Pero no habíamos encontrado nada útil.

—No sé quién lo dejó —admití—. Solo había una nota. "Cuídalo. Sabrás qué hacer."

—¿Y sabes qué hacer?

—Claramente no.

Lola sonrió un poco.

—Al menos eres honesta.

—Es lo único que me queda.

Rafa eligió ese momento para bostezar. Un bostezo enorme, con todos sus colmillitos a la vista, seguido de un gorjeo satisfecho.

—Tiene sueño —dijo Lola.

—Es de día. Duerme de día.

—Como los vampiros de verdad.

—Es un vampiro de verdad.

—Ya, tía, pero es

verlo.

Lo era.

Había cosas que nunca te acostumbrabas a ver, y un bebé vampiro bostezando con colmillos era una de ellas.

Lo metí en su caja —que ya estaba bastante

, con cojines y mantas y el murciélago de peluche— y lo tapé con cuidado de que no le diera la luz.

—¿Duerme en una caja? —preguntó Lola.

—No tengo cuna.

—Podría conseguirte una. Mi prima tiene una que ya no usa.

—¿Y cómo le explico a mi madre que de repente tengo una cuna?

—Buen punto.

Nos quedamos mirando a Rafa dormir. O lo que fuera que hacía cuando cerraba los ojos, que técnicamente no era dormir porque los vampiros no duermen, pero tampoco estaba despierto, así que algo era.

—Oye —dijo Lola en voz baja—, ¿cómo lo llevas?

—¿El qué?

—Todo esto. El bebé. El secreto. El no dormir.

La miré.

Lola podía ser

. Podía ser

y

y

con sus ideas de viral y sus ganas de monetizar cualquier cosa. Pero también era mi amiga. Desde hacía años. Y a veces, muy de vez en cuando, se le escapaba la humanidad.

—Fatal —admití—. Estoy agotada. No sé qué estoy haciendo. No sé si lo estoy haciendo bien. Y tengo miedo de que alguien lo descubra y me lo quite, o me lleven a mí, o pase algo

.

—No va a pasar nada malo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ahora me tienes a mí.

Lo dijo así, tan

, como si fuera obvio. Como si añadir a Lola a la ecuación solucionara todos los problemas.

—Lola, tú querías grabarlo hace cinco minutos.

—Sí, bueno, era el shock. Ya se me ha pasado. Ahora estoy en modo protector.

—¿Tienes modo protector?

—Tengo muchos modos. Este es nuevo, pero creo que me queda bien.

No pude evitar sonreír.

—Estás

.

—Y tú tienes un vampiro. No sé quién de las dos está peor.

Touché.

—Vale —dije—. Bienvenida al club. Pero las normas son claras: nada de redes, nada de fotos, nada de contárselo a nadie.

—¿Ni siquiera a—?

—A NADIE.

—Vale, vale.

—Y tienes que ayudar. Si vas a saber el secreto, vas a ayudar. Con la sangre, con vigilarlo cuando yo no puedo, con inventar excusas si mi madre pregunta.

—Hecho. Soy muy buena inventando excusas.

—Lo sé. Te he visto mentirle a tres profesores a la vez.

—Cuatro. Ruiz también se lo creyó.

Lola sonrió.

Yo también.

Y por un momento, solo un momento, tuve la sensación de que quizás esto iba a salir bien. Que entre Nico, Hugo y ahora Lola, teníamos un equipo. Un equipo

, sí. Un equipo que incluía a una aspirante a influencer, un niño de siete años mafioso, y un tío del que posiblemente estaba enamorada pero que no sabía cómo decírselo.

Pero un equipo.

—Oye —dijo Lola de pronto—. ¿Nico sabe lo que sientes por él?

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué?

—Que si Nico sabe que te gusta.

—No me gusta.

—Margo, por favor. Te conozco desde hace años. Te gusta desde

.

—No es verdad.

—¿Te acuerdas cuando se cortó el pelo en tercero y casi te da algo?

—Eso fue... alergia.

—¿Alergia al pelo corto?

—Era primavera.

Lola me miró con cara de "¿en serio?".

—Vale —dije—. Quizás me gusta un poco.

—¿Un poco?

—Bastante.

—¿Bastante?

—Mucho, ¿vale? Me gusta mucho. ¿Contenta?

Lola aplaudió.

—¡Lo sabía! ¿Se lo has dicho?

—No.

—¿Por qué?

—¡Porque es mi mejor amigo! ¡Porque si se lo digo y no le gusto se

! ¡Porque ahora mismo tenemos un bebé vampiro que cuidar y no es momento de

!

—Es el momento perfecto para

.

—¿Cómo va a ser el momento perfecto?

—Porque estáis pasando por algo intenso juntos. Eso une. Eso crea

. Y si no le dices lo que sientes, otro día se lo dirá otra.

—Nadie se lo va a decir.

—¿Y si sí?

No tenía respuesta para eso.

Porque Lola tenía razón. Nico era... Nico. Era guapo, era majo, era de esos tíos que no saben que son guapos, lo cual los hace todavía más guapos. Y algún día, alguna chica se iba a dar cuenta. Y entonces yo habría perdido mi oportunidad.

—Lo pensaré —dije.

—Más te vale.

Rafa hizo un ruido desde su caja.

—Sangue —murmuró en sueños.

Lola y yo nos miramos.

—Esto es muy

—dijo ella.

—Bienvenida a mi vida.

—Gracias. Creo.

Se quedó un rato más. Me ayudó a ordenar el armario, que estaba hecho un

desde que Rafa había desarrollado su fase de "destruir cosas con la mente". Hablamos de cosas normales. Del instituto, de series, de un chico de clase que le gustaba. Cosas que haríamos cualquier día si yo no tuviera un vampiro durmiendo en una caja a dos metros.

Cuando se fue, me quedé mirando a Rafa.

—Bueno —le dije—. Ya somos cuatro. Espero que sea suficiente.

Rafa no contestó.

Estaba dormido.

O muerto.

O lo que fuera.

Con los vampiros nunca sabías.

Capítulo 11

La libreta de Don Ramón

Don Ramón tenía una libreta.

Eso lo descubrí el viernes, cuando fui a comprar sangre y le pillé escribiendo en ella. Una libreta pequeña, de esas de espiral, con tapas verdes y páginas amarillentas. La cerró de golpe en cuanto me vio entrar.

Muy sospechoso.

Bueno, quizás yo no era la más indicada para hablar de cosas sospechosas. Pero aun así.

—Hola, Don Ramón.

—Margarita.

Ni siquiera me saludó con el "hola, hija" de siempre. Solo mi nombre. Seco. Como si estuviera fichándome.

—Venía a por lo de siempre.

—Ya. —Guardó la libreta debajo del mostrador—. ¿Sangre?

—Sí.

—¿Para la morcilla?

—Para la morcilla.

Nos miramos.

Los dos sabíamos que era mentira. Los dos sabíamos que mi madre no había hecho morcilla en su vida y que probablemente no sabía ni cómo se escribía la palabra. Pero ninguno de los dos dijo nada.

Don Ramón desapareció en la trastienda.

Y yo, porque soy gilipollas y no puedo evitarlo, me asomé por encima del mostrador.

La libreta estaba ahí.

A medio metro de mi mano.

Con ese título escrito en rotulador negro en la portada: "CLIENTES SOSPECHOSOS".

Joder.

Joder, joder, joder.

Tenía que verla. Sabía que no debía. Sabía que era invasión de la privacidad y que Don Ramón podía volver en cualquier momento y que me iba a meter en un lío enorme. Pero mi cerebro no escuchaba a la parte sensata de mí.

La parte sensata de mí se había ido de vacaciones hace semanas. Concretamente, desde que encontré un vampiro en mi ventana.

Alargué la mano.

Cogí la libreta.

La abrí.

Y casi me da un infarto.

Había páginas y páginas de notas. Con nombres, fechas, y observaciones escritas con una letra diminuta y apretada que costaba leer. Pasé las páginas buscando mi nombre.

Lo encontré.

"MARGARITA TORRES (hija de Carmen)"

Debajo, una lista:

"- Primera compra de sangre: 15 de marzo. Excusa: morcilla. FALSO (Carmen no cocina)."

"- Segunda compra: 18 de marzo. Misma excusa. Sospechoso."

"- Tercera compra: 21 de marzo. Vino con un chico. ¿Novio? ¿Cómplice?"

"- Cuarta compra: 25 de marzo. Nerviosa. Miraba mucho a los lados."

"- Comportamiento: viste de negro, lleva símbolos extraños, ojeras permanentes."

"- Hipótesis: SECTA SATÁNICA (70%) / TRASTORNO ALIMENTICIO (20%) / OTRO (10%)"

Cerré la libreta de golpe.

El corazón me latía tan fuerte que lo oía en los oídos.

Don Ramón creía que estaba en una secta satánica.

Don Ramón llevaba semanas fichándome.

Don Ramón tenía una LIBRETA DE CLIENTES SOSPECHOSOS y yo estaba en ella.

Escuché pasos.

Dejé la libreta donde estaba y me aparté del mostrador justo cuando Don Ramón salía de la trastienda con mi bolsa de sangre.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Me miró.

Yo le miré.

¿Sabía que había visto la libreta? ¿Me había pillado? Su cara no decía nada. Era una de esas caras de señor mayor que han visto demasiado en la vida y ya no se sorprenden por nada.

O por casi nada.

—Son tres euros —dijo.

Pagué con manos temblorosas.

—Oye, Margarita.

—¿Sí?

—Si alguna vez necesitas hablar con alguien... —Pausa—. El párroco de Santa María es muy majo. Ayuda a jóvenes con problemas.

Me estaba recomendando un cura.

Don Ramón creía que estaba en una secta satánica y me estaba recomendando un cura.

—Gracias, Don Ramón. Lo tendré en cuenta.

Salí de la tienda casi corriendo.

Le mandé un mensaje a Nico en cuanto llegué a la esquina.

"EMERGENCIA"

"otra vez?"

"DON RAMÓN TIENE UNA LIBRETA"

"que libreta"

"DE CLIENTES SOSPECHOSOS"

"..."

"ESTOY EN ELLA"

"..."

"CREE QUE SOY DE UNA SECTA SATÁNICA"

"jajajajaja"

"NO TIENE GRACIA"

"un poco si tiene"

"NICO"

"vale vale perdona. quedamos y me cuentas?"

"en el parque en 10"

Fui al parque.

El de siempre. El del columpio oxidado y los tres bancos. Nico ya estaba ahí cuando llegué, sentado en nuestro banco, con dos cafés del chino.

—Cuenta —dijo.

Le conté todo. La libreta, las notas, las hipótesis, lo del cura.

Cuando terminé, Nico se quedó un momento en silencio.

Y luego se empezó a reír.

—¡No tiene gracia!

—Margo, tiene TODA la gracia. —Se limpió una lágrima del ojo—. O sea, el tío tiene una libreta de clientes sospechosos. Como si fuera un detective de

. Y tú estás ahí fichada como posible satánica.

—No es gracioso.

—Es graciosísimo.

—¿Y si se lo cuenta a alguien? ¿Y si llama a mi madre? ¿Y si llama a la policía?

—¿Por comprar sangre? No es ilegal.

—Ya, pero... es raro.

—Muchas cosas son raras. —Nico me pasó un café—. Mira, Don Ramón es un

que lleva cuarenta años en el barrio. Ha visto de todo. Y si cree que eres satánica, pues que lo crea. Mientras no tenga pruebas, no puede hacer nada.

—Tiene la libreta.

—Una libreta con teorías. Eso no es una prueba.

Tenía razón.

Bueno, probablemente tenía razón.

No estaba segura de nada últimamente.

—Oye —dije—, ¿crees que debería dejar de ir a esa carnicería?

—¿Y dónde vas a comprar sangre si no?

—No sé. ¿Otra carnicería?

—Margo, si empiezas a comprar sangre en otra carnicería, OTRO carnicero va a empezar a sospechar. Y entonces tendrás dos tíos con libretas.

—Quizás no todos los carniceros tienen libretas.

—Quizás sí.

—Eso es

.

—Bienvenida a Vallecas.

Bebí mi café intentando calmarme. No funcionó. El café del chino nunca calmaba a nadie. Era básicamente agua sucia con cafeína.

—En serio —dijo Nico—. No pasa nada. Don Ramón puede sospechar lo que quiera. Mientras Rafa esté escondido, nadie va a descubrir nada.

—Ya.

—Y si Don Ramón se pone

, lo manejamos.

—¿Cómo?

—No sé. Ya pensaremos algo.

No era un plan.

No era ni de

un plan.

Pero viniendo de Nico, sonaba casi reconfortante.

—Gracias —dije.

—¿Por qué?

—Por estar aquí. Por no flipar. Por... todo.

Nico me miró.

Esa mirada otra vez. La que no sabía interpretar. La que me hacía sentir cosas que no quería sentir.

—Margo, claro que estoy aquí. Eres mi mejor amiga.

Mejor amiga.

Claro.

Eso era lo que era. Su mejor amiga. Nada más.

—Ya —dije, intentando que no se notara la decepción en mi voz —. Tú también eres mi mejor amigo.

Silencio.

Un silencio raro.

De los que significan algo pero no sabes qué.

—Oye —dijo Nico—, sobre lo del otro día...

—¿Qué del otro día?

—Ya sabes. Lo del mensaje. Lo del... novio.

El corazón me dio un vuelco.

Otra vez esta conversación.

La conversación que nunca terminábamos.

—¿Qué pasa con eso?

Nico abrió la boca.

Y entonces su móvil sonó.

—Mierda, es mi madre. —Miró la pantalla—. Tengo que irme. Quedamos mañana, ¿vale?

—Vale.

Se levantó.

Se fue.

Y yo me quedé ahí, sola en el banco, con mi café frío y mi bolsa de sangre y mis ganas de gritar.

Siempre pasaba algo.

SIEMPRE.

Cada vez que Nico intentaba decir lo que fuera que quería decir, algo le interrumpía. Rafa. Su madre. El universo entero conspirando para que yo nunca supiera qué coño significaba ese "pero" que nunca terminaba.

Me levanté y fui a casa.

Rafa estaba dormido, como siempre a esas horas. Lo miré un momento desde la puerta.

—Esto es tu culpa —le dije—. Bueno, no toda. Pero parte. Si no hubieras aparecido, mi vida sería normal. Tendría tiempo para hablar con Nico. Tendría tiempo para dormir. Tendría tiempo para pensar en algo que no fuera sangre y carnicerías y libretas de clientes sospechosos.

Rafa no contestó.

Estaba muerto.

Bueno, no-muerto.

Pero la idea era la misma.

—Aunque —añadí, sentándome en la cama—, si no hubieras aparecido, Nico y yo seguiríamos siendo solo amigos que quedan para no hacer nada. Ahora tenemos algo. Un secreto. Una cosa nuestra.

Rafa siguió sin contestar.

—Y Lola no sabría nada de mí. Y Hugo no tendría excusa para extorsionarme. Y mi vida sería aburrida.

Pausa.

—Bueno, mi vida sigue siendo aburrida. Pero ahora es aburrida CON vampiro. Que es diferente.

Rafa se movió un poco en su caja.

—Ma —murmuró.

—Sí. Ma. —Suspiré—. Eso soy. Tu ma. La

que te encontró en la ventana y decidió quedarte en vez de llamar a alguien con dos dedos de frente.

Me tumbé en la cama, mirando al techo.

Don Ramón tenía una libreta.

Nico tenía algo que decirme.

Rafa tenía poderes nuevos cada día.

Y yo tenía unas ojeras que me llegaban al suelo y cero idea de cómo manejar nada de esto.

Pero bueno.

Al menos no era aburrido.

Eso era algo.

Capítulo 12

El castillo de mentiras

Las mentiras se estaban acumulando.

Y no como se acumulan los deberes, que los ignoras hasta el último día y luego los haces todos en una noche llorando. No. Estas mentiras se acumulaban como una torre de Jenga. Cada una encima de la otra, temblando, esperando a que moviera la pieza equivocada y todo se viniera abajo.

Hice una lista mental.

Mentiras a mi madre:
1. Tengo insomnio (parcialmente cierto).
2. Estoy estudiando mucho (completamente falso).
3. Los ruidos de mi cuarto son la tele (falso).
4. Voy a la carnicería porque me gusta la carne (tan falso que duele).
5. No tengo novio (técnicamente cierto pero irrelevante).
6. Todo va genial (la mentira más gorda de todas).

Mentiras en el instituto:
1. Estoy cansada por las series (falso).
2. Me duermo en clase por alergia a la primavera (no existe esa alergia).
3. La canción del biberón era indie (había dicho que era de un grupo noruego de post-punk experimental).
4. No me pasa nada raro (me pasan TODAS las cosas raras).

Mentiras a Don Ramón:
1. La sangre es para morcilla.
2. Mi madre cocina.
3. No estoy en una secta.

Vale, la tercera era verdad. No estaba en una secta. Estaba en algo peor: la crianza no deseada de un vampiro bebé.

—Margo, ¿me estás escuchando?

Levanté la vista. Mi madre me miraba desde el otro lado de la mesa de la cocina, con esa expresión de "sé que estás en otro planeta".

—Sí.

—¿Qué he dicho?

Mierda.

—Algo de... ¿la compra?

—Te he preguntado si tienes algo que contarme.

El corazón se me paró.

—¿Contarte? ¿Como qué?

—No sé. Estás rara últimamente. Más rara de lo normal.

—Siempre he sido rara.

—Ya, pero esta es una rareza diferente. —Se sentó frente a mí—. ¿Hay algún problema en el instituto? ¿Con tus amigas? ¿Con algún chico?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Porque si hubiera algo, lo que fuera, podrías contármelo.

Claro, mamá. Te cuento que tengo un vampiro en el armario. Que bebe sangre de cerdo. Que flota por el techo. Que me llama "ma". Seguro que eso va genial.

—No pasa nada —dije—. Solo estoy cansada.

—Llevas semanas cansada.

—Es la edad.

—¿La edad?

—Sí. Los adolescentes estamos siempre cansados. Es biológico. Leí un artículo.

Mi madre no se lo creyó. Lo vi en su cara. Pero también vi que no iba a insistir. Todavía no. Me estaba dando cuerda, esperando a que me ahorcara sola.

—Vale —dijo—. Pero si necesitas hablar...

—Ya lo sé.

Se levantó y fue a hacer la cena.

Yo me quedé ahí, sintiendo cómo la torre de Jenga temblaba un poco más.

El problema de las mentiras es que necesitan más mentiras para sostenerse.

Lo descubrí el miércoles, cuando Lola decidió que quería conocer mejor a Rafa.

—Es que solo lo he visto una vez —dijo, sentada en mi cama mientras yo intentaba convencer a Rafa de que se comiera su sangre sin mancharlo todo—. Y fue

traumático. Necesito una segunda impresión.

—La segunda impresión va a ser igual de traumática.

—Ya, pero ahora estoy preparada mentalmente.

Rafa eligió ese momento para mirarla y gruñir.

Lola dio un salto.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Gruñe a veces.

—¿GRUÑE?

—Es nuevo. Lo empezó a hacer la semana pasada.

—Margo, tu bebé vampiro GRUÑE. Eso no es normal.

—Nada de esto es normal, Lola.

Rafa, satisfecho con el susto que había dado, volvió a su biberón de sangre. Lola lo miraba como si fuera una bomba a punto de explotar.

—Oye —dijo—, ¿has pensado en investigar más? Sobre de dónde viene, quiero decir.

—Nico y yo hemos buscado cosas. En internet. Pero no hay mucho.

—¿Habéis probado la deep web?

—No voy a meterme en la deep web por un bebé vampiro.

—¿Por qué no?

—Porque la última vez que entré en un sitio

raro acabé con un virus que me jodió el ordenador durante dos semanas.

—Eso fue porque entraste en una página

pirata. La deep web es diferente.

—Lola, no.

—¡Podría haber información! Comunidades de vampiros. Foros secretos. Gente que sabe cosas.

—O podría haber

criminales que quieren vender mis órganos.

—Eso también.

Rafa terminó su biberón y eructó.

—Sangue —dijo, satisfecho.

—Ya has comido bastante —le dije—. Ahora a dormir.

—No quede.

Lola y yo nos quedamos heladas.

—¿Ha dicho "no quiero"? —preguntó Lola.

—Creo que sí.

—¿Puede hablar?

—Está aprendiendo. Dice "ma", "Ico", "sangue"... y ahora "no quede".

—Joder.

—Ya.

Rafa nos miró a las dos con esos ojos rojos que brillaban en la penumbra.

—Lola —dijo.

Lola abrió la boca.

—Ha dicho mi nombre.

—Sí.

—MARGO, HA DICHO MI NOMBRE.

—Que sí, que lo he oído.

—¡Es

mono!

Cinco minutos antes tenía miedo del gruñido. Ahora estaba

encantada porque el bebé vampiro sabía su nombre. Así era Lola. Impredecible hasta para las cosas sobrenaturales.

—Lola —repitió Rafa, y extendió los brazos hacia ella.

Ella me miró.

—¿Puedo cogerlo?

—Si quieres.

Lo cogió. Con cuidado, como si fuera a romperse. Rafa se acurrucó contra ella y cerró los ojos.

—Pesa

poco —dijo Lola.

—Ya. Es por lo de estar muerto.

—No parece muerto. Parece... dormido.

—Técnicamente está las dos cosas.

Lola se quedó mirándolo un momento. Y entonces, porque era Lola y no podía evitarlo, sacó el móvil.

—Ni se te ocurra.

—¡Solo una foto!

—Lola, NO.

—¡Para mí! No la voy a subir a ningún lado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¿Me lo juras?

—Margo, te juro por Sephora que no voy a subir esta foto.

Viniendo de Lola, eso era lo más sagrado que podía jurar.

—Vale. Una.

Hizo la foto. Miró la pantalla. Y su expresión cambió.

—Margo.

—¿Qué?

—Mira.

Me enseñó la foto.

Rafa no salía.

Bueno, salía ella. Salían sus brazos. Salía la manta. Pero donde debería estar Rafa solo había... nada. Un hueco. Como si lo hubieran borrado con Photoshop.

—Los vampiros no salen en las fotos —dije.

—Eso es

.

—Tiene sentido. No se reflejan en los espejos, ¿no? En las

pelis...

—Pero los

espejos son una cosa. Las fotos son DIGITALES. No funcionan igual.

—Lola, es un vampiro. No sigue las reglas de la lógica.

Ella miró la foto otra vez.

—Bueno —dijo—, al menos así no hay pruebas.

Tenía razón.

Si Rafa no salía en las fotos, nadie podía tener pruebas de que existía.

Era lo único bueno de todo esto.

Nico vino más tarde, cuando Lola ya se había ido.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, sentándose en mi cama.

—Bien. Más o menos. Rafa ha dicho su nombre.

—¿El de Lola?

—Sí. Y ha gruñido. Y hemos descubierto que no sale en las fotos.

—Espera, ¿qué?

Le conté lo de la foto. Nico se quedó pensando un momento.

—Eso es

—dijo—. Pero también

. Significa que podríamos tenerlo en público y nadie podría grabarlo.

—¿Para qué íbamos a tenerlo en público?

—No sé. Por si alguna vez tenemos que sacarlo de aquí.

No había pensado en eso.

No había pensado en muchas cosas.

—Oye —dijo Nico—, ¿cómo llevas lo de las mentiras?

—Fatal. Mi madre me ha preguntado hoy si me pasa algo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estoy cansada. Que es la edad.

—¿Se lo ha creído?

—No.

Silencio.

Nico se tumbó en la cama, mirando al techo.

—Esto no puede durar para siempre —dijo—. En algún momento alguien va a descubrir algo.

—Ya lo sé.

—¿Y qué hacemos entonces?

—No lo sé.

—Deberíamos tener un plan.

—¿Qué clase de plan?

—Un plan de escape. O un plan de explicación. O algo.

Me tumbé a su lado. Estábamos muy cerca. Hombro con hombro. Casi tocándonos pero no del todo.

—¿Qué les decimos? —pregunté—. "Oye, mamá, tengo un vampiro, pero no te preocupes, es

majo".

—Suena

buen plan.

—Nico.

—Ya, ya lo sé. —Suspiró—. Es

chungo. Todo esto.

—Muy chungo.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Oye —dijo él—, pase lo que pase, estamos juntos en esto. ¿Vale?

—Vale.

—Tú, yo, Lola, Hugo. El equipo.

—El equipo

raro.

—El mejor equipo.

Me giré para mirarlo.

Estaba ahí, tan cerca, con esa sonrisa que siempre me hacía sentir cosas que no quería sentir.

—Nico...

—¿Sí?

Quería decírselo. Quería decirle que me gustaba. Que llevaba años gustándome. Que cada vez que me miraba así se me olvidaba cómo respirar.

Pero no lo dije.

Porque Rafa eligió ese momento para despertarse.

—Ma —dijo desde su caja—. Ico. Sangue.

Siempre interrumpiendo.

SIEMPRE.

—Tiene hambre —dije, levantándome.

—Ya veo.

Fui a por el biberón.

Y mientras lo preparaba, pensé que mi vida era básicamente esto: mentiras, secretos, y momentos que nunca llegaban a nada por culpa de un bebé vampiro con muy mal

timing.

Pero bueno.

Al menos no estaba sola.

Eso era algo.

¿No?

Capítulo 13

Carmen casi lo descubre todo

Mi madre decidió limpiar mi habitación.

Sin avisar. Sin preguntar. Sin darme tiempo a preparar absolutamente nada.

Llegué del instituto y la encontré con la aspiradora en la mano, de pie en el umbral de MI cuarto, mirando hacia dentro con cara de "aquí pasa algo raro".

—¿Qué haces? —pregunté, intentando que no me temblara la voz.

—Limpiar. Este cuarto huele raro.

Olía a vampiro.

Bueno, no sé a qué huelen los vampiros exactamente. Pero olía a algo. A cerrado, a noche, a esa cosa metálica que tiene la sangre cuando llevas días guardándola detrás de los libros de texto.

—Es mi perfume nuevo —dije.

—¿Tu perfume huele a carnicería?

Mierda.

—Es gótico. Los perfumes góticos huelen así.

Mi madre me miró como si me hubiera salido otra cabeza.

—Margo, no existen los perfumes góticos.

—Sí que existen. Los venden en internet. Se llaman... Eau de Nosferatu.

¿Por qué había dicho eso? ¿POR QUÉ?

—¿Eau de qué?

—Nada. Da igual. Es que no he ventilado mucho.

—Ya veo.

Entró en mi habitación.

Y yo me quedé paralizada en la puerta, viendo cómo se acercaba peligrosamente al armario donde Rafa estaba durmiendo.

Era mediodía. El sol entraba por la ventana. Rafa debería estar dormido profundamente, como todos los días. Pero "debería" no significaba nada cuando se trataba de un bebé vampiro que hacía lo que le daba la gana.

—Mamá, de verdad, no hace falta que limpies.

—Margo, hay polvo en el escritorio desde la Edad Media.

—Me gusta el polvo. Le da personalidad.

—El polvo no da personalidad. Da alergia.

Se acercó más al armario.

Más.

MÁS.

—¡Oye! —grité—. ¿No hueles a gas?

Mi madre se paró.

—¿Gas?

—Sí. Creo que huele a gas. En la cocina. Deberíamos ir a comprobarlo.

—No huelo nada.

—Es que tienes la nariz taponada.

—Margo, no tengo la nariz taponada.

—A lo mejor es sinusitis. La sinusitis es muy traicionera. No te enteras de que la tienes hasta que te explota la cara.

Mi madre me miró fijamente.

—¿Qué escondes en el armario?

El corazón se me paró.

—¿Qué? Nada.

—Margo.

—Nada, de verdad.

—Entonces no te importará que lo abra.

—¡NO!

Demasiado rápido. Demasiado alto. Demasiado obvio.

Mi madre cruzó los brazos.

—Vale. ¿Qué hay ahí dentro? ¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Un chico?

—No hay ningún chico.

—¿Entonces qué?

Piensa, Margo, piensa. Necesitaba algo. Una excusa. Algo que explicara por qué no quería que abriera el armario sin que sonara completamente loca.

—Es... un regalo.

—¿Un regalo?

—Sí. Para ti. De cumpleaños.

—Mi cumpleaños fue hace tres meses.

—De cumpleaños adelantado. Del próximo año.

Mi madre entrecerró los ojos.

—Margo, si hay algo en ese armario que no debería estar ahí, prefiero que me lo digas ahora. Porque si lo descubro yo...

—No hay nada.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Silencio.

Mi madre se giró hacia el armario.

Puso la mano en la puerta.

Y entonces, porque el universo tiene un sentido del humor muy retorcido, sonó el timbre.

—¿Quién será? —Mi madre frunció el ceño—. No espero a nadie.

—¡Yo voy! —Me lancé hacia la puerta del piso como si me fuera la vida en ello.

Abrí.

Era Nico.

Nunca me había alegrado tanto de verle en mi vida.

—Hola —dijo—. Venía a... ¿por qué tienes esa cara?

—Mi madre está intentando abrir el armario.

Nico palideció.

—¿El armario donde...?

—SÍ.

—Mierda.

—YA.

Mi madre apareció detrás de mí.

—Ah, Nico. ¿Qué tal?

—Bien, Carmen. Venía a... a estudiar. Con Margo. Tenemos examen.

—¿Examen de qué?

—De... —Nico me miró.

—Biología —dije.

—Historia —dijo él al mismo tiempo.

Silencio.

—Biohistoria —improvisé—. Es una asignatura nueva. Mezcla las dos.

Mi madre nos miró a los dos con esa expresión de "sé que me estáis mintiendo pero no tengo energía para esto".

—Vale. Estudiad. Pero luego vamos a hablar de lo del armario.

—Claro, mamá.

Se fue a la cocina.

Respiré.

—Nico, tienes que ayudarme.

—¿A qué?

—A sacar a Rafa del armario antes de que mi madre vuelva.

—¿Y dónde lo metemos?

—No lo sé. ¿En tu mochila?

—Margo, no me cabe un bebé en la mochila.

—Pues en algún sitio. Piensa.

Fuimos a mi cuarto. Abrí el armario muy despacio, rezando para que Rafa estuviera dormido.

Estaba dormido.

Gracias a Dios. O a quien fuera que controlara el sueño de los vampiros.

—Vale —susurró Nico—. ¿Y ahora qué?

—Lo sacamos. Lo llevamos a... no sé. ¿Al cuarto de Hugo?

—¿Hugo no está?

—Está en el colegio hasta las cinco.

—Perfecto.

Cogí a Rafa con cuidado. Pesaba menos que una mochila llena de libros. Menos que mi gato cuando era pequeña. Menos que nada, básicamente.

—No te despiertes —le susurré—. Por favor, no te despiertes.

Rafa hizo un ruidito.

—Ma —murmuró, sin abrir los ojos.

—Sí, soy yo. Ahora calla.

Lo llevamos al cuarto de Hugo. Lo metimos debajo de la cama, entre las cajas de juguetes viejos y los Legos que Hugo juraba que algún día volvería a usar.

—¿Estará bien ahí? —preguntó Nico.

—Mejor que en mi armario.

—¿Y si Hugo lo encuentra?

—Hugo ya sabe. Y además, no mira debajo de su cama desde que se convenció de que había un monstruo.

—¿Hugo cree que hay un monstruo debajo de su cama?

—Tenía cinco años. Ahora sabe que no hay monstruos.

Pausa.

—Bueno, ahora sí hay uno. Pero es nuestro monstruo, así que no cuenta.

Volvimos a mi cuarto justo cuando mi madre aparecía otra vez.

—¿Habéis empezado a estudiar?

—Sí —dije, señalando los libros que Nico había sacado de su mochila—. Biohistoria. Muy interesante.

Mi madre miró los libros.

—Eso es matemáticas.

Mierda.

—Es que también tenemos examen de mates.

—Creía que era de biohistoria.

—De las dos cosas. Semana de exámenes. Ya sabes cómo es.

Mi madre suspiró.

—Margo, no sé qué está pasando contigo últimamente, pero me estás preocupando.

—No pasa nada, mamá.

—Las ojeras. Las excusas. El olor raro. Nico aquí todo el día...

—Nico es mi amigo.

—Ya lo sé que es tu amigo. —Pausa—. ¿Solo tu amigo?

Noté cómo se me subían los colores.

—¡Mamá!

—Es una pregunta normal.

—¡No es normal!

—Tengo derecho a saber si mi hija tiene novio.

—¡No tengo novio!

Nico, a mi lado, estaba muy callado. Muy quieto. Muy concentrado en mirar sus libros de matemáticas como si fueran lo más fascinante del mundo.

—Vale, vale. —Mi madre levantó las manos—. No pregunto más. Pero esta conversación no ha terminado.

Se fue.

Otra vez.

Me dejé caer en la cama.

—Ha sido horrible.

—Ha estado cerca —dijo Nico.

—Demasiado cerca.

—Al menos Rafa está a salvo.

—Por ahora.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Oye —dijo Nico—, lo de antes...

—¿Qué de antes?

—Lo que ha dicho tu madre. De si somos... ya sabes.

—Novios.

—Sí.

Me incorporé un poco.

—¿Qué pasa con eso?

Nico no me miraba. Miraba al suelo, a la pared, a cualquier sitio menos a mí.

—Nada. Solo... me ha hecho gracia.

—¿Gracia?

—Sí. Porque no lo somos. Novios. Obviamente.

—Obviamente.

Silencio.

Un silencio incómodo.

De los que significan algo pero ninguno de los dos quiere decir qué.

—Bueno —dije, porque alguien tenía que romper el silencio—. Deberíamos... estudiar. O algo.

—Sí. Estudiar. Vale.

Cogió un libro.

Yo cogí otro.

Ninguno de los dos estudió nada.

Más tarde, cuando mi madre se fue a comprar y Nico tuvo que irse a casa, fui a buscar a Rafa al cuarto de Hugo.

Estaba despierto.

Debajo de la cama, con los ojos rojos brillando en la oscuridad, mirándome.

—Ma —dijo.

—Hola, bicho. ¿Qué tal ahí abajo?

—No guta.

—¿No te gusta?

—No guta. Quero armario.

Joder. Estaba formando frases.

—Volverás al armario, te lo prometo. Pero ahora mismo no es seguro.

Rafa frunció el ceño.

Y entonces hizo algo que no había hecho nunca.

Extendió los bracitos hacia mí.

No para que lo cogiera. No para pedir comida.

Solo... para abrazarme.

—Ma —repitió, más bajito.

Lo saqué de debajo de la cama y lo abracé.

Olía raro, como siempre. Estaba frío, como siempre. Pero había algo en la forma en que se acurrucaba contra mí que me hacía sentir cosas que no esperaba sentir.

Cosas de madre.

Joder.

Esto se estaba complicando.

—Vale —le dije—. Vamos a tener que ser más cuidadosos. Tú y yo. Y Nico. Y todos. Porque si mi madre descubre que existes...

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Pero nada bueno.

Rafa asintió, muy serio.

—No guta mamá de Ma.

—No es que no le gustes. Es que no sabe que existes. Y es mejor así.

—¿Por qué?

—Porque los adultos... —Pausa—. Los adultos se asustan de las cosas que no entienden. Y tú eres muy difícil de entender.

Rafa pareció pensarlo.

—Ma no asusta.

—No. Ma no se asusta. —Sonreí un poco—. Ma es gilipollas y se queda con los bebés vampiros que aparecen en su ventana.

—Ma no es gili... gili...

—Gilipollas.

—Eso. Ma es buena.

Y joder.

Joder, joder, joder.

Ese pequeño vampiro cabrón me estaba haciendo llorar.

—Gracias, Rafa —dije, limpiándome los ojos—. Tú también eres bueno. A tu manera.

—Rafa es vampiro.

—Ya lo sé.

—Vampiro bueno.

—El mejor vampiro que conozco.

Rafa sonrió.

Con todos sus colmillitos.

Y yo pensé que a lo mejor, solo a lo mejor, esto de ser madre de un vampiro no era tan horrible como parecía.

Horrible sí era.

Pero también era... otra cosa.

Algo que no sabía nombrar.

Algo que me daba un poco de miedo.

Capítulo 14

El casi

Nico y yo estábamos solos.

Bueno, no solos del todo. Rafa dormía en el armario, mi madre estaba en el trabajo, y Hugo en casa de un amigo. Pero para efectos prácticos, estábamos solos.

Y eso era peligroso.

Peligroso porque llevábamos semanas dando vueltas alrededor de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. Esas miradas que duraban un segundo más de lo normal. Esos roces de manos que podrían ser accidentales pero no lo eran. Esa tensión que crecía cada vez que estábamos juntos.

—Oye —dijo Nico, sentado en mi cama—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Qué somos?

El corazón se me aceleró.

—¿Qué somos de qué?

—Ya sabes. Tú y yo. ¿Qué somos?

Buena pregunta. Muy buena pregunta.

Éramos mejores amigos desde los doce años. Habíamos pasado por todo juntos. El divorcio de mis padres. La mudanza de los suyos. Mis fases góticas. Sus fases de intentar encajar. Y ahora teníamos un bebé vampiro en común.

Eso tenía que significar algo.

¿Verdad?

—No lo sé —admití—. ¿Qué quieres que seamos?

Nico me miró. Con esos ojos marrones que conocía mejor que los míos propios.

—Creo que sabes lo que quiero —dijo.

Sí. Lo sabía.

Lo había sabido desde hacía semanas. Quizás desde hacía años. Pero decirlo en voz alta era diferente. Decirlo en voz alta lo hacía real.

—Nico...

—No tienes que contestar ahora. Solo quería que supieras que...

—¿Que qué?

—Que me gustas. —Pausa—. Mucho. Desde hace tiempo.

Silencio.

Un silencio largo, incómodo, de esos que preceden a algo importante.

—Tú también me gustas —dije, y las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas.

Nico sonrió.

Esa sonrisa suya que me hacía sentir cosas raras en el estómago.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Desde cuándo?

—No sé. ¿Siempre?

—¿Siempre siempre?

—Nico, no me hagas un interrogatorio ahora.

—Perdona. Es que... —Se pasó la mano por el pelo—. No me lo esperaba.

—¿No te lo esperabas? Llevamos semanas siendo

buen

buen

buen

raros el uno con el otro.

—Ya, pero pensé que era cosa mía.

—Pues no. Era cosa de los dos.

Silencio otra vez.

Pero este silencio era diferente. Este silencio estaba cargado de posibilidades.

Nico se acercó un poco más.

Yo también me acerqué.

Estábamos cerca. Muy cerca. Lo suficiente para que pudiera ver las pecas diminutas que tenía en la nariz, esas que solo se notaban cuando le daba el sol.

—Margo —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—¿Puedo...?

No terminó la frase.

No hacía falta.

Me incliné hacia él. Él se inclinó hacia mí. Nuestras caras estaban a centímetros. A milímetros. Podía sentir su aliento en mis labios.

Y entonces...

—¡MA!

Nos separamos de golpe.

Rafa estaba en la puerta del armario, despierto, mirándonos con sus ojos rojos muy abiertos.

—Rafa —dije, intentando que mi voz sonara normal—. ¿Qué pasa?

—Rafa hambre.

—Ahora te doy de comer.

—Rafa hambre AHORA.

—Ya voy, ya voy.

Me levanté de la cama, evitando mirar a Nico, con la cara más roja que los ojos de Rafa.

El momento se había roto.

Como siempre.

Como

buen

buen

buen

siempre.

Preparé el biberón de sangre mientras Nico se quedaba en mi cuarto, probablemente tan

buen

buen

buen

incómodo como yo. Rafa bebía sin prisa, ajeno a lo que acababa de interrumpir.

O quizás no tan ajeno.

—Ma y Ico raros —dijo entre trago y trago.

—No somos raros.

—Sí. Caras rojas. Miradas

buen

buen

buen

.

—No sabes de qué hablas.

—Rafa sabe mucho.

Joder. El crío era

buen

buen

buen

listo.

Cuando volví a mi cuarto, Nico seguía ahí. Sentado en la cama. Esperando.

—Oye —dijo—. Lo de antes...

—No tenemos que hablar de ello.

—Sí tenemos.

—Nico...

—Margo, casi nos besamos.

—Ya lo sé.

—¿Y no quieres hablar de ello?

Sí quería. Claro que quería. Quería hablar de ello, repetirlo, terminarlo esta vez. Pero Rafa estaba ahí. Y mi madre volvería pronto. Y todo era

buen

buen

buen

complicado.

—Quiero —dije—. Pero no ahora.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Pronto.

—¿Pronto pronto o pronto de "nunca vamos a hablar de esto"?

—Pronto pronto. Te lo prometo.

Nico asintió.

No parecía convencido, pero asintió.

—Vale —dijo—. Pronto.

Se fue media hora después, cuando mi madre llegó del trabajo. Me dio un beso en la mejilla —en la mejilla, como siempre, como los amigos— y se marchó.

Y yo me quedé en mi cuarto, con Rafa ya dormido otra vez, pensando en lo que casi había pasado.

Casi.

Casi nos besamos.

Casi dijimos lo que sentíamos.

Casi cambiamos todo.

Pero el casi no cuenta.

El casi es solo eso. Un casi.

Aunque a veces, solo a veces, el casi es el principio de algo.

Y yo tenía la sensación de que este casi era exactamente eso.

El principio.

De algo grande.

De algo que me daba

buen

buen

buen

miedo.

Pero también

buen

buen

buen

ganas.

Capítulo 15

Casi

Casi pasó un viernes.

Nico y yo estábamos en mi cuarto, como siempre. Rafa dormía en su caja, como siempre. Mi madre trabajaba hasta tarde, como siempre. Todo era normal.

Bueno, todo lo normal que puede ser cuando tienes un vampiro de mascota.

—Oye —dijo Nico—, ¿has pensado en qué va a pasar cuando acabe el curso?

—¿Con qué?

—Con Rafa. Con... todo esto.

No había pensado en eso. No había pensado en nada más allá de sobrevivir cada día. El verano era un concepto abstracto, como el amor correspondido o tener la habitación ordenada.

—No lo sé —admití—. Supongo que seguiremos igual.

—¿Y si tu madre quiere ir de vacaciones?

—Mi madre no tiene dinero para vacaciones.

—¿Y si consigue dinero?

—Nico, eso no va a pasar.

—Pero si pasara...

—Pues... no sé. Nos lo llevamos. Lo metemos en una maleta.

—No puedes meter un vampiro en una maleta.

—¿Por qué no? Es pequeño.

Nico me miró con esa expresión de "estás

loca pero me da igual".

—Margo.

—¿Qué?

—Nada.

Silencio.

De los incómodos.

De los que significan algo pero nadie quiere decir qué.

Estábamos sentados en mi cama. Cerca. Más cerca de lo estrictamente necesario para dos personas que "solo son amigos". Nuestras rodillas casi se tocaban. Casi.

Todo era casi con nosotros.

—Oye —dijo Nico, y su voz sonaba diferente. Más baja. Más... algo.

—¿Qué?

—Sobre lo de antes. Lo del mensaje. Lo del...

—Novio.

—Sí.

El corazón me latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo. Podía oírlo todo el barrio. Probablemente Don Ramón lo estaba apuntando en su libreta: "Margarita Torres: taquicardia sospechosa. Posible ritual satánico cardíaco".

—¿Qué pasa con eso? —pregunté, intentando que mi voz sonara normal.

No sonó normal.

Sonó como si estuviera a punto de desmayarme.

—Era broma —dijo Nico—. Lo de fingir ser tu novio delante de tu abuela. Pero...

Ahí estaba otra vez.

El "pero".

El "pero" que llevaba semanas flotando entre nosotros como un fantasma muy

pesado.

—Pero qué.

Nico me miró.

Y joder, cuando Nico me miraba así, se me olvidaba cómo respirar. Cómo hablar. Cómo ser una persona funcional. Se me olvidaba todo excepto que tenía los ojos marrones con motitas doradas y que olía a ese desodorante

del Mercadona que en él olía increíble.

—Pero a lo mejor... —empezó.

—¿A lo mejor qué?

—A lo mejor no tiene que ser broma.

Silencio.

Silencio total.

Silencio de "¿acaba de decir lo que creo que ha dicho?".

—¿Qué? —Mi voz salió como un graznido.

—Que a lo mejor... —Nico se pasó la mano por el pelo. Estaba nervioso. NICO estaba nervioso. Nico, que nunca se ponía nervioso por nada, que era la persona más

tranquila que conocía, estaba NERVIOSO—. Joder, Margo, no sé cómo decir esto.

—Pues dilo sin más.

—Es que no es tan fácil.

—¿Por qué no?

—Porque eres mi mejor amiga.

—Y tú el mío. ¿Y qué?

—Y qué pasa si lo

jodo todo.

Me quedé mirándolo.

¿Estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo?

¿De verdad estaba diciendo ESO?

—Nico —dije, muy despacio—. ¿Qué estás intentando decir exactamente?

Él respiró hondo.

—Que me gustas.

Tres palabras.

Tres

puñeteras palabras que llevaba años queriendo escuchar.

—¿Qué?

—Que me gustas. Desde hace tiempo. Desde... no sé, desde siempre. Y sé que es

raro porque somos amigos y porque ahora mismo tenemos un vampiro del que cuidar y porque probablemente tú no—

—Nico.

—¿Qué?

—Cállate.

Se calló.

Y entonces hice algo que llevaba años queriendo hacer.

Me incliné hacia él.

Él se inclinó hacia mí.

Nuestras caras estaban a centímetros.

A milímetros.

Podía sentir su aliento. Podía ver cada detalle de sus ojos. Podía—

—¡MA!

Me aparté de un salto.

Nico también.

Rafa estaba de pie en su caja, con los ojos rojos brillando en la oscuridad, mirándonos como si acabara de descubrirnos haciendo algo

malo.

—Joder, Rafa —dije.

—Ma. Ico. ¿Qué hace?

—Nada. No hacíamos nada.

—¿Beso?

Me quedé helada.

—¿Cómo sabes esa palabra?

—Tele. —Rafa señaló hacia el salón—. Ma y Ico beso.

—No nos estábamos besando.

—Casi beso.

Nico, a mi lado, se estaba poniendo rojo. Muy rojo. Del color de los ojos de Rafa, más o menos.

—Rafa —dijo—, ¿puedes... no sé... volver a dormirte?

—No quero.

—Por favor.

—No.

—Te damos sangre extra.

—No.

—Dos raciones.

—No. —Rafa cruzó los bracitos—. Quero ver.

—¿Ver qué?

—Beso.

Dios mío.

El bebé vampiro quería ver cómo nos besábamos.

Esto era

. Esto era

raro. Esto era el momento más

incómodo de mi vida, y eso incluía aquella vez que mi madre encontró mi fanfic de Harry Potter.

—Rafa, no vamos a besarnos delante de ti —dije.

—¿Por qué?

—Porque... porque no.

—Pero casi beso.

—Casi no cuenta.

—¿Por qué casi no cuenta?

—¡Porque no!

Rafa me miró. Luego miró a Nico. Luego volvió a mirarme a mí.

—Ma enfadada —dijo.

—No estoy enfadada.

—Sí enfadada.

—Que no.

—Cara de enfadada.

Nico se empezó a reír.

Bajito primero. Luego más fuerte. Esa risa suya que me encantaba, la que hacía que se le arrugaran los ojos y le salieran hoyuelos.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

—De todo. De esto. —Señaló a Rafa, que seguía mirándonos con curiosidad—. Nuestro primer casi-beso ha sido interrumpido por un bebé vampiro que quiere ver el espectáculo.

—No tiene gracia.

—Tiene

gracia.

—Nico.

—Margo. —Se giró hacia mí, todavía sonriendo—. Mira, ya sé que el momento se ha

jodido. Y que Rafa tiene un timing

horrible. Pero lo que he dicho antes... lo decía en serio.

—¿Lo de que te gusto?

—Sí.

—¿Desde siempre?

—Bueno, quizás no desde siempre-siempre. Pero desde hace mucho. Desde que me di cuenta de que eras la única persona con la que quería pasar tiempo. Desde que empecé a ponerme

nervioso cada vez que me mirabas. Desde...

—¿Desde cuándo?

—Desde segundo de la ESO, más o menos.

—Nico, eso fue hace tres años.

—Ya lo sé.

—¿Y no me has dicho nada en TRES AÑOS?

—¡No sabía cómo! Eres mi mejor amiga. Tenía miedo de

joderlo todo.

—Yo también.

Silencio.

—¿Tú también qué? —preguntó Nico.

—Yo también tenía miedo. De

joderlo. Porque... —Respiré hondo—. Porque tú también me gustas.

—¿Qué?

—Que me gustas, idiota. Desde hace años. Desde que te conocí, básicamente.

Nico abrió la boca.

La cerró.

La volvió a abrir.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y no me has dicho nada?

—¡Tú tampoco me has dicho nada!

—¡Porque pensaba que no te gustaba!

—¡Y yo pensaba lo mismo!

Nos quedamos mirándonos.

Como

idiotas.

Porque eso es lo que éramos. Dos

idiotas que llevaban años sin decirse lo obvio.

—Beso —dijo Rafa desde su caja—. Ahora beso.

—Rafa, cállate —dijimos los dos a la vez.

Pero Rafa no se calló.

Rafa empezó a aplaudir.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!

—Esto es

surrealista —dije.

—Es nuestra vida —dijo Nico.

—Ya.

Nos miramos otra vez.

Y entonces, porque ya daba igual todo, porque Rafa iba a seguir gritando "beso" hasta que lo hiciéramos o hasta que amaneciera, lo que pasara primero, me incliné hacia Nico.

Y esta vez no hubo interrupciones.

Bueno, Rafa seguía aplaudiendo y gritando de fondo, pero eso no contaba.

Me besó.

Lo besé.

Nos besamos.

Y fue...

No sé cómo describirlo.

Fue como cuando llevas años queriendo algo y finalmente lo consigues y es incluso mejor de lo que imaginabas. Fue como la primera escena de Crepúsculo pero sin la parte

cursi. Fue como...

—¡BIEN! —gritó Rafa—. ¡Beso bien!

Nos separamos.

Nico tenía la cara roja. Yo probablemente también.

—Creo que tenemos público —dijo.

—Creo que sí.

Miramos a Rafa, que seguía aplaudiendo con sus manitas

frías.

—Ma y Ico —dijo, muy satisfecho—. Novios.

—No somos— —empecé.

Nico me cogió la mano.

—¿No lo somos?

Mierda.

¿Lo éramos?

¿Así de fácil? ¿Un beso y ya está?

—No lo sé —admití—. ¿Lo somos?

—¿Quieres que lo seamos?

—¿Tú quieres?

—Margo, te acabo de besar delante de un vampiro. Creo que está

claro lo que quiero.

Tenía razón.

Estaba

claro.

—Vale —dije—. Pues... somos novios.

—Somos novios.

—Qué

raro suena.

—Muy raro.

—Pero bien raro.

—El mejor raro.

Rafa, desde su caja, soltó un gritito de felicidad.

—¡Ma y Ico novios! ¡Rafa contento!

Y joder.

Joder, joder, joder.

El bebé vampiro estaba contento porque sus "padres adoptivos" por fin se habían liado.

Esto era

. Esto era

ridículo. Esto era la cosa más

absurda que me había pasado en la vida.

Pero también era... bonito.

A su manera

retorcida.

—Oye —dijo Nico—, ¿esto significa que ahora tenemos que contárselo a Lola?

—Lola lo va a flipar.

—Va a decir "ya era hora".

—Va a decir "os lo dije".

—Va a hacer capturas de todos los mensajes donde ha dicho que nos gustábamos y nos las va a restregar por la cara.

—Cien por cien.

Nos miramos.

Y nos reímos.

Porque era

absurdo.

Todo era

absurdo.

Pero al menos ahora era absurdo juntos.

De verdad juntos.

No solo como amigos.

Rafa bostezó, mostrando todos sus colmillitos.

—Sangue —dijo—. Ahora sangue.

Siempre con el timing perfecto.

Fui a por el biberón mientras Nico se quedaba con él.

Y pensé que mi vida era

rara.

Tenía un bebé vampiro, un novio nuevo, y una montaña de mentiras que cada día crecía más.

Pero por primera vez en semanas, me sentía feliz.

Feliz de verdad.

De esa felicidad

boba que te hace sonreír sin motivo.

—Oye —gritó Nico desde mi cuarto—. ¿Mañana quedamos?

—Claro.

—¿Como cita?

—Como cita.

—
Mola.
Sí.
Molaba.
Molaba
mogollón.

Capítulo 16

La mujer de la ventana

La vi por primera vez un martes.

Estaba en mi cuarto dándole el biberón a Rafa cuando noté algo raro. Una sensación. Como cuando sabes que alguien te está mirando aunque no veas a nadie.

Me giré hacia la ventana.

Y ahí estaba.

Una mujer.

De pie en la calle, tres pisos más abajo, mirando directamente hacia mi ventana. Llevaba un abrigo largo negro, el pelo oscuro recogido, y la piel más pálida que había visto en mi vida.

Más pálida que Rafa.

Y eso ya era decir.

Parpadeé.

Cuando volví a mirar, ya no estaba.

—¿Qué coño...?

Rafa me tiró del pelo.

—Ma. Sangue.

—Sí, sí, ya voy.

Pero no dejé de pensar en la mujer en toda la noche.

La segunda vez fue el jueves.

Nico y yo estábamos volviendo del instituto, hablando de

cosas de novios o lo que fuera —todavía me sonaba

raro decir "novio", como si estuviera mintiendo aunque no lo estaba— cuando la vi otra vez.

Misma mujer.

Mismo abrigo.

Misma piel de fantasma.

Estaba al otro lado de la calle, medio escondida detrás de un coche aparcado, mirándonos.

Mirándome a MÍ.

—Nico.

—¿Qué?

—Esa mujer.

—¿Qué mujer?

Señalé.

No había nadie.

—Había una mujer ahí. Te lo juro. La misma del otro día.

Nico me miró con preocupación.

—¿Del otro día?

—La vi desde mi ventana. Mirando hacia mi cuarto.

—Margo, eso es

chungo.

—Ya lo sé que es chungo.

—¿Y cómo era?

—Pálida. Muy pálida. Con un abrigo negro largo. Y el pelo oscuro.

Silencio.

—¿Crees que tiene algo que ver con Rafa? —preguntó Nico.

No había pensado en eso.

Bueno, sí había pensado. Pero no quería pensarlo. No quería pensar en que alguien pudiera estar buscando a Rafa. En que alguien pudiera querer llevárselo.

—No lo sé —dije.

—Deberíamos tener cuidado.

—Ya tenemos cuidado.

—Más cuidado.

Esa noche no dormí.

Bueno, eso no era nuevo. Llevaba semanas sin dormir bien. Pero esta vez fue diferente. Esta vez me quedé mirando la ventana, esperando ver a la mujer otra vez.

No apareció.

Pero Rafa estaba

raro.

Inquieto. Dando vueltas en su caja. Haciendo ruiditos que no había hecho antes. Gruñidos bajitos, como si estuviera comunicándose con algo que yo no podía ver.

—Rafa, ¿estás bien?

—Viene —dijo.

—¿Qué viene?

—Ella.

El corazón se me paró.

—¿Quién es ella?

Rafa no contestó. Se quedó mirando hacia la ventana con esos ojos rojos que ahora brillaban más de lo normal.

—Rafa, ¿quién es ella?

—Ma —dijo. Pero no me miraba a mí. Miraba a la ventana—. Otra ma.

Otra ma.

Otra madre.

Joder.

Llamé a Nico a las dos de la mañana.

—¿Qué pasa? —Su voz sonaba a sueño.

—Rafa ha dicho algo.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho "otra ma". Ha dicho que viene alguien. Que viene "ella".

Silencio.

—Margo, ¿crees que es su madre de verdad?

—No lo sé. Pero Rafa la ha notado. La ha... sentido o algo. No sé cómo explicarlo.

—¿Y si viene a buscarlo?

La pregunta que no quería hacerme.

¿Y si venía a buscarlo?

¿Y si la mujer del abrigo negro era la madre de Rafa? ¿Y si lo quería de vuelta?

—No voy a dejar que se lo lleve —dije, y me sorprendió lo segura que sonaba mi voz.

—Margo...

—Es MÍO, Nico. Me lo dejaron a mí. He cuidado de él durante semanas. He comprado sangre, he inventado mentiras, he sacrificado mi sueño y mi cordura y probablemente mi futuro. No voy a dejar que una tía

random aparezca ahora y se lo lleve.

—¿Y si es peligrosa?

—Es vampira. Claro que es peligrosa.

—Me refiero a peligrosa de verdad.

No contesté.

Porque sabía que tenía razón.

La vi por tercera vez el viernes.

Esta vez no estaba lejos. Esta vez estaba en el portal de mi edificio.

Esperándome.

Llegué del instituto y ahí estaba, apoyada contra la pared como si llevara horas ahí. O días. O siglos, quién sabía con los vampiros.

Era guapa. Guapa de una forma rara, antigua, como las fotos en blanco y negro de actrices de los años veinte. Tenía los ojos oscuros, casi negros, y la piel tan blanca que parecía brillar bajo la luz del portal.

—Margarita —dijo.

Sabía mi nombre.

Claro que sabía mi nombre.

—¿Quién eres? —pregunté, intentando que no me temblara la voz.

—Creo que ya lo sabes.

—Eres la madre de Rafa.

No fue una pregunta.

Ella sonrió.

Y vi los colmillos.

Pequeños. Discretos. Pero ahí estaban.

—Me llamo Valeria —dijo—. Y sí, soy su madre. Su madre de verdad.

—Yo también soy su madre.

No sé por qué lo dije. No sé de dónde me salió. Pero lo dije, y lo dije en serio, y no me arrepentí.

Valeria ladeó la cabeza.

—Lo has cuidado bien —dijo—. Mejor de lo que esperaba.

—¿Esperabas?

—Cuando te lo dejé, no sabía si funcionaría. No sabía si una humana podría...

—Espera. —La interrumpí—. ¿Me lo dejaste TÚ? ¿A propósito?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque necesitaba que alguien lo cuidara. Alguien que no fuera como nosotros. Alguien que pudiera darle lo que yo no podía.

—¿Y qué es eso?

—Luz de día. Calor humano. Una vida normal.

Me reí. No pude evitarlo.

—¿Una vida normal? Compro sangre en la carnicería. Miento a mi madre todos los días. No duermo desde hace semanas. ¿Eso es normal para ti?

—Es más normal que lo que yo podría ofrecerle.

Silencio.

Nos miramos.

Ella, con sus ojos negros de vampira centenaria o lo que fuera. Yo, con mis ojeras de adolescente destrozada y mi mochila del instituto todavía colgando del hombro.

—¿Has venido a llevártelo? —pregunté.

—No.

—¿Entonces qué quieres?

—Quería verte. Quería saber quién eras. Quería asegurarme de que estaba en buenas manos.

—¿Y lo está?

Valeria me miró un momento largo. Uno de esos momentos que parecen durar horas aunque solo son segundos.

—Sí —dijo finalmente—. Lo está.

Algo se aflojó en mi pecho. Algo que no sabía que estaba tenso.

—¿Vas a volver? —pregunté.

—Sí. Pero no para llevármelo. Solo para... verlo. De vez en cuando. Si me dejas.

—¿Y si no te dejo?

—Entonces no vendré.

Parecía sincera.

Parecía... triste, incluso.

—¿Por qué lo dejaste? —pregunté—. En serio. ¿Por qué a mí?

Valeria suspiró. Y por un momento, pareció casi humana.

—Porque vi algo en ti. En tus vídeos de Instagram. En tus fotos.

—¿Me stalkeaste por Instagram?

—Investigué. —Pausa—. Vi que creías en cosas. En lo sobrenatural. En vampiros. Vi que no te asustarías. Que no llamarías a la policía. Que le darías una oportunidad.

—¿Y si me hubiera asustado?

—Entonces habría vuelto a buscarlo.

—¿Y ahora?

—Ahora veo que no me equivoqué.

No sabía qué decir.

Esta mujer —esta vampira— me había elegido. Entre todas las personas del mundo, me había elegido a MÍ para cuidar de su hijo. Por mis Stories de Instagram. Por mis cristales del bazar chino. Por mis tonterías de adolescente gótica que se creía especial.

Era

ridículo.

Pero también era... algo más.

—Puedes venir a verlo —dije—. A veces. Pero tienes que avisar. Y no puedes entrar cuando mi madre esté en casa.

—Hecho.

—Y si intentas llevártelo...

—No lo haré.

—Pero si lo intentas, te juro que—

—Margarita. —Valeria me miró directamente a los ojos—. No voy a quitarte a tu hijo.

Mi hijo.

Había dicho "tu hijo".

No "mi hijo". No "nuestro hijo".

Mi hijo.

—Vale —dije, porque no sabía qué más decir—. Vale.

Valeria asintió.

—Vendré pronto. A verlo.

—Vale.

—Cuídalo.

—Lo hago.

Y entonces, antes de que pudiera decir nada más, desapareció.

No se fue andando. No se movió. Simplemente... desapareció. Como si nunca hubiera estado ahí.

Súper velocidad vampírica o algo así.

Genial.

Subí a casa con las piernas temblando.

Rafa estaba despierto cuando entré en mi cuarto. Mirándome. Con esos ojos rojos que ahora me parecían menos terroríficos y más... familiares.

—¿Ha venido? —preguntó.

—Sí.

—¿Ella?

—Sí.

—¿Se va Rafa?

—No. —Me senté a su lado y lo cogí en brazos—. Rafa no se va a ningún lado.

Rafa me abrazó.

Fuerte.

Más fuerte de lo que debería poder abrazar un bebé.

—Ma —dijo—. Ma de Rafa.

—Sí —dije, y noté que se me llenaban los ojos de lágrimas—. Ma de Rafa.

Llamé a Nico diez minutos después.

—La he conocido —dije.

—¿A la mujer?

—Valeria. Se llama Valeria. Es la madre de Rafa. La de verdad.

Silencio.

—¿Y qué quiere?

—Verlo. De vez en cuando. Pero no llevárselo.

—¿La crees?

Buena pregunta.

¿La creía?

—Sí —dije—. No sé por qué, pero sí.

—¿Y ahora qué?

—Ahora... seguimos. Como siempre. Pero sabiendo que hay alguien más ahí fuera. Alguien que sabe que Rafa existe.

—Eso es chungo.

—Muy chungo.

—Pero también es... no sé. ¿Un alivio? ¿Saber que alguien lo dejó a propósito y no solo lo abandonó?

No había pensado en eso.

Pero Nico tenía razón.

Era un alivio.

Saber que Rafa no había sido abandonado. Que alguien lo había dejado conmigo porque confiaba en mí. Porque creía que yo podía cuidarlo.

Era

heavy.

Pero también era bonito.

A su manera

retorcida.

—Oye —dije—, ¿puedes venir mañana?

—Claro. ¿Pasa algo?

—No. Solo... quiero verte. Y que veas a Rafa. Y que estemos los tres juntos.

—Como una familia

.

—Exacto.

Nico se rió.

—Mañana a las cinco.

—Perfecto.

—Te quiero.

Se me paró el corazón.

Era la primera vez que lo decía.

La primera vez que cualquiera de los dos lo decía.

—Yo también —dije.

Y colgué.

Y me quedé mirando a Rafa, que se había quedado dormido en mis brazos, con una sonrisa

boba en la cara.

Tenía un bebé vampiro.

Tenía un novio que me quería.
Tenía una madre vampira que aparecía y desaparecía.
Y tenía ojeras hasta el suelo.
Pero también tenía algo que no había tenido antes.
Una familia.
Rara.
Muy rara.
Pero mía.

Capítulo 17

Carmen saca conclusiones

Mi madre me pilló vomitando.

Bueno, no vomitando exactamente. Arcadas. Estaba teniendo arcadas en el baño a las siete de la mañana porque la noche anterior había bebido demasiado café intentando mantenerme despierta y mi estómago había decidido rebelarse.

No tenía nada que ver con Rafa.

Tenía todo que ver con el café barato del chino.

Pero mi madre no lo sabía.

—¿Estás bien? —preguntó desde la puerta, con esa voz de "ya sé que no estás bien pero quiero que me lo digas tú".

—Sí. Solo me ha sentado mal el desayuno.

—No has desayunado.

Mierda.

—Pues la cena de anoche.

—Cenaste arroz hervido.

—Era arroz chungo.

Mi madre no dijo nada. Se quedó ahí, mirándome, con los brazos cruzados y esa expresión que ponía cuando estaba sumando dos más dos.

El problema era que sus dos más dos daban un resultado muy diferente al mío.

Me levanté del suelo del baño intentando parecer normal. Lo cual era difícil cuando tenías ojeras hasta las rodillas, habías perdido tres kilos en dos semanas, y tu madre te acababa de pillar con la cabeza en el váter.

—Margo —dijo—, necesito preguntarte algo.

—¿Qué?

—Y necesito que me digas la verdad.

El corazón se me aceleró.

Lo sabía.

Sabía lo de Rafa.

Sabía que tenía un vampiro en el armario.

Sabía que llevaba semanas mintiendo.

Sabía—

—¿Estás embarazada?

Me quedé en blanco.

—¿Qué?

—Que si estás embarazada.

—Mamá, ¿qué?

—Margo, llevas semanas rara. No duermes, estás agotada, Nico viene todos los días, y ahora vomitas por las mañanas.

—¡No estoy embarazada!

—Puedes decírmelo. No me voy a enfadar.

—¡No hay nada que decir porque NO ESTOY EMBARAZADA!

—Cariño, los síntomas—

—¡Los síntomas son de NO DORMIR! ¡De estrés! ¡De tener exámenes!

—¿Y las náuseas?

—¡CAFÉ! ¡He bebido demasiado café!

Mi madre me miró.

Yo la miré.

Y entonces me di cuenta de lo absurdo que era esto.

Mi madre creía que estaba embarazada.

EMBARAZADA.

De Nico, probablemente.

Mientras yo tenía un bebé vampiro en el armario del que ella no sabía nada.

Si supiera la verdad, casi preferiría que estuviera embarazada.

—Mamá —dije, intentando sonar tranquila—. Te juro que no estoy embarazada. No he... ya sabes.

—¿No has qué?

—Eso. Con Nico. No hemos...

—¿No habéis tenido sexo?

—¡MAMÁ!

—Es una pregunta normal.

—¡No es una pregunta normal a las siete de la mañana!

—Es una pregunta normal si tu hija está vomitando y tiene un novio que viene cada día.

—Nico y yo llevamos juntos DOS SEMANAS. No hemos hecho nada.

No era del todo mentira. Nos habíamos besado. Bastante. Pero nada más. Porque cada vez que intentábamos algo, Rafa aparecía. O lloraba. O flotaba. O hacía alguna cosa rara que nos cortaba el rollo.

Tener un bebé vampiro era el mejor anticonceptivo del mundo.

—Vale —dijo mi madre, pero no parecía convencida—. Si no estás embarazada, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Margo.

—Insomnio.

—Llevas meses con insomnio.

—Es crónico.

—El insomnio crónico no existe en adolescentes sanas.

—A lo mejor no soy sana.

—¿Estás enferma?

—No.

—¿Estás metida en drogas?

—¡No!

—¿En una secta?

Don Ramón había llamado a mi madre.

Tenía que haber llamado.

No había otra explicación para que ella mencionara la palabra "secta".

—¿Quién te ha dicho eso? —pregunté.

—Nadie. Es una pregunta.

—Una pregunta muy específica.

—Margo, vistes de negro, escuchas música rara, y compras sangre en la carnicería.

Ahí estaba.

La prueba de que Don Ramón había ido de

.

—La sangre era para un experimento —dije.

—¿Qué experimento?

—De... biología.

—¿En el instituto os piden sangre para biología?

—Es un instituto muy

innovador.

Mi madre se frotó las sienes. Esa cosa que hacía cuando estaba a punto de perder la paciencia.

—Margo, voy a hacerte una última pregunta, y quiero que me digas la verdad.

—Vale.

—¿Hay algo, lo que sea, que necesites contarme y no sepas cómo?

Sí.

Hay un vampiro en mi armario.

Se llama Nosfe-Rafa.

Bebe sangre de cerdo.

Flota por el techo.

Me llama "ma".

Y ayer conocí a su madre biológica, que es una vampira de varios siglos que me encontró por Instagram.

—No —dije—. No hay nada.

Mi madre suspiró.

—Vale. Pero quiero que sepas que cuando estés preparada para hablar, aquí estaré.

—Ya lo sé, mamá.

Se fue.

Y yo me quedé en el baño, mirándome en el espejo, pensando que esto no podía seguir así.

Fui al instituto hecha polvo.

Nico me estaba esperando en la puerta, con su café del chino y su sonrisa de novio que todavía me hacía sentir cosas raras en el estómago.

—Ey —dijo—. ¿Qué tal?

—Mi madre cree que estoy embarazada.

El café se le cayó de las manos.

—¿QUÉ?

—Que cree que estoy embarazada. De ti, supongo.

—Pero si no hemos—

—Ya lo sé.

—¿Y por qué cree—?

—Porque vomito, no duermo, y tú vienes todos los días.

—Joder.

—Ya.

Nico se agachó a recoger el café derramado. Cuando se levantó, tenía la cara roja.

—¿Le has dicho que no hemos...?

—Sí.

—¿Y se lo ha creído?

—No lo sé. Creo que no.

—Mierda.

—Ya.

Entramos al instituto en silencio. Lola nos pilló en el pasillo y, como era Lola, se dio cuenta inmediatamente de que pasaba algo.

—¿Qué cara es esa? —preguntó.

—La madre de Margo cree que está embarazada —dijo Nico.

—¿QUÉ?

—¡Nico!

—¿Qué? Ella lo iba a saber igualmente.

Lola me cogió del brazo y me arrastró hasta el baño de las chicas. Nico intentó seguirnos pero ella le cerró la puerta en la cara.

—Cuéntamelo todo —dijo.

Se lo conté.

Las náuseas, el café, mi madre en la puerta del baño, la pregunta de si estaba embarazada, la mención de la secta, Don Ramón probablemente yendo de

.

Cuando terminé, Lola se quedó pensando un momento.

—Esto es

grave —dijo.

—Ya lo sé.

—O sea, tu madre cree que estás preñada cuando en realidad tienes un vampiro. Es casi

peor.

—Mucho peor.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Podrías decirle la verdad.

—¿La verdad de qué? ¿De que tengo un bebé vampiro? Sí, seguro que eso va

genial.

—Al menos no pensaría que estás embarazada.

—Pensaría que estoy loca.

—Eso también.

Nos quedamos en silencio.

—Oye —dijo Lola—, ¿y si le enseñas a Rafa?

—¿A mi madre?

—Sí. O sea, piénsalo. No te cree nada. Piensa que mientes. ¿Y si simplemente le muestras la verdad?

—Lola, no puedo mostrarle un vampiro a mi madre.

—¿Por qué no?

—¡Porque le daría un infarto!

—Tu madre es

fuerte. Ha aguantado a tu abuela. Ha aguantado a Hugo. Te ha aguantado a ti con tu fase gótica.

—Esto no es una fase.

—Lo que sea. El punto es que quizás lo aguanta.

No era un mal argumento.

Pero tampoco era uno bueno.

—No puedo arriesgarme —dije—. Si reacciona mal, si llama a alguien, si intenta quitarme a Rafa...

—¿Quitártelo? Margo, no es tu hijo de verdad.

—Es MI hijo. Me lo dejaron a mí. Yo lo cuido. Yo le doy de comer. Yo le persigo por el techo cuando se pone

.

Lola me miró.

Y entonces sonrió.

—Tía, estás

fatal —dijo—. Te has

encariñado con un vampiro.

—No me he encariñado.

—Te has encariñado mogollón.

—Solo un poco.

—Margo, le llamas "tu hijo".

—Es un término técnico.

—Es un término de madre.

Mierda.

Tenía razón.

Me había encariñado.

Mucho.

—Da igual —dije—. El punto es que no puedo decirle a mi madre. No todavía. Tengo que encontrar otra forma de que deje de sospechar.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero algo se me ocurrirá.

Algo se me tenía que ocurrir.

Porque si no, mi madre iba a seguir investigando. Iba a seguir sumando cosas. Y en algún momento, dos más dos le iba a dar cuatro.

El cuatro correcto.

Y entonces sí que estaría

jodida.

Esa noche, Nico vino a casa.

Mi madre le miró con esa cara de "sé lo que habéis hecho" que era completamente injusta porque NO HABÍAMOS HECHO NADA.

—Vamos a estudiar —dije, arrastrando a Nico hacia mi cuarto.

—Dejad la puerta abierta —dijo mi madre.

—¡Mamá!

—La puerta. Abierta.

Dejamos la puerta abierta.

Rafa estaba dormido, gracias a Dios. Mi madre no podía verlo desde el pasillo, pero cualquier ruido raro y vendría a investigar.

—Tu madre me odia —susurró Nico.

—No te odia. Cree que me has dejado embarazada.

—Pero no lo he hecho.

—Ella no lo sabe.

—¿Y si hablo con ella?

—¿Y qué le dices? "Hola, Carmen, no he tenido sexo con su hija"?

—Suena raro cuando lo dices así.

—Es que ES raro.

Nos quedamos callados un momento.

—Oye —dijo Nico—, esto no puede seguir así.

—Ya lo sé.

—En algún momento alguien va a descubrir algo.

—Ya lo sé.

—¿Y qué hacemos?

No lo sabía.

No sabía qué hacer con mi madre. No sabía qué hacer con Don Ramón. No sabía qué hacer con Valeria, que podía aparecer en cualquier momento. No sabía qué hacer con nada.

Solo sabía que tenía un bebé vampiro, un novio que mi madre odiaba, y una montaña de mentiras que cada día pesaba más.

—Seguimos —dije finalmente—. Día a día. Y cuando algo explote, lo manejamos.

—Ese no es un plan.

—Es el único que tengo.

Nico me cogió la mano.

—Pues es nuestro plan —dijo.

Y joder.

Joder, joder, joder.

Eso de tener novio era

.

De eso que te hace sentir que a lo mejor, solo a lo mejor, las cosas van a salir bien aunque todo apunte a que van a salir

fatal.

—Te quiero —dije.

Era la segunda vez que lo decía.

Todavía sonaba raro.

Pero también sonaba bien.

—Y yo a ti —dijo Nico—. Aunque tu madre me odie y tengamos un vampiro y todo sea

caótico.
—Especialmente porque todo es caótico.
—Especialmente por eso.
Rafa hizo un ruido desde su caja.
—Ma —murmuró en sueños—. Ico.
Nos miramos.
Y nos reímos.
Bajito, para que mi madre no oyera.
Porque esto era
absurdo.
Todo era
absurdo.
Pero al menos éramos tres absurdos juntos.

Capítulo 18

El secreto de Don Ramón

Fui a la carnicería un miércoles.

Hacía frío, llovía, y yo llevaba la mochila llena de libros que no había abierto en semanas. Lo normal. Lo de siempre.

Pero cuando entré, algo era diferente.

Don Ramón no estaba detrás del mostrador. La tienda estaba vacía, con las luces a medio apagar, y había un olor raro en el ambiente. No a carne. A algo más. Algo... antiguo. Como a sótano cerrado durante décadas.

—¿Don Ramón?

Silencio.

—¿Hola?

Un ruido detrás de la cortina de la trastienda. Pasos. Y entonces Don Ramón apareció, pero no como siempre. Tenía la cara pálida —bueno, más pálida de lo normal para un señor de sesenta y tantos— y los ojos muy abiertos.

—Margarita —dijo—. Hoy no hay sangre.

—¿Qué?

—Que no hay sangre. Se ha acabado. Vuelve mañana.

Mentía.

Lo sabía porque llevaba semanas viniendo aquí y Don Ramón siempre tenía sangre. SIEMPRE. Era carnicero. La sangre era literalmente parte del trabajo.

—Don Ramón, ¿está bien?

—Sí, sí. Bien. Todo bien. —No me miraba a los ojos—. Vete a casa, Margarita.

—Pero necesito—

—VETE A CASA.

Me quedé helada.

Don Ramón nunca gritaba. Don Ramón era ese señor tranquilo que contaba chistes malos y me llamaba "hija" aunque no fuera su hija. Don Ramón no gritaba.

Pero acababa de hacerlo.

—Vale —dije, retrocediendo hacia la puerta—. Volveré mañana.

Salí a la calle.

La lluvia me golpeó la cara, pero no me moví. Me quedé ahí, delante de la carnicería, mirando a través del cristal.

Y entonces lo vi.

Don Ramón fue hacia la trastienda. Apartó la cortina. Y detrás de la cortina había algo que no debería estar ahí.

Una cruz.

Una cruz enorme, de madera, colgada de la pared.

Y debajo de la cruz, una mesa llena de cosas. Frascos. Botellas. Algo que parecía ajo seco. Y algo más que brillaba bajo la luz.

Estacas.

Estacas de madera.

Muchas.

Me aparté de la ventana tan rápido que casi me caigo.

¿Qué coño...?

Don Ramón tenía estacas en la trastienda.

Don Ramón tenía una cruz gigante.

Don Ramón tenía ajo.

Don Ramón sabía.

O peor: Don Ramón cazaba.

Corrí a casa.

Nico estaba esperándome en el portal, con el paraguas que siempre llevaba aunque nunca llovía.

—Ey, ¿qué te pa—?

—Tenemos un problema.

—¿Otro?

—Uno gordo. Muy gordo.

Subimos a mi cuarto. Rafa estaba dormido, como siempre a esas horas. Le di un beso en la frente —sí, ahora hacía eso, cállate— y me senté en la cama.

—Don Ramón tiene estacas —dije.

Nico parpadeó.

—¿Perdona?

—En la trastienda. Estacas de madera. Y una cruz enorme. Y ajo. Nico, creo que Don Ramón es un cazador de vampiros.

Silencio.

Silencio largo.

—¿Un cazador de vampiros? —repitió Nico, como si las palabras no tuvieran sentido.

—Sí. Como Van Helsing pero en versión carnicero de Vallecas.

—Margo, eso es...

—¿Una

? Ya lo sé. Pero lo he visto. Con mis propios ojos. Y tenía una libreta donde me fichaba como sospechosa de secta satánica, ¿recuerdas?

Nico se pasó las manos por la cara.

—Vale —dijo—. Vale. Pensemos.

—Estoy pensando. Y lo que pienso es que estamos

jodidos.

—No necesariamente.

—¡Tiene estacas, Nico! ¡Estacas! ¿Sabes para qué sirven las estacas?

—Para clavar en el corazón de los vampiros.

—¡EXACTO!

Rafa hizo un ruido desde su caja. Un gruñidito de protesta. Le estábamos despertando.

—Perdón —susurré hacia la caja—. Vuelve a dormir.

—Ma —murmuró Rafa, y se dio la vuelta.

Nico me miraba con esa expresión que ponía cuando intentaba resolver un problema de mates. Concentración pura.

—A ver —dijo—. ¿Qué sabemos seguro?

—Que Don Ramón tiene cosas de cazar vampiros.

—Vale. ¿Y qué no sabemos?

—Si sabe que Rafa existe. Si sabe que yo lo tengo. Si va a venir a por él. Si va a venir a por MÍ.

—Básicamente no sabemos nada.

—Básicamente no.

Nos quedamos en silencio.

—Hay que investigar —dijo Nico.

—¿Investigar cómo?

—No sé. Buscar información sobre Don Ramón. Ver si hay cazadores de vampiros registrados en algún sitio. Preguntarle a...

Se calló.

—¿A quién?

—A Valeria.

Valeria.

La madre de Rafa.

La vampira que aparecía y desaparecía.

No había pensado en ella desde la última vez que la vi, pero Nico tenía razón. Si alguien sabía sobre cazadores de vampiros, sería otra vampira.

—No sé cómo contactarla —dije—. No me dejó número. Ni email. Ni nada.

—¿Y si simplemente... aparece?

—¿Cómo voy a hacer que aparezca?

—No sé. ¿Llamándola?

—¿Llamándola cómo? ¿Gritando su nombre por la ventana?

—A lo mejor funciona. Es vampira. Tienen oído

, ¿no?

Era la idea más

que había oído en mi vida.

Pero también era la única que teníamos.

Esperamos a que anocheciera.

Cuando el sol se puso, abrí la ventana de mi cuarto y me asomé. Nico estaba a mi lado, con cara de "no puedo creer que vayamos a hacer esto".

—Valeria —dije en voz alta.

Nada.

—Valeria —repetí, un poco más alto.

Nada.

—¡VALERIA!

—Margo, los vecinos van a llamar a la policía.

—¡No se me ocurre otra cosa!

—¿Por qué gritas?

Me giré de golpe.

Valeria estaba sentada en el alféizar de mi ventana.

Dentro de mi habitación.

Sin haber hecho ni un

ruido.

—Joder —dijo Nico, pegándose a la pared.

—Buenas noches —dijo Valeria, como si aparecer así fuera completamente normal.

—¿Cómo has...? ¿Cuándo has...?

—Llevo aquí desde el segundo "Valeria". Quería ver cuántas veces lo decías.

—Eso es

creepy.

—Soy vampira. El creepy viene con el pack.

Rafa, que se había despertado con el ruido, miró hacia Valeria desde su caja.

—Ela —dijo.

—Hola, pequeño —contestó ella, y su voz sonó diferente. Más suave. Más... maternal.

Era

verlo.

—Necesitamos información —dije, intentando centrarme—. Sobre cazadores de vampiros.

Valeria levantó una ceja.

—¿Cazadores?

—El carnicero. Don Ramón. Creo que es uno. Tiene estacas. Y cruces. Y ajo.

Silencio.

Valeria se puso seria.

—Describe la carnicería.

—Pues... normal. Carne, jamones, mostrador. La trastienda tiene una cortina.

—¿Y detrás de la cortina?

—Lo que te he dicho. Cruz, estacas, frascos con cosas.

Valeria cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, parecía preocupada.

—Conozco a ese hombre —dijo.

—¿Lo conoces?

—De hace tiempo. Mucho tiempo. —Pausa—. No sabía que seguía vivo.

—Espera, ¿cuántos años tiene Don Ramón?

—Más de los que aparenta. Los cazadores tienen sus trucos.

Genial. Fantástico. El carnicero del barrio no solo cazaba vampiros, también era inmortal o algo así.

—¿Es peligroso? —pregunté.

—Era peligroso. Hace décadas. Ahora está retirado, según creía yo.

—Pues tiene muchas estacas para estar retirado.

Valeria se levantó del alféizar y caminó por la habitación. Se movía raro, como si flotara un poco. Probablemente flotaba un poco.

—Ramón Vázquez —dijo—. Uno de los últimos cazadores de la vieja escuela. Mató a muchos de los míos en los años setenta. Luego desapareció. Pensábamos que había muerto.

—Pues no ha muerto. Vende chuletas en Vallecas.

—Al parecer.

—¿Y crees que sabe lo de Rafa?

Valeria miró hacia la caja donde Rafa seguía observándola.

—No estoy segura. Pero si está fichándote como sospechosa de algo, probablemente sí.

El estómago se me cayó a los pies.

—¿Y qué hacemos?

—Nada.

—¿Nada?

—Ramón está retirado. Si quisiera hacer algo, ya lo habría hecho. El hecho de que siga vendiéndote sangre en lugar de seguirte significa que no está seguro de qué eres.

—Entonces... ¿seguimos como si nada?

—Seguís con cuidado. No le deis razones para sospechar más.

—¡Ya sospecha mogollón!

—Pero no tiene pruebas. Mientras no tenga pruebas, no actuará. Ramón siempre fue de los que necesitaban evidencia antes de clavar estacas.

—Qué tranquilizador —murmuró Nico.

Valeria lo miró por primera vez desde que había llegado.

—Tú eres el novio —dijo.

—Eh... sí.

—Cuídala. A ella y a mi hijo.

—Lo hago.

—Bien.

Y entonces, sin decir nada más, Valeria fue hacia la ventana.

—Espera —dije—. ¿Ya te vas?

—Tengo que investigar. Saber por qué Ramón sigue activo después de tantos años. Si hay una razón...

—¿Volverás?

—Volveré. —Me miró—. Cuida de Rafael.

—Se llama Rafa.

—Lo sé. Pero yo le puse Rafael.

Y desapareció.

Otra vez.

Sin ruido, sin movimiento, simplemente... puf.

—Odio cuando hace eso —dije.

—Yo también —dijo Nico.

Nos sentamos en la cama, agotados.

—Entonces —dijo Nico—, recapitulando: Don Ramón es un cazador de vampiros retirado que puede que sepa o no que tenemos un bebé vampiro y puede que vaya o no a intentar matarlo.

—Básicamente.

—Y la única ayuda que tenemos es una vampira que aparece y desaparece cuando le da la gana.

—Básicamente.

—Genial.

—Ya.

Rafa gateó fuera de su caja y se subió a mi regazo.

—Ma —dijo—. Ico. ¿Peligro?

—No hay peligro, bicho —mentí—. Todo está bien.

—Ma miente.

Joder. El crío era

listo.

—Vale, sí, hay un poco de peligro. Pero lo vamos a solucionar.

—¿Cómo?

—Todavía no lo sé. Pero lo vamos a hacer.

Rafa me miró con esos ojos rojos que ya no me daban miedo. Que ya solo me daban... no sé. Cosas de madre. Cosas de querer protegerlo aunque fuera un vampiro. Aunque fuera imposible. Aunque todo estuviera

chungo.

—Ma soluciona —dijo, muy seguro.

—Eso espero, bicho. Eso espero.

Nico me cogió la mano.

—Lo solucionamos —dijo—. Juntos.

Y quería creerle.

De verdad que quería.

Pero a las once de la noche, con un bebé vampiro en brazos y un cazador de vampiros en la carnicería del barrio, "juntos" sonaba a muy

poco contra muy

mucho.

Capítulo 19

Don Ramón viene a casa

El timbre sonó a las siete de la tarde.

Mi madre fue a abrir porque yo estaba en mi cuarto con Rafa, intentando que se comiera la sangre sin mancharlo todo. No funcionaba. Rafa tenía sangre en la cara, en las manos, en el pelo que no tenía, y de alguna forma también en el techo.

No preguntes cómo.

Ni yo lo sé.

—¡Margo! —gritó mi madre desde el salón—. ¡Tienes visita!

¿Visita? Nico no venía hasta las ocho. Lola estaba en casa de su abuela. Hugo estaba en el salón viendo la tele. ¿Quién coño...?

—¡Voy!

Metí a Rafa en el armario lo más rápido que pude.

—Quédate aquí —le susurré—. Quieto. Sin ruido. Sin flotar.

—Pero Ma—

—Sin peros.

Cerré el armario y fui al salón.

Y me quedé helada.

Don Ramón estaba en mi casa.

De pie en medio del salón, con su chaqueta de siempre y sus zapatos de señor mayor, hablando con mi madre como si fuera lo más normal del mundo.

—Ah, Margarita —dijo al verme—. Venía a traerte esto.

Me tendió algo.

Mi monedero.

El monedero que supuestamente me había dejado en la carnicería hace semanas.

—Gracias —dije, cogiéndolo con manos que no me temblaban porque soy profesional. Vale, sí me temblaban. Un poco.

—Se te cayó ayer —dijo Don Ramón—. Cuando saliste tan... deprisa.

Ayer.

Ayer era cuando había visto las estacas.

Ayer era cuando había salido corriendo como si me persiguiera el demonio.

—Ya. Es que... tenía prisa.

—Ya vi.

Mi madre nos miraba a los dos sin entender nada.

—Bueno, Ramón, ¿te quedas a tomar algo? Tengo café, o un vaso de vino si te apetece.

No.

No, no, no.

—Mamá, seguro que Don Ramón tiene cosas que hacer—

—No tengo nada —dijo Don Ramón, sonriendo—. Un café estaría bien.

Mierda.

Mi madre fue a la cocina a preparar café.

Y yo me quedé sola con el cazador de vampiros.

En mi salón.

Con un bebé vampiro escondido en mi armario a veinte metros de distancia.

Genial. Fantástico. Maravilloso.

—Siéntate, Margarita —dijo Don Ramón, sentándose él primero en el sofá.

Me senté. En el sillón más alejado posible.

—No tenías que molestarte en traerlo —dije—. Podía haber ido yo a buscarlo.

—No era molestia. Además, hacía tiempo que quería conocer dónde vives.

El corazón se me paró.

—¿Conocer dónde vivo?

—Sí. Siempre es bueno saber dónde están los clientes habituales.

Lo dijo así, tranquilo, como si no significara nada.

Pero significaba algo.

Lo sabía.

Él lo sabía.

Los dos sabíamos que el otro sabía algo.

Esto era un puto duelo del Oeste pero con café y sofás.

—Tienes una casa muy bonita —dijo Don Ramón, mirando alrededor—. Acogedora.

—Gracias.

—¿Tu habitación es por ahí? —Señaló hacia el pasillo.

—Sí.

—Qué bien. Seguro que es muy... cómoda.

¿Estaba insinuando algo? ¿Sabía que Rafa estaba ahí? ¿Iba a levantarse de pronto, sacar una estaca del bolsillo, y salir corriendo hacia mi cuarto?

No.

Respira, Margo.

Respira.

Mi madre volvió con el café y se sentó entre los dos.

—Ramón me contaba que llevas tiempo viniendo a la carnicería —dijo, pasándole una taza.

—Sí. Desde hace... unas semanas.

—¿Y para qué, si puede saberse? Porque tú no cocinas.

—Para... cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas de instituto.

Don Ramón bebió su café sin decir nada. Pero me miraba. Con esos ojos de viejo que han visto demasiado.

—Margarita siempre ha sido muy creativa —dijo—. Nunca sé qué va a pedirme cuando entra en la tienda.

—¿Y qué te pide? —preguntó mi madre.

No. No lo digas. Por favor no lo digas.

—Carne, sobre todo —dijo Don Ramón—. Mucha carne.

Respiré.

—Y sangre —añadió.

Mi madre se giró hacia mí.

—¿Sangre?

—Para un proyecto —dije, muy rápido—. De biología. Ya te lo dije.

—Margo, los proyectos de biología no llevan sangre.

—Este sí. Es muy avanzado.

Don Ramón seguía sonriendo. Esa sonrisa de "sé exactamente lo que estás haciendo pero no voy a decirlo todavía".

Me estaba probando.

El muy cabrón me estaba probando.

—En mis tiempos —dijo—, la gente que compraba sangre lo hacía por razones muy concretas.

—¿Qué razones? —preguntó mi madre.

—Morcilla, sobre todo. Aunque había otras cosas. Rituales. Sectas. Ya sabes cómo era la gente antes.

—Margo no está en ninguna secta —dijo mi madre, pero no sonaba muy convencida.

—Claro que no. —Don Ramón me miró directamente—. ¿Verdad, Margarita?

—Verdad.

Silencio.

Silencio muy incómodo.

Y entonces, porque el universo me odia, se oyó un ruido desde mi habitación.

Un golpe.

Pequeño.

Pero audible.

—¿Qué ha sido eso? —Mi madre frunció el ceño.

—Nada. El viento.

—No hay viento.

—Los vecinos.

Otro golpe.

Y luego un sonido que conocía demasiado bien.

Un gorjeo.

Muy bajito.

Pero ahí estaba.

Don Ramón ladeó la cabeza.

—Qué sonido tan curioso —dijo.

—Es... mi móvil. Una notificación.

—No suena a móvil.

—Es un tono nuevo. De TikTok.

—Ya.

Mi madre se levantó.

—Voy a ver qué pasa.

—¡No! —Me levanté también—. Ya voy yo. Seguro que es... la ventana. A veces hace ruidos raros.

Fui hacia mi cuarto intentando no correr.

Abrí la puerta.

Cerré detrás de mí.

Rafa estaba fuera del armario.

Flotando.

En medio de la habitación.

Con una sonrisa enorme.

—¡Ma! —dijo, encantado de verme.

—¡Rafa! —susurré—. ¿Qué haces fuera?

—Aburrido.

—¡Te dije que te quedaras en el armario!

—No gusta armario.

—¡Me da igual que no te guste! ¡Hay un cazador de vampiros en mi salón!

Rafa parpadeó.

—¿Qué es cazador?

—Un tío que mata vampiros, Rafa. Que los MATA. Con estacas.

Rafa ladeó la cabeza.

—¿Qué es estacas?

—Palos puntiagudos que te clavan en el corazón y te mueres.

—Rafa no quiere palos.

—¡Por eso tienes que esconderte!

Lo agarré del aire y lo metí en el armario otra vez. Esta vez cerré con llave. La llave que usaba para que Hugo no robara mis cosas.

—Quédate aquí —dije—. Y si te aburres, cuenta hasta mil. O hasta un millón. Lo que te dé la gana. Pero NO salgas.

—Pero Ma—

—Rafa, te lo pido por favor. Si ese hombre te ve, va a intentar hacerte daño. Y yo no quiero que nadie te haga daño. ¿Vale?

Silencio desde dentro del armario.

—Vale —dijo finalmente, con voz pequeña.

—Bien. Ahora calla.

Volví al salón.

Don Ramón y mi madre seguían ahí. Ella con cara de confusión. Él con cara de saber exactamente lo que estaba pasando.

—Era la ventana —dije—. Estaba mal cerrada.

—Ya —dijo Don Ramón.

No me creía.

Obviamente no me creía.

—Bueno. —Se levantó—. Debería irme. Gracias por el café, Carmen.

—De nada, Ramón. Vuelve cuando quieras.

—Lo haré.

Me miró.

—Margarita, pásate por la tienda cuando puedas. Tengo algo que enseñarte.

—¿Qué cosa?

—Ya lo verás.

Y se fue.

Así, sin más.

Mi madre cerró la puerta y se giró hacia mí.

—Margo, ¿qué está pasando?

—Nada.

—Ese hombre sabe algo.

—No sabe nada.

—Ha dicho que tiene algo que enseñarte. ¿Qué es?

—No lo sé.

Mi madre me miró fijamente.

—Margo, estoy empezando a asustarme. Las mentiras, la sangre, las visitas raras... ¿Qué está pasando en esta casa?

Quería decírselo.

De verdad que quería.

Pero no podía.

No sabía cómo.

—Nada, mamá. De verdad. Solo son... cosas de instituto.

—Las cosas de instituto no incluyen cazadores de vampiros.

Me quedé helada.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Mi madre se frotó las sienes—. No sé ni lo que digo. Estoy agotada.

—¿Por qué has dicho cazadores de vampiros?

—Era una broma. Ramón siempre ha sido muy dramático. En el barrio dicen que antes se dedicaba a cosas raras.

—¿Qué cosas raras?

—No sé. Leyendas urbanas. Ya sabes cómo es la gente mayor.

No eran leyendas urbanas.

Pero mi madre no lo sabía.

Todavía.

Esa noche llamé a Nico.

—Ha venido a mi casa —dije—. Don Ramón ha venido a mi casa.

—¿QUÉ?

—Con la excusa de devolverme el monedero. Pero lo sabe, Nico. Sabe que tengo algo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por cómo me miraba. Y ha dicho que tiene algo que enseñarme en la tienda.

Silencio.

—Eso suena a trampa —dijo Nico.

—Suena a trampa total.

—No vayas.

—¿Y si es importante? ¿Y si sabe algo sobre Rafa que necesito saber?

—Margo, es un cazador de vampiros. Lo que quiere enseñarte es probablemente una estaca con tu nombre.

—No creo que me vaya a matar.

—¿Por qué no?

—Porque si quisiera, ya lo habría hecho. Ha estado en mi casa. Sabía que Rafa estaba ahí. Y no ha hecho nada.

—A lo mejor está esperando.

—¿Esperando qué?

—No sé. El momento adecuado. Una oportunidad.

Tenía razón.

Probablemente tenía razón.

Pero había algo en la forma en que Don Ramón me había mirado. Algo que no era amenaza. Algo más como... curiosidad. O interés.

—Voy a ir —dije.

—Margo—

—Pero no sola. Ven conmigo.

Silencio.

—Vale —dijo finalmente—. Mañana después del instituto. Pero si hay estacas a la vista, salimos corriendo.

—Hecho.

Colgué.

Miré hacia el armario donde Rafa seguía encerrado.

—¿Ma? —dijo su voz amortiguada.

—¿Qué?

—¿Puedo salir ya?

—Sí, bicho. Ya puedes salir.

Abrí el armario.

Rafa flotó hacia mí y se acurrucó en mis brazos.

—¿Se ha ido el malo?

—Se ha ido.

—¿Va a volver?

—No lo sé.

—Rafa tiene miedo.

Joder.

Nunca lo había visto tener miedo.

—No tienes que tener miedo —dije, abrazándolo más fuerte—. Yo te protejo.

—¿Promesa?

—Promesa.

Rafa cerró los ojos.

—Ma buena —murmuró.

Y yo me quedé ahí, en la oscuridad de mi cuarto, abrazando a un bebé vampiro, preguntándome en qué momento mi vida se había convertido en esto.

Y si iba a ser capaz de protegerlo de lo que viniera.

Capítulo 20

Lo que Don Ramón quería enseñarme

Fuimos a la carnicería el viernes después del instituto.

Nico y yo. Juntos. Como si fuéramos a una cita pero en vez de cine íbamos a ver qué quería un cazador de vampiros jubilado.

Muy romántico.

—Si saca una estaca, salimos corriendo —dijo Nico por quinta vez.

—Ya lo sé.

—Y si intenta algo raro...

—Nico, lo sé. Hemos repasado el plan veinte veces.

—Solo quiero asegurarme.

Le cogí la mano. Estaba sudando. Yo también estaba sudando. Los dos estábamos sudando como pollos en una carnicería.

Bueno, técnicamente íbamos A una carnicería.

Mal chiste.

Nervios.

—Venga —dije—. Vamos a acabar con esto.

Entramos.

Don Ramón estaba detrás del mostrador, como siempre. Pero esta vez no había nadie más en la tienda. Ni señoras comprando filetes. Ni abuelos pidiendo morcilla. Nadie.

Solo él.

Esperándonos.

—Margarita —dijo—. Y el novio. Bien. Pasad atrás.

—¿Atrás?

—A la trastienda. Ahí es donde está lo que quiero enseñaros.

Nico me apretó la mano.

Miré hacia la trastienda. La cortina. Detrás de la cortina estaban las estacas. Las cruces. El ajo.

—No vamos a entrar ahí —dije.

—¿Por qué no?

—Porque no somos

gilipollas.

Don Ramón se rió.

Se RIÓ.

Como si acabara de contar un chiste buenísimo.

—Tranquila, hija. Si quisiera haceros daño, ya lo habría hecho. Tenéis a un vampiro en casa desde hace semanas y yo he tenido todas las oportunidades del mundo.

Me quedé helada.

Lo sabía.

Claro que lo sabía.

—¿Cómo...?

—¿Cómo lo sé? —Don Ramón salió de detrás del mostrador. Era más alto de lo que recordaba. O quizás era que ahora me daba más miedo—. Llevo cuarenta años cazando vampiros, Margarita. Sé reconocer a una humana que cuida de uno.

—No vamos a dejar que le hagas daño —dijo Nico, con una voz que pretendía ser valiente pero le temblaba un poco.

—No quiero hacerle daño.

—¿Entonces qué quieres?

Don Ramón suspiró. Y de pronto pareció viejo. Muy viejo. Cansado.

—Quiero enseñaros algo. Algo que necesitáis saber si vais a seguir con esto.

Nos miramos, Nico y yo.

¿Era una trampa? Probablemente.

¿Íbamos a entrar igualmente? Probablemente también.

Porque la curiosidad mató al gato, y yo era básicamente un gato con forma de adolescente gótica.

—Vale —dije—. Pero Nico se queda en la puerta. Si pasa algo raro, sale corriendo y llama a la policía.

—¿A la policía? —Don Ramón sonrió—. ¿Y qué les vas a decir? ¿Que un carnicero ha intentado matar a tu bebé vampiro?

Touché.

—Pues... a alguien. Llamará a alguien.

—Como queráis. Venga, pasad.

Apartó la cortina.

Y lo que vi detrás me dejó sin palabras.

No era solo una trastienda.

Era un museo.

Había estacas, sí. Muchas. Colgadas de la pared como si fueran trofeos. Pero también había fotos. Cientos de fotos. En blanco y negro la mayoría. De personas, de lugares, de cosas que no reconocía.

Y había una mesa en el centro con algo encima.

Algo grande.

Un libro.

—Esto —dijo Don Ramón, señalando la habitación— es mi vida.

—¿Tu vida?

—Cuarenta años de caza. De investigación. De supervivencia. —Se acercó a la mesa—. Y esto es lo más importante que he encontrado.

Abrió el libro.

Las páginas estaban llenas de dibujos, anotaciones, mapas. Todo escrito a mano, con una letra apretada que costaba leer.

—Es un bestiario —explicó—. Un registro de todas las criaturas que he cazado. O que he estudiado. O que han intentado matarme.

—¿Te han intentado matar?

—Muchas veces. —Se remangó la camisa y me enseñó el brazo. Estaba lleno de cicatrices. Marcas de mordiscos. Marcas de garras—. Esto es lo que pasa cuando te dedicas a esto.

Joder.

—¿Por qué nos enseñas esto? —preguntó Nico desde la puerta.

—Porque necesitáis saber en qué os habéis metido.

Don Ramón pasó las páginas del libro hasta llegar a una sección marcada con un post-it amarillo.

—Aquí —dijo—. Esto es lo que buscaba.

Miré la página.

Había un dibujo de un bebé. Un bebé con colmillos y ojos rojos.

Como Rafa.

Exactamente como Rafa.

—Los Nacidos —leyó Don Ramón—. Vampiros que fueron convertidos en la infancia. Extremadamente raros. Extremadamente poderosos. Y extremadamente peligrosos.

—Rafa no es peligroso.

—Todavía no. Pero lo será.

—No lo conoces.

—No necesito conocerlo. Sé lo que es. —Don Ramón me miró directamente—. Los Nacidos desarrollan poderes que los vampiros adultos no tienen. Telequinesis. Control mental. La capacidad de caminar bajo el sol después de cierta edad.

—Rafa no puede caminar bajo el sol.

—Todavía. Pero lo hará. Y cuando eso pase, será el vampiro más peligroso de Madrid.

Silencio.

No sabía qué decir.

No sabía qué pensar.

Rafa era... Rafa. Era mono. Era

borde a veces. Interrumpía los momentos románticos. Decía "ma" y "Ico" y "sangue". No era peligroso.

¿Verdad?

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunté—. Si es tan peligroso, ¿por qué no has venido a matarlo?

Don Ramón cerró el libro.

—Porque estoy cansado.

—¿Cansado?

—De matar. De cazar. De todo esto. —Señaló las paredes llenas de estacas—. Llevo cuarenta años luchando contra monstruos. Y ¿sabes qué he aprendido?

—¿Qué?

—Que no todos los monstruos son malos. Algunos solo son... diferentes.

Me quedé mirándolo.

Este hombre había matado vampiros. Muchos. Durante décadas. Y ahora estaba diciéndome que no todos eran malos.

—No me fío de ti —dije.

—No tienes por qué. Pero te estoy diciendo la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad?

—Que tu bebé está en peligro.

El corazón se me paró.

—¿Qué?

—Los Nacidos son raros, Margarita. Muy raros. Y muy valiosos. Hay vampiros que los buscan. Que los coleccionan. Que los usan para sus propios fines.

—¿Qué vampiros?

—No lo sé. Pero alguien dejó a ese bebé en tu ventana. Y ese alguien lo hizo por una razón. Quizás para protegerlo. Quizás para esconderlo. Pero tarde o temprano, quien lo esté buscando lo encontrará.

Pensé en Valeria.

Valeria había dejado a Rafa conmigo para protegerlo. Eso había dicho. Pero protegerlo de qué. De quién.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Que tengas cuidado. Que no confíes en nadie. Ni siquiera en los que parezcan amigos. —Pausa—. Ni siquiera en la madre.

—¿Valeria?

—¿La conoces?

—Ha venido a verme. Dice que es la madre de Rafa.

Don Ramón frunció el ceño.

—Valeria Soria. La conocí hace años. Era... peligrosa. Muy peligrosa.

—Ahora parece normal. Bueno, normal para una vampira.

—Los vampiros siempre parecen normales hasta que dejan de parecerlo.

Genial. Eso me tranquilizaba mogollón.

—Entonces qué —dije—. ¿Tengo que desconfiar de todo el mundo? ¿Incluso de la madre de Rafa?

—Especialmente de ella. —Don Ramón fue hacia una estantería y cogió algo. Una bolsita pequeña, de tela, que olía a algo fuerte—. Toma.

—¿Qué es?

—Ajo concentrado. Y verbena. Y agua bendita en polvo. Si algún vampiro intenta hacerte daño, tíraselo a la cara.

—¿Esto funciona?

—Funciona lo suficiente para darte tiempo a escapar.

Cogí la bolsita. Pesaba poco. Olía fatal.

—Gracias —dije, aunque no estaba segura de si debía darlas.

—No me las des todavía. —Don Ramón nos acompañó hacia la cortina—. Te las daré cuando todo esto acabe y sigáis vivos.

—Qué

optimista.

—Realista. Llevo cuarenta años siendo realista.

Salimos de la trastienda.

La tienda seguía vacía. El sol de la tarde entraba por las ventanas, iluminando los jamones colgados y las piezas de carne.

—Una cosa más —dijo Don Ramón antes de que nos fuéramos.

—¿Qué?

—Si necesitáis ayuda, venid aquí. A cualquier hora. Puedo que esté retirado, pero no he olvidado cómo luchar.

No sabía si era una amenaza o una oferta.

Quizás las dos cosas.

—Vale —dije—. Gracias. Creo.

Salimos a la calle.

Nico no dijo nada hasta que estuvimos a tres manzanas de distancia.

—Joder —dijo entonces.

—Ya.

—O sea, joder.

—Lo sé.

—Rafa es un... ¿un super vampiro?

—Eso ha dicho.

—¿Y hay vampiros que lo buscan?

—Eso parece.

—¿Y Valeria puede ser peligrosa?

—Quizás.

Nico se paró en medio de la acera.

—Margo, esto es

heavy. Esto es muy heavy. No sé si podemos con esto.

—No tenemos opción.

—¡Siempre hay opción! Podemos... no sé. Huir. Escondernos. Dejar a Rafa en algún sitio seguro.

—No voy a abandonarlo.

—¡No digo abandonarlo! Digo...

—¿Qué?

Silencio.

Nico me miraba con esa expresión que ponía cuando no sabía qué hacer. La había visto mil veces. Cuando suspendía un examen. Cuando se peleaba con sus padres. Cuando yo hacía alguna

gilipollez y él tenía que ayudarme a arreglarla.

Pero esta vez era diferente.

Esta vez no había solución fácil.

—No lo sé —admitió—. No sé qué hacer.

—Yo tampoco.

Nos quedamos ahí, en medio de la calle, con el sol cayendo y la gente pasando a nuestro alrededor sin saber nada de nada.

—Oye —dije—, pase lo que pase, ¿estarás conmigo?

—Siempre.

—¿Aunque sea

heavy?

—Especialmente si es heavy.

Le besé.

Ahí, en medio de la calle, delante de todo el mundo.

Porque a veces necesitas besar a alguien para recordarte que no estás sola. Que hay alguien a tu lado. Que aunque todo se vaya a la mierda, al menos se va a la mierda juntos.

—Vamos a casa —dije cuando nos separamos—. Tengo que ver a Rafa.

—Vale.

Fuimos a casa.

Y mientras caminábamos, pensé en lo que había dicho Don Ramón.

"Tarde o temprano, quien lo esté buscando lo encontrará."

Miré la bolsita de ajo y verbena en mi mano.

Esperaba que ese "tarde o temprano" fuera muy, muy tarde.

Pero algo me decía que no iba a tener tanta suerte.

Capítulo 21

Vienen a por él

Valeria apareció esa noche.

Sin avisar. Sin hacer ruido. Simplemente estaba ahí, en mi ventana, cuando me giré para coger el biberón de Rafa.

Casi me da un infarto.

—Joder —dije, llevándome la mano al pecho—. ¿Puedes dejar de hacer eso?

—No.

Vale. Al menos era honesta.

—Tenemos un problema —dijo, entrando en la habitación.

—¿Otro?

—Uno gordo.

Genial. Fantástico. Justo lo que necesitaba a las once de la noche de un miércoles.

Rafa, que estaba en su caja jugando con el murciélago de peluche, miró hacia Valeria.

—Ela —dijo.

—Hola, pequeño. —Valeria se acercó a él pero no lo cogió. Nunca lo cogía. Era como si tuviera miedo de tocarlo—. ¿Has comido?

—Sangue —confirmó Rafa, señalando el biberón vacío.

—Bien.

Me quedé mirándolos. La madre biológica y el hijo. Los dos vampiros. Los dos con la misma piel pálida y los mismos ojos que brillaban en la oscuridad.

Y yo ahí en medio, con mi pijama de Stranger Things y mis ojeras de madre adolescente.

Muy

buen cuadro familiar.

—¿Qué problema? —pregunté.

Valeria se giró hacia mí.

—He estado investigando. Desde que me hablaste de Ramón. Y he encontrado algo.

—¿Qué has encontrado?

—Un nombre. Viktor Aldea.

No me sonaba de nada.

—¿Quién es?

—Un coleccionista.

—¿Coleccionista de qué?

Valeria me miró fijamente.

—De Nacidos.

El estómago se me cayó a los pies.

—¿Nacidos como Rafa?

—Sí. Viktor lleva siglos buscándolos. Coleccionándolos. Usándolos para sus propios fines.

—¿Qué fines?

—Poder. Los Nacidos desarrollan habilidades que los vampiros normales no tienen. Viktor los entrena. Los controla. Los convierte en armas.

Miré a Rafa.

Mi Rafa.

El bebé que decía "ma" y jugaba con murciélagos de peluche y se quedaba dormido en mis brazos.

Un arma.

Alguien quería convertirlo en un arma.

—No —dije—. No voy a dejar que eso pase.

—Por eso estoy aquí.

—¿Y qué hacemos?

Valeria empezó a caminar por la habitación. Ese movimiento suyo de vampira antigua que me ponía los pelos de punta.

—Viktor sabe que Rafael existe. No sé cómo, pero lo sabe. Y viene hacia Madrid.

—¿Viene? ¿Cuándo?

—Pronto. Quizás días. Quizás horas.

Horas.

Podía venir en HORAS.

—Tenemos que irnos —dije, levantándome de golpe—. Coger a Rafa y... no sé, huir. A otro país. A otro continente. A donde sea.

—No funcionaría.

—¿Por qué no?

—Porque Viktor tiene recursos. Contactos. Siglos de experiencia encontrando lo que busca. Si huyes, te encontrará. Y será peor.

—Entonces qué. ¿Nos quedamos aquí esperando a que venga a por él?

—Nos quedamos aquí y luchamos.

¿Luchar?

¿LUCHAR?

—Valeria, yo soy una tía de diecisiete años. No sé luchar. No sé hacer nada que no sea comprar sangre en la carnicería y mentir a mi madre.

—No tienes que luchar tú. —Valeria se paró delante de mí—. Pero Rafael sí.

—¿Rafa? Rafa es un BEBÉ.

—Un bebé con poderes que todavía no conoce. Un bebé que puede mover objetos con la mente. Que puede apagar luces. Que está creciendo más rápido de lo que debería.

Era verdad.

Rafa había crecido. No mucho, pero sí un poco. Sus rasgos estaban más definidos. Sus ojos más brillantes. Sus colmillos más afilados.

Y sus poderes...

Cada día hacía algo nuevo.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Que lo prepares.

—¿Prepararlo para qué?

—Para defenderse. Para usar lo que tiene. Para sobrevivir.

—¡No sé cómo hacer eso!

—Yo te enseñaré.

Silencio.

Me quedé mirando a Valeria.

Esta mujer había abandonado a su hijo. Lo había dejado en mi ventana. Se había ido durante semanas. Y ahora volvía diciéndome que lo preparara para una guerra.

—¿Por qué no lo haces tú? —pregunté—. Eres su madre. Eres vampira. Sabes de estas cosas.

—Porque Rafael no confía en mí.

—¿Qué?

—Confía en ti. Te llama "ma". Te busca cuando tiene miedo. Yo soy una extraña para él.

Era verdad.

Rafa apenas miraba a Valeria. Pero a mí... a mí me buscaba siempre.

—Eso no es justo —dije.

—No. Pero es la realidad.

Rafa, como si supiera que estábamos hablando de él, se levantó en su caja y extendió los brazos hacia mí.

—Ma —dijo.

Lo cogí.

Pesaba casi nada. Estaba frío, como siempre. Pero se acurrucó contra mí como si yo fuera lo más cálido del mundo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunté.

—Quizás una semana. Quizás menos.

Una semana.

Siete días para preparar a un bebé vampiro para enfrentarse a un monstruo centenario.

Genial.

Muy

factible.

—Vale —dije, porque no tenía otra opción—. ¿Por dónde empezamos?

Valeria casi sonrió.

Casi.

—Por el principio.

Llamé a Nico a las dos de la mañana.

Sí, otra vez.

Sí, estaba empezando a ser un patrón.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó con voz de sueño.

—Viene un vampiro. Se llama Viktor. Colecciona Nacidos. Quiere a Rafa. Tenemos una semana.

Silencio.

—Nico, ¿sigues ahí?

—Sí. Solo estoy... procesando.

—¿Puedes procesar más rápido? Porque estoy

flipando.

—Vale. Vale. —Escuché cómo se movía, probablemente sentándose en la cama—. ¿Qué hacemos?

—Valeria dice que hay que preparar a Rafa. Entrenar sus poderes o algo así.

—¿Entrenar a un bebé?

—Es lo que ha dicho.

—Margo, esto es

de

.

—Ya lo sé.

—Es como si estuviéramos en una

de X-Men pero

.

—Ya lo SÉ.

Silencio otra vez.

—Mañana voy a tu casa —dijo—. Temprano. Y hablamos de esto con calma.

—No hay calma. No hay tiempo para calma.

—Margo, son las dos de la mañana. No podemos hacer nada ahora. Intenta dormir.

—¿Cómo voy a dormir?

—No lo sé. Pero

de intentarlo.

Tenía razón.

Odiaba que tuviera razón.

—Vale —dije—. Mañana.

—Mañana. Te quiero.

—Y yo a ti.

Colgué.

Miré a Rafa, que seguía en mis brazos, despierto, mirándome con esos ojos rojos que ahora me parecían más serios de lo normal.

—¿Has entendido algo de todo esto? —le pregunté.

—Malo viene —dijo.

—Sí. Malo viene.

—¿Rafa pelea?

—A lo mejor tienes que pelear, sí.

Rafa frunció el ceño. Ese ceño de bebé enfadado que normalmente me hacía gracia pero ahora solo me daba pena.

—No quiero pelear.

—Lo sé, bicho. Yo tampoco quiero que pelees.

—Entonces no peleo.

—Ojalá fuera tan fácil.

—¿Por qué no es fácil?

Buena pregunta. Muy buena pregunta.

¿Por qué nada en mi vida era fácil?

Primero quería algo sobrenatural. Luego conseguí un vampiro. Luego resulta que el vampiro es especial. Luego viene otro vampiro a llevárselo.

Era como si el universo tuviera una lista de "cosas

con las que joder a Margo" y la estuviera siguiendo al pie de la letra.

—Porque a veces —dije, abrazando a Rafa más fuerte— las cosas buenas hay que defenderlas. Aunque sea difícil. Aunque de miedo.

—¿Rafa es cosa buena?

—Rafa es la mejor cosa.

Él sonrió.

Con todos sus colmillitos.

Y yo pensé que daba igual lo que viniera. Daba igual Viktor. Daba igual todo.

No iba a dejar que nadie le hiciera daño a mi bebé.

Aunque tuviera que luchar yo misma.

Aunque tuviera que convertirme en algo que no era.

Aunque tuviera que

perder.

Los siguientes días fueron

intensos.

Valeria venía cada noche después de que mi madre se durmiera. Me enseñaba cosas. Sobre vampiros. Sobre poderes. Sobre cómo funcionaba la mente de Rafa.

—Los Nacidos aprenden por instinto —explicó una noche—. No puedes enseñarles como a un humano. Tienes que activar sus reflejos.

—¿Y cómo hago eso?

—Provocándolos.

—¿Provocando a un bebé vampiro?

—Sí.

No sonaba a buena idea.

Para nada.

Pero lo intentamos.

Nico sujetaba un peluche. Valeria apagaba las luces. Y yo le decía a Rafa que cogiera el peluche sin moverse.

Las primeras veces no funcionó.

Rafa solo me miraba confundido y decía "Ma, no entiendo".

Pero la cuarta noche, algo cambió.

El peluche se movió.

Un centímetro.

Luego dos.

Luego voló hacia Rafa como si alguien lo hubiera lanzado.

—¡Lo ha hecho! —gritó Nico.

—Shhh —siseé—. Mi madre.

Pero por dentro estaba igual de

flipada.

Rafa había movido el peluche. Con la mente. A voluntad.

Mi bebé vampiro estaba aprendiendo a usar sus poderes.

Y eso era

aterrador y

increíble a la vez.

—Bien —dijo Valeria—. Otra vez.

Practicamos cada noche.

Movimientos. Luces. Sonidos.

Rafa mejoraba rápido. Demasiado rápido. Como si todo eso hubiera estado dentro de él esperando a salir.

Y mientras tanto, yo contaba los días.

Siete.

Seis.

Cinco.

Cuatro.

Cada día que pasaba, Viktor estaba más cerca.

Cada día que pasaba, yo tenía más miedo.

Pero también cada día que pasaba, Rafa se hacía más fuerte.

Y cuando llegó el séptimo día, pensé que quizás,

quizás, teníamos una oportunidad.
Pequeña.
Muy
pequeña.
Pero una oportunidad.
Era lo único que necesitábamos.
¿Verdad?

Capítulo 22

La torre de Jenga se cae

Mi madre lo vio todo.

No un poco. No una parte. TODO.

Pasó así: era sábado por la tarde. Nico estaba conmigo. Rafa estaba practicando su telequinesis, moviendo el murciélago de peluche por la habitación como si fuera un dron. Las luces parpadeaban cada vez que se concentraba demasiado. Y yo estaba tan centrada en cronometrar cuánto tiempo podía mantener el peluche en el aire que no escuché la puerta.

No escuché los pasos.

No escuché nada hasta que mi madre dijo:

—¿QUÉ COÑO ES ESO?

Me giré.

Mi madre estaba en el umbral.

Mi madre estaba MIRANDO.

Rafa flotaba en medio de la habitación con los ojos rojos brillando y el murciélago de peluche suspendido a su lado.

—Puedo explicarlo —dije.

—HAY UN BEBÉ VOLANDO.

—Sí, eso... eso tiene explicación.

—UN BEBÉ. VOLANDO. EN TU HABITACIÓN.

—Mamá, si te calmas—

—¿QUE ME CALME? ¡HAY UN BEBÉ VOLANDO!

Rafa, porque tenía el peor timing del universo, eligió ese momento para sonreír.

Con todos sus colmillos.

Mi madre se agarró al marco de la puerta.

—Tiene... tiene...

—Colmillos. Sí. Es que... es un vampiro.

Silencio.

Un silencio muy largo.

Muy incómodo.

De los que preceden a gritos o desmayos o ambas cosas.

—Carmen —dijo Nico, levantándose muy despacio—, quizás deberías sentarte.

—No me voy a sentar.

—Es que parece que te vas a caer.

—¡NO ME VOY A CAER!

Se cayó.

Bueno, no se cayó del todo. Se dejó resbalar por el marco de la puerta hasta quedar sentada en el suelo, mirando a Rafa con los ojos muy abiertos.

Rafa bajó al suelo y gateó hacia ella.

—¡No! —grité—. ¡Rafa, no!

Pero Rafa no escuchaba. Rafa nunca escuchaba. Rafa era un bebé vampiro testarudo que hacía lo que le daba la gana.

Se paró delante de mi madre.

La miró.

—Abela —dijo.

Mi madre parpadeó.

—¿Qué ha dicho?

—Creo que... creo que ha dicho abuela.

—¿ABUELA?

—Es que me llama "ma", y tú eres mi madre, entonces...

—Margo. —Mi madre me miró—. Explícame qué está pasando. AHORA.

Me senté en el suelo a su lado. Nico también. Los tres en el suelo de mi habitación, con un bebé vampiro mirándonos con curiosidad.

Muy

buen

cuadro familiar.

—Vale —dije—. ¿Por dónde empiezo?

—¿Por el principio?

—El principio es que hace unas semanas alguien dejó un bebé en mi ventana.

—¿Alguien dejó un bebé en tu ventana?

—Sí. Con una nota. Que decía "cuídalo".

—¿Y no se te ocurrió DECÍRMELO?

—Es que... el bebé tenía colmillos.

—Ya veo que tiene colmillos.

—Y flotaba.

—Ya veo que flota.

—Y bebía sangre.

—...

—De la carnicería. De Don Ramón. Por eso iba tanto.

Mi madre se llevó las manos a la cara.

—La sangre —murmuró—. Pensé que era para una secta.

—No es una secta.

—Ya, es peor. Es un VAMPIRO.

—Técnicamente es mejor que una secta.

—¿CÓMO VA A SER MEJOR?

—Porque... ¿al menos no adoro a Satán?

Mi madre me miró como si quisiera matarme.

Que probablemente quería.

—¿Quién más sabe esto? —preguntó.

—Nico. Y Lola. Y Hugo.

—¿HUGO SABE?

—Me estaba extorsionando por chuches y consola.

—Dios mío.

—Y Don Ramón. Don Ramón también sabe.

—¿EL CARNICERO?

—Es que resulta que Don Ramón es un cazador de vampiros retirado.

Silencio.

Silencio muy largo.

Mi madre parecía a punto de darle algo.

—Y también está Valeria —añadí, porque total, ya daba igual—. Valeria es la madre biológica de Rafa. Es vampira. Tiene como doscientos años o algo así. Viene de vez en cuando a verlo.

—Una vampira de doscientos años viene a mi casa.

—A MI cuarto. No a tu casa exactamente.

—Margo, tu cuarto está EN mi casa.

—Sí, bueno, técnicamente...

—¡NO HAY TÉCNICAMENTE! —Mi madre se levantó de golpe—. ¡Hay un vampiro en mi casa! ¡Un vampiro que mi hija ha estado criando a escondidas durante semanas! ¡Mientras yo pensaba que estaba embarazada o metida en drogas!

—Lo del embarazo era

buen

comparado con esto, ¿eh?

—¡MARGO!

—Perdón.

Rafa, ajeno al drama, se había subido al regazo de mi madre sin que ella se diera cuenta. Estaba ahí sentado, mirándola con sus ojos rojos, muy

tranquilo.

—Abela —repitió.

Mi madre bajó la vista.

Vio a Rafa.

Y entonces hizo lo último que esperaba.

Se echó a llorar.

No de miedo. No de enfado. Simplemente... lloró.

—¿Mamá?

—Es que... —sollozó—. Es que no lo entiendo. No entiendo nada. Tengo un nieto vampiro. Mi hija ha estado mintiendo durante semanas. El carnicero es cazador de vampiros. ¿Qué está pasando con mi vida?

—Mamá, lo siento.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque pensé que fliparías.

—¡ESTOY FLIPANDO!

—Ya, pero... pensé que fliparías peor.

Mi madre me miró a través de las lágrimas.

—¿Peor que esto?

—Pensé que llamarías a la policía. O a un psiquiátrico. O que intentarías echar a Rafa.

—¿Por qué iba a echar a un bebé?

—Porque es un vampiro.

—Es un bebé, Margo. —Mi madre miró a Rafa, que seguía en su regazo, muy

quieto—. Un bebé raro. Muy raro. Pero un bebé.

Rafa sonrió.

Con todos sus colmillos.

Y mi madre, mi madre que gritaba y lloraba y estaba

flipando, le acarició la cabeza.

—Abela —dijo Rafa, muy satisfecho.

—Dios mío —murmuró mi madre—. Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Nico y yo nos miramos.

No sabíamos qué decir.

No sabíamos qué hacer.

Esto no estaba en ningún manual de "cómo presentar tu bebé vampiro a tu madre".

—Vale —dijo mi madre finalmente, respirando hondo—. Vale. Esto es... es una locura. Pero vale.

—¿Vale?

—¿Qué quieres que diga, Margo? ¿Que lo eche? ¿Que llame a alguien? ¿A quién voy a llamar? "Hola, policía, mi hija tiene un vampiro, venid a buscarlo."

—Entonces... ¿no estás enfadada?

—Estoy FURIOSA. Estoy tan enfadada que no sé ni por dónde empezar. Pero también estoy... —Pausa—. No sé qué estoy. Confundida. Asustada. Y un poco orgullosa, si te soy sincera.

—¿Orgullosa?

—Has estado cuidando a un bebé sola durante semanas. Eso es... eso es muy

buen

, Margo. Idiota, pero

buen

.

No sabía si reír o llorar.

Así que hice las dos cosas.

—Mamá, hay algo más.

—¿Más? ¿Qué más puede haber?

—Viene alguien. Un vampiro malo. Se llama Viktor. Quiere llevarse a Rafa.

Mi madre se quedó muy quieta.

—¿Qué?

—Rafa es especial. Es un "Nacido". Los vampiros como Viktor los coleccionan. Y viene hacia aquí.

—¿Cuándo?

—No lo sabemos. Pronto. Quizás mañana. Quizás esta noche.

Mi madre miró a Rafa. Luego me miró a mí. Luego miró a Nico.

—¿Y qué hacemos? —preguntó.

No "qué hacéis". "Qué HACEMOS".

Como si ella también formara parte de esto.

Como si fuera del equipo.

—Tenemos un plan —dije—. Más o menos.

—¿Más o menos?

—Rafa ha estado entrenando. Sus poderes. Y Don Ramón ha dicho que nos ayudará si hace falta.

—El carnicero cazador de vampiros.

—Sí.

—Esto es

surrealista.

—Bienvenida a mi vida.

Mi madre se rió.

Una risa histérica, de esas que salen cuando ya no sabes qué más hacer.

—Vale —dijo—. Vale. ¿Qué necesitáis?

—¿Ahora?

—Ahora. Si viene un vampiro malo, necesitaréis ayuda. No sé de vampiros, pero sé de proteger a mi familia. Y este bicho... —Miró a Rafa—. Este bicho ahora es familia. ¿Verdad?

Rafa asintió muy serio.

—Familia —dijo—. Abela familia.

Mi madre se limpió las lágrimas.

—Joder —murmuró—. Joder, joder, joder.

—¿Mamá?

—Me cago en todo, Margo. Me cago en todo.

Pero lo dijo sonriendo.

Un poco.

Lo justo para que yo supiera que todo iba a estar bien.

O al menos que íbamos a intentar que estuviera bien.

Todos juntos.

Como familia.

Una familia

buen

rara.

Pero familia.

Esa noche dormimos todos en el salón.

Mi madre, Nico, Hugo, Rafa y yo. Colchones en el suelo, mantas por todas partes, y las ventanas cerradas con llave.

Don Ramón había llamado diciendo que Viktor había llegado a Madrid. Que lo había visto en el centro, con otros vampiros. Que se estaban preparando para algo.

—Mañana —había dicho—. Vendrán mañana por la noche.

Así que teníamos menos de veinticuatro horas.

Menos de veinticuatro horas para prepararnos para lo que fuera que viniera.

—Oye —susurró Nico en la oscuridad—. ¿Cómo estás?

—Fatal.

—Ya.

—Pero también... no sé. Bien.

—¿Bien?

—Mi madre lo sabe. Ya no tengo que mentir. Y está de nuestro lado.

—Eso es

buen

.

—Sí.

Silencio.

Rafa estaba dormido entre nosotros, acurrucado como un gatito muy

pálido.

—Pase lo que pase mañana —dijo Nico—, te quiero.

—Y yo a ti.

—Y a Rafa.

—Rafa también te quiere. A su manera

rara de vampiro.

Nico se rió bajito.

—Menuda familia somos.

—La mejor familia.

—La más

buen

rara.

—Eso también.

Me acurruqué contra él, con Rafa entre los dos, y cerré los ojos.

Mañana vendría Viktor.

Mañana tendríamos que luchar.

Mañana todo podía salir muy mal.

Pero esta noche, solo esta noche, estábamos juntos. Mi madre, mi novio, mi hermano, mi bebé vampiro. Todos en el mismo sitio. Todos sabiendo la verdad.

Y eso, de alguna forma

retorcida, era lo mejor que me había pasado en semanas.

La verdad.

Siempre había pensado que la verdad lo

jodetodo.

Pero a veces, solo a veces, la verdad lo arregla.

O al menos lo hace más fácil de

joder juntos.

Capítulo 23

Viktor

Llegaron al anochecer.

No con ruido. No con drama. Simplemente estaban ahí, en la calle, mirando hacia mi ventana como si llevaran horas esperando.

Tres figuras.

Dos hombres y una mujer.

El del centro era el más alto. Llevaba un abrigo largo, negro, como sacado de una peli de los noventa. Tenía el pelo blanco, la piel gris, y unos ojos que incluso desde tres pisos arriba podía ver que brillaban.

Rojos.

Como los de Rafa.

Pero más fríos.

Más muertos.

—Viktor —susurró Valeria a mi lado.

Había aparecido hacía diez minutos, justo cuando el sol terminaba de ponerse. Mi madre casi le tira el café encima del susto, pero ya se estaba acostumbrando a que vampiros aparecieran en su salón.

Qué

buen

vida la nuestra.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que suba.

—¿VA A SUBIR?

Valeria me miró como si hubiera dicho algo

buen

obvio.

—Es lo que hace. Nunca ataca directamente. Primero habla. Negocia.

—¿Negocia qué?

—La entrega.

La entrega.

De Rafa.

Miré hacia la caja donde Rafa estaba despierto, muy quieto, con los ojos fijos en la ventana. Sabía que estaban ahí. Los sentía.

—No voy a entregarlo —dije.

—Ya lo sé.

—Entonces por qué—

—Porque Viktor no acepta un no. Nunca. Pero el protocolo es hablar primero. Es... anticuado. De otra época.

Genial. Un vampiro centenario con modales del siglo XVIII.

Eso lo cambiaba todo.

No.

No lo cambiaba nada.

Mi madre estaba en el salón con Hugo, que por una vez en su vida estaba callado. Nico estaba a mi lado, tan pálido que parecía vampiro él también. Lola había querido venir pero le dijimos que no, que era demasiado peligroso, y por primera vez en su vida había hecho caso.

Don Ramón estaba en la carnicería, "preparado" según había dicho por teléfono.

Y nosotros estábamos aquí.

Esperando.

El timbre sonó a las nueve y cuarto.

Mi madre me miró.

Yo miré a Valeria.

Valeria asintió.

—Yo abro —dijo.

Fue hacia la puerta. La abrió.

Y ahí estaba Viktor.

De cerca era peor. Mucho peor. Tenía esa cosa que tienen los vampiros viejos, esa sensación de que el aire se vuelve más frío cuando están cerca. Como si absorbieran la vida de todo lo que les rodea.

—Valeria —dijo, y su voz sonaba como papel viejo—. Cuánto tiempo.

—No el suficiente.

—Siempre tan

buen

encantadora.

Entró sin que nadie le invitara. Mierda. ¿No se suponía que los vampiros necesitaban invitación?

—Eso es un mito —dijo Valeria, como si me hubiera leído el pensamiento—. Los viejos podemos entrar donde queramos.

Genial. Otro mito de

que no funcionaba.

Viktor caminó por el salón mirándolo todo. Mi madre. Hugo. Los muebles

cutres. Las fotos de familia en la estantería.

—Qué

buen

acogedor —dijo—. Un hogar humano. Hacía décadas que no entraba en uno.

—¿Qué quieres, Viktor? —Valeria se puso entre él y nosotros.

—Ya lo sabes. Al Nacido.

—No está en venta.

—Todo está en venta, querida. Es solo cuestión de precio.

Me adelanté. No sé por qué. Algo en mi interior se movió y antes de darme cuenta estaba delante de Valeria, mirando a Viktor directamente.

—No —dije.

Viktor bajó la vista hacia mí. Como si acabara de notar que existía.

—Ah. La cuidadora.

—Su madre.

—¿Su madre? —Viktor se rió. Una risa seca, sin humor—. Eres una niña humana. No puedes ser madre de un vampiro.

—Y

buen

embargo, lo soy.

Silencio.

Viktor me miró fijamente. Esos ojos rojos clavándose en los míos. Intentando algo. Hipnotizarme, probablemente.

No funcionó.

No sé por qué, pero no funcionó.

—Interesante —murmuró—. Tienes voluntad fuerte. Para ser humana.

—Tengo cabezonería de Vallecas. Es peor.

Nico soltó una risita nerviosa detrás de mí. Viktor lo ignoró.

—Escucha, niña. Voy a darte una oportunidad. Una sola. Me das al Nacido y me voy. Nadie sale herido. Tu familia sigue viva. Todos contentos.

—No.

—¿No?

—No.

Viktor suspiró. Como si le aburriera.

—Siempre es lo mismo. Los humanos y su

buen

apego. —Se giró hacia Valeria—. ¿Dejaste a tu hijo con esto?

—Dejé a mi hijo con alguien que lo quisiera.

—¿Y tú no lo quieres?

—Yo no puedo querer. No como ella.

Viktor pareció considerar eso un momento.

—Entonces —dijo, volviendo a mirarme—, supongo que tendremos que hacer esto de la forma difícil.

Se movió.

Rápido.

Tan rápido que no lo vi venir.

Un segundo estaba a dos metros de mí. Al siguiente tenía su mano en mi garganta, levantándome del suelo como si no pesara nada.

—¡MARGO! —gritó Nico.

—¡Suéltala! —Mi madre intentó acercarse pero los otros dos vampiros la bloquearon.

Viktor me miró, con mi cara a centímetros de la suya.

—Última oportunidad —dijo—. El Nacido. Ahora.

No podía hablar. No podía respirar. Veía puntitos negros en los bordes de la visión.

Pero pude hacer una cosa.

Pude mirar hacia Rafa.

Rafa, que seguía en su caja.

Rafa, que nos estaba mirando.

Rafa, que tenía los ojos más rojos que nunca.

—Ma —dijo.

Y entonces todo se fue a la mierda.

Las luces explotaron.

No se apagaron. EXPLOTARON. Cada bombilla del piso reventó a la vez, lanzando cristales por todas partes.

Viktor me soltó del susto.

Caí al suelo, tosiendo, intentando respirar.

Y vi a Rafa.

Flotando.

En medio del salón.

Con los ojos brillando como dos soles rojos.

A su alrededor, las cosas empezaron a moverse. Los muebles. Los libros. Todo lo que no estaba clavado al suelo.

—Imposible —susurró Viktor.

—No tocar Ma —dijo Rafa.

Su voz sonaba diferente. Más profunda. Más vieja.

Los objetos empezaron a girar. Más rápido. Como un tornado con Rafa en el centro.

—¡Rafael! —Valeria intentó acercarse pero algo la empujó hacia atrás.

—NO TOCAR MA —repitió Rafa, y esta vez fue un grito.

Todo se detuvo.

Durante un segundo, todo quedó suspendido en el aire. Muebles, libros, cristales. Todo.

Y entonces salió disparado hacia Viktor.

No sé cómo lo hizo. No sé de dónde sacó la fuerza. Pero el sofá, la mesa, tres sillas y una estantería entera volaron hacia Viktor y sus vampiros como si alguien los hubiera lanzado.

Viktor esquivó el sofá. Uno de sus vampiros no tuvo tanta suerte. La mesa le dio de lleno y lo estampó contra la pared.

—Esto es... —Viktor miraba a Rafa con algo nuevo en los ojos. ¿Miedo? ¿Respeto?—. Esto es impresionante.

—FUERA —dijo Rafa.

—Niño, no sabes lo que eres. Lo que podrías ser. Si vienes conmigo—

—FUERA.

Otra ola de objetos. Esta vez Viktor no los esquivó todos. Un marco de fotos le cortó la mejilla. Sangre negra.

Los vampiros sangraban negro.

Bueno era

buen

saberlo.

—Esto no ha terminado —dijo Viktor, retrocediendo hacia la puerta—. Volveré. Con más. Y entonces ni tú podrás pararme, pequeño.

—Rafa para —dijo Rafa, bajando un poco al suelo—. Rafa siempre para.

Viktor lo miró un momento más. Luego miró a Valeria. Luego a mí, todavía en el suelo intentando respirar.

—Cuida a ese niño —dijo—. Porque si no lo haces tú, lo haré yo.

Y se fue.

Así, sin más.

Él y sus vampiros, desapareciendo en la noche como si nunca hubieran estado ahí.

Rafa cayó.

No flotó hacia abajo. CAYÓ. Como si de pronto todas sus fuerzas se hubieran ido.

Lo cogí antes de que tocara el suelo.

—¡Rafa! ¿Estás bien?

—Ma —murmuró, con los ojos medio cerrados—. Rafa cansado.

—Ya lo sé, bicho. Ya lo sé.

—¿Ma bien?

—Sí. Ma está bien. Gracias a ti.

Rafa sonrió.

Débil.

Pero sonrió.

—Rafa protege —dijo—. Rafa protege Ma.

Y se quedó dormido.

Así, en mis brazos, como si no acabara de mandar volando un salón entero contra un vampiro de quinientos años.

Mi madre se acercó. Tenía la cara pálida y cristales en el pelo.

—Margo... —dijo—. ¿Qué coño acaba de pasar?

No lo sabía.

No tenía ni

buen

puñetera idea.

Pero miré a Rafa, dormido contra mi pecho, y pensé que daba igual.

Estábamos vivos.

Estábamos juntos.

Y Viktor se había ido.

Por ahora.

—Volverá —dijo Valeria, leyendo mis pensamientos—. Lo que ha dicho es verdad. Volverá con más.

—Entonces estaremos preparados —dije.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía. Pero lo estaremos.

Valeria me miró un momento. Y entonces hizo algo que no había hecho nunca.

Sonrió.

De verdad.

—Eres más fuerte de lo que crees, Margarita.

—Tengo un bebé vampiro que destroza salones. La fuerza no es mía.

—No hablo de eso. Hablo de... —Pausa—. De todo lo demás.

No sabía qué decir.

Así que no dije nada.

Solo me quedé ahí, con Rafa en brazos, mirando el desastre de mi salón.

Muebles rotos. Cristales por todas partes. Una pared con forma de vampiro aplastado.

Mi madre iba a

buen

flipar cuando viera la factura de arreglar todo esto.

Pero bueno.

Al menos estábamos vivos.

Y Viktor se había ido.

Por ahora.

Eso era algo.

¿Verdad?

Capítulo 24

El día después del apocalipsis

Mi salón parecía una zona de guerra.

No exagero. Había muebles rotos, cristales por todas partes, una marca con forma de vampiro en la pared, y el sofá estaba literalmente partido por la mitad.

Mi madre miraba el desastre con una taza de café en la mano y cara de "esto no es mi vida".

—El seguro no va a cubrir esto —dijo.

—Probablemente no.

—¿Qué les decimos? ¿Que un vampiro centenario entró a llevarse a mi nieto y dicho nieto le tiró el salón encima?

—Podemos decir que fue un terremoto.

—En Madrid.

—Un terremoto pequeño.

Mi madre me miró.

Yo la miré.

Y entonces, porque ya no había nada más que hacer, nos echamos a reír.

Rafa seguía dormido. Llevaba catorce horas dormido, desde el momento en que mandó volando medio piso contra Viktor. Valeria había dicho que era normal, que usar tanto poder le dejaría agotado durante días.

Días.

¿Cuántos días teníamos antes de que Viktor volviera?

No lo sabíamos.

Nadie lo sabía.

Nico llegó a las diez de la mañana con bolsas del Mercadona y cara de no haber dormido.

—He traído provisiones —dijo—. Comida, agua, y... —Sacó algo de una bolsa—. Ajo.

—¿Ajo?

—Por si acaso.

—Nico, el ajo no funciona con los vampiros viejos. Valeria lo dijo.

—Ya, pero me hace sentir mejor.

No podía discutir eso.

Hugo estaba en su cuarto, probablemente traumatizado de por vida. Había visto a su hermana ser estrangulada por un vampiro y a un bebé destruir el salón con la mente. Eso dejaba secuelas.

Aunque conociendo a Hugo, probablemente estaba calculando cuántas chuches podía sacarme por guardar el secreto.

Mi hermano era un genio del crimen.

Un genio del crimen de siete años que había visto demasiado.

Lola llamó a las once.

—¿Estás viva?

—Más o menos.

—Nico me ha contado. O sea, NICO ME HA CONTADO. ¿Cómo no me llamaste anoche?

—Estaba un poco ocupada con el vampiro centenario que intentaba matarme.

—¡Pero después! ¡Después podrías haber llamado!

—Lola, eran las tres de la mañana y el salón estaba destrozado.

—¡Eso no es excusa!

Tenía razón.

Bueno, no tenía razón.

Pero era Lola. Y Lola siempre creía que tenía razón.

—Voy para allá —dijo—. Dame veinte minutos.

—Lola, no hace falta—

Colgó.

Veinte minutos después estaba en mi puerta con dos cafés del Starbucks y una bolsa de cruasanes.

—Joder —dijo al ver el salón—. Joder, joder, joder.

—Ya.

—Esto es... esto es...

—¿Un desastre?

—Iba a decir "contenido viral", pero sí, también un desastre.

—Lola, no puedes grabar esto.

—Ya lo sé. —Pausa—. Pero sería

viralísimo.

—Lola.

—¡Vale, vale! Solo digo.

Se sentó en lo que quedaba del sofá, mirando alrededor con los ojos muy abiertos.

—¿Y Rafa? —preguntó.

—Dormido. Va a estar dormido un tiempo.

—¿Y la vampira esa? ¿Valeria?

—Se fue anoche. Dijo que iba a investigar. A ver qué planea Viktor.

—¿Y nosotros?

Buena pregunta.

¿Y nosotros qué?

Nos habíamos enfrentado a un vampiro de quinientos años. Habíamos sobrevivido. Por los pelos, pero habíamos sobrevivido. Y ahora estábamos aquí, rodeados de muebles rotos, esperando a que volviera.

—Nosotros nos preparamos —dije.

—¿Prepararnos cómo?

—No lo sé todavía.

Nico me cogió la mano.

—Lo averiguaremos juntos —dijo.

Lola nos miró.

—Oye, ¿vosotros dos estáis juntos-juntos o solo juntos?

—Juntos-juntos —dije.

—¡LO SABÍA! ¡Os lo dije! ¡Desde

siempre os lo dije!

—Lola, no es el momento—

—¡Es

totalmente el momento! ¡Por fin! —Se levantó y nos abrazó a los dos—. Ya era

hora, joder. Ya era

hora.

Mi madre apareció en el umbral del salón.

—¿Hay noticias? —preguntó.

—Todavía no. Valeria dijo que nos contactaría cuando supiera algo.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto... esperamos.

Odiaba esperar.

Odiaba no saber.

Odiaba estar aquí, sentada entre los restos de mi salón, sin poder hacer nada.

Rafa se despertó al atardecer.

Débil. Muy débil. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Ma —murmuró cuando lo cogí.

—Estoy aquí, bicho.

—¿Malo se fue?

—Se fue. Pero volverá.

—Rafa vuelve a pelear.

—No tienes que pelear.

—Sí tengo. —Me miró con esos ojos rojos que ahora parecían más apagados, más cansados—. Rafa protege. Rafa siempre protege.

Joder.

Tenía ganas de llorar.

Este bebé, este pequeño vampiro testarudo, estaba dispuesto a luchar por mí. Por nosotros. Aunque apenas pudiera moverse.

—No vas a pelear solo —dije—. Esta vez no.

—¿Ma pelea?

—Ma pelea. Y Nico. Y la abuela. Y todos.

Rafa sonrió.

Una sonrisa pequeña, cansada, pero sonrisa.

—Familia —dijo.

—Sí, bicho. Familia.

Don Ramón vino esa noche.

Con una maleta llena de cosas que no quería ni imaginar qué eran.

—Estacas —dijo, abriéndola en el suelo del salón destrozado—. Cruces de plata. Agua bendita. Verbena. Y esto.

Sacó algo que parecía una ballesta antigua.

—¿Una ballesta? —preguntó mi madre.

—Lanza estacas a cincuenta metros. La usaba en los setenta.

—¿Mataste vampiros con una ballesta en los setenta?

—Fue una década muy

interesante.

Valeria apareció a medianoche.

Sin avisar, como siempre. Simplemente estaba ahí, en el marco de la ventana, con esa forma suya de moverse que me ponía los pelos de punta.

—Tengo noticias —dijo.

—¿Buenas o malas?

—Ambas.

Genial. Fantástico.

—La buena es que Viktor ha subestimado a Rafael. No esperaba tanta resistencia. Ha tenido que reagruparse.

—¿Y la mala?

—Volverá mañana por la noche. Con refuerzos.

—¿Cuántos refuerzos?

—Diez. Quizás más.

Diez vampiros.

DIEZ.

Contra nosotros.

—No podemos con diez vampiros —dije—. No tenemos— No somos— Es

imposible.

—No es imposible —dijo Valeria—. Difícil, sí. Pero Rafael es más poderoso de lo que Viktor cree. Y ahora sabe lo que puede hacer. Eso cambia las cosas.

—¿Cómo?

—Rafael ha despertado algo. Un poder que los Nacidos solo desarrollan cuando protegen lo que aman. Es antiguo. Muy antiguo. Y muy peligroso.

—¿Peligroso para quién?

—Para todos.

Genial. O sea que mi bebé vampiro había desbloqueado algún tipo de superpoder apocalíptico por querer protegerme.

Mi vida era un

cómic de Marvel pero

.

—Entonces qué —dije—. ¿Cuál es el plan?

Valeria miró a Don Ramón. Don Ramón miró a Valeria. Claramente habían hablado antes.

—La carnicería —dijo Don Ramón—. Los atraemos ahí.

—¿A tu carnicería?

—Es el único sitio que tengo preparado para una pelea así. Paredes reforzadas, trampas, y espacio para maniobrar. Aquí no tenéis nada.

—¿Y cómo los atraemos?

—Eso es lo fácil —dijo Valeria—. Viktor me quiere a mí también. Viejas cuentas. Si sabe que estoy ahí, vendrá.

—¿Usarte como cebo?

—Usarnos como cebo. A todos. Es la única forma.

Mi madre, que había estado callada todo este tiempo, habló por primera vez.

—¿Y si no funciona?

—Si no funciona —dijo Valeria—, huimos. Todos. Lejos de Madrid. Lejos de España.

—No podemos huir para siempre.

—No. Pero podemos huir lo suficiente para que Rafael crezca. Para que se haga más fuerte.

Miré a Rafa, que seguía en mis brazos, escuchando todo con esos ojos rojos medio dormidos.

—¿Qué quieres hacer, bicho? —le pregunté.

Rafa me miró.

Luego miró a Valeria. A Don Ramón. A mi madre. A Nico. A Lola, que estaba en la esquina intentando no parecer

aterrada.

—Pelear —dijo—. Rafa pelea. Por Ma. Por familia.

Eso lo decidía.

—Vale —dije—. Mañana por la noche. En la carnicería.

—Mañana por la noche —confirmó Don Ramón.

—Mañana por la noche —repitió Valeria.

Nico me apretó la mano.

—Mañana por la noche —susurró.

Lola se acercó.

—Oye, tía, esto es

buen

heavy.

—Lo sé.

—No, en serio. Es como... no sé. Como una

peli. Pero

de verdad.

—Bienvenida a mi vida.

—Ya. —Pausa—. Oye, ¿puedo llevar algo? ¿Un palo? ¿Algo?

—Lleva ajo. Y una cruz. Y corre mucho si las cosas se ponen

chungas.

—Hecho.

Esa noche no dormí.

Nadie durmió.

Nos quedamos todos en el salón destrozado, esperando al amanecer, intentando no pensar en lo que vendría después.

Rafa estaba en mis brazos, todavía débil pero más despierto.

—Ma —dijo.

—¿Qué?

—Pase lo que pase...

—¿Sí?

—Ma es la mejor ma.

Joder.

Joder, joder, joder.

—Y tú eres el mejor bicho —dije, besándole la frente—. El mejor vampiro bicho del mundo.

—Rafa no es bicho.

—Sí que eres bicho.

—No.

—Sí.

—Ma

borde.

—Aprendiste de mí.

Rafa sonrió.

Con todos sus colmillitos.

Y yo pensé que mañana podía pasar cualquier cosa. Podíamos ganar. Podíamos perder. Podíamos morir todos.

Pero esta noche, solo esta noche, estábamos juntos.

Y eso valía más que cualquier victoria.

Capítulo 25

La batalla de la carnicería

La carnicería de Don Ramón olía a sangre.

Irónico, dado lo que estábamos a punto de hacer.

Habíamos llegado al atardecer, antes de que el sol terminara de ponerse. Don Ramón nos había explicado el plan mientras colocaba trampas por toda la tienda. Cables de plata en las esquinas. Aspersores de agua bendita en el techo. Estacas escondidas detrás de cada jamón.

—¿Tienes estacas detrás de los jamones? —pregunté.

—Las escondí hace treinta años. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso esto.

Vamos, que Don Ramón llevaba décadas preparándose para una batalla de vampiros en su propia carnicería.

Mi vida era muy

normal.

Nico estaba a mi lado, pálido pero decidido. Lola se había escondido en la trastienda con instrucciones claras de "si entra alguien con colmillos, corre y no mires atrás". Mi madre había querido venir pero la convencimos de que se quedara con Hugo. Alguien tenía que cuidar del único miembro de la familia que no estaba metido en esto.

Bueno, Hugo estaba metido. Pero tenía siete años. Y límites.

Valeria apareció cuando el sol se puso del todo.

—Ya vienen —dijo.

—¿Cuántos?

—Doce. Viktor ha traído más de los que esperaba.

Doce vampiros.

DOCE.

Contra nosotros.

Miré a Rafa, que estaba en mis brazos, muy quieto, con los ojos fijos en la puerta.

—¿Estás listo, bicho?

—Rafa listo.

—¿Seguro?

—Rafa protege. Siempre protege.

Joder. Este crío me iba a hacer llorar en medio de una batalla.

No era el momento.

Respiré hondo.

—Vale —dije—. Vamos allá.

Los primeros vampiros entraron a las nueve y cuarto.

No por la puerta. Por las ventanas. Por el techo. Por todos los lados a la vez, como si hubieran ensayado esto mil veces.

Don Ramón activó los aspersores.

El agua bendita llovió sobre ellos y tres vampiros gritaron, retrocediendo con la piel humeando. No los mató, pero los frenó.

—¡Al suelo! —gritó Don Ramón, levantando su ballesta.

Disparó.

Una estaca atravesó el pecho del vampiro más cercano.

No explotó. No se convirtió en polvo como en las pelis. Solo cayó al suelo, muy quieto, con un agujero donde debería estar el corazón.

Eso era

perturbador.

Pero no había tiempo para

perturbarse.

Más vampiros entraban. Valeria se lanzó contra dos de ellos, moviéndose tan rápido que apenas podía verla. Era un borrón de pelo negro y colmillos, destrozando a los suyos para proteger a su hijo.

A nuestro hijo.

Porque Rafa era de las dos. A su manera

retorcida.

—¡Margo, cuidado!

Nico me empujó justo cuando un vampiro pasaba volando donde había estado mi cabeza.

Caímos al suelo. Rafa se quedó flotando encima de nosotros, mirando al vampiro que nos había atacado.

—No tocar —dijo.

Su voz sonaba rara otra vez. Más vieja. Más profunda.

El vampiro se rió.

—¿Qué va a hacerme un bebé?

Mala pregunta.

Muy mala pregunta.

Rafa extendió la mano.

El vampiro salió volando hacia atrás, estrellándose contra la pared con tanta fuerza que los ladrillos se agrietaron.

—Eso —dijo Rafa—. Eso hace bebé.

Vale. Mi hijo era

buen

terrorífico cuando quería.

Pero me encantaba.

La batalla continuó. Don Ramón disparaba estacas como si fuera el protagonista de una peli de acción de los noventa. Valeria destrozaba vampiros con las manos desnudas. Nico y yo nos

arrastrábamos por el suelo, intentando no morir, mientras Rafa flotaba encima de nosotros lanzando a cualquier vampiro que se acercara.

Y entonces llegó Viktor.

Entró por la puerta principal, caminando tranquilo, como si no hubiera una guerra a su alrededor.

—Impresionante —dijo, mirando a Rafa—. Realmente impresionante.

—Vete —dije, poniéndome delante de Rafa.

—¿O qué?

—O mi hijo te lanza contra la pared.

—Tu hijo está agotándose. —Viktor señaló a Rafa, que efectivamente parecía más pálido que antes. Más cansado—. Cada vez que usa sus poderes, gasta energía. Y no le queda mucha.

Mierda.

Tenía razón.

Rafa estaba temblando. Sus ojos brillaban menos. Se movía más lento.

—Rafa bien —murmuró, pero no sonaba bien. Sonaba a punto de desmayarse.

—Dame al niño —dijo Viktor—. Y esto acaba. Sin más muertes. Sin más dolor.

—No.

—Niña, no tienes elección.

—Siempre hay elección.

Viktor suspiró, como si le aburriera.

—Como quieras.

Se movió.

Rápido. Muy rápido.

Esta vez no hacia mí. Hacia Nico.

Lo agarró por el cuello antes de que pudiera reaccionar, levantándolo del suelo como había hecho conmigo.

—¡NICO!

—Última oportunidad —dijo Viktor—. El niño o tu novio.

No.

No, no, no.

Miré a Rafa. A Nico. A Viktor.

No podía elegir. No podía perder a ninguno de los dos.

—Margo —dijo Nico, con la voz ahogada—. Dáselo.

—¡No!

—No puedo... respirar... Dáselo...

—¡NO!

—Ma —dijo Rafa detrás de mí.

Me giré.

Rafa estaba flotando. Muy alto. Más alto que nunca. Y sus ojos...

Sus ojos brillaban como nunca los había visto.

Rojos. Pero también dorados. Como si hubiera fuego dentro de ellos.

—Rafa no deja que malo gane —dijo.

Y entonces hizo algo que no había hecho antes.

Gritó.

No un grito de bebé. No un llanto.

Un GRITO.

Un sonido que atravesó la carnicería, que hizo temblar las paredes, que me hizo taparme los oídos de puro instinto.

Viktor soltó a Nico.

No porque quisiera. Porque sus manos dejaron de funcionar.

Todo su cuerpo dejó de funcionar.

Se quedó paralizado, congelado, mirando a Rafa con una expresión que nunca había visto en su cara.

Terror.

Terror puro.

—Imposible —susurró.

—Nada imposible —dijo Rafa, y su voz era todas las voces a la vez, vieja y joven y antigua y nueva—. Rafa protege. Rafa SIEMPRE protege.

Extendió las dos manos.

Y Viktor empezó a arder.

No con fuego normal. Con algo más. Algo que venía de dentro. Algo que hacía que su piel se agrietara y brillara y se desmoronara.

Los otros vampiros intentaron huir, pero estaban paralizados también. Todos ellos. Congelados por el grito de Rafa.

—¡Rafael, para! —gritó Valeria—. ¡Es demasiado!

Pero Rafa no paraba.

Rafa no podía parar.

Estaba ardiendo también. No por fuera. Por dentro. Todo su poder saliendo a la vez, destruyendo a los enemigos, destruyéndose a sí mismo.

—¡RAFA! —grité.

No me oía.

Estaba demasiado lejos. Demasiado perdido en su propio poder.

Hice lo único que podía hacer.

Salté.

Lo agarré en el aire y lo abracé con todas mis fuerzas.

—Para —susurré en su oído—. Para, bicho. Ya está. Ya está.

—Ma...

—Estoy aquí. Estoy contigo. Ya puedes parar.

—No puedo...

—Sí puedes. Confío en ti. Para.

Silencio.

El brillo de sus ojos empezó a apagarse.

Sus manos bajaron.

Viktor cayó al suelo, medio desintegrado, inmóvil.

Los otros vampiros también cayeron. Algunos polvo. Otros simplemente... vacíos. Como cáscaras.

Y Rafa cayó en mis brazos.

Inconsciente.

Pero vivo.

Bueno, no-muerto.

Pero ahí estaba.

—Joder —dijo Nico, tosiendo, agarrándose el cuello—. Joder, joder, joder.

—¿Estás bien?

—Creo que sí. —Me miró—. ¿Y Rafa?

—Dormido. Creo.

Valeria se acercó, con la cara llena de sangre negra que no era suya.

—Está vivo —dijo, tocando a Rafa suavemente—. Lo que ha hecho... No sabía que podía hacer eso. Nadie puede hacer eso.

—¿Qué ha hecho exactamente?

—Ha canalizado la muerte. La muerte de los vampiros. Ha usado nuestra propia naturaleza contra nosotros.

—¿Y eso es malo?

—Es... inaudito. Rafael no es solo un Nacido. Es algo más. Algo que no hemos visto en siglos.

Genial. Mi bebé era no solo un super vampiro sino también algún tipo de

arma ancestral.

Normal.

Muy normal.

Don Ramón se acercó, con su ballesta vacía y el pelo revuelto.

—Se acabó —dijo, mirando los restos de Viktor—. El cabrón está muerto de verdad esta vez.

—¿De verdad de verdad?

—De verdad de verdad.

Miré a Rafa, dormido en mis brazos.

Había salvado a Nico. Me había salvado a mí. Nos había salvado a todos.

Y casi se había destruido haciéndolo.

—Vamos a casa —dije.

—¿A tu casa? —preguntó Nico—. El salón está destrozado.

—A donde sea. A donde podamos descansar.

Lola salió de la trastienda, muy pálida.

—O sea —dijo—. O sea. Acabo de ver... O sea.

—Sí.

—¿Siempre es así?

—Últimamente sí.

—Joder, tía. Tu vida es

buen

intensa.

Tenía razón.

Mi vida era muy intensa.

Pero había acabado.

Por ahora.

Viktor estaba muerto. Sus vampiros también. Rafa estaba a salvo.

Habíamos ganado.

No sé cómo. No sé por qué.

Pero habíamos

jodidamente ganado.

Y eso era lo único que importaba.

Capítulo 26

La calma después de la tormenta

Rafa durmió tres días.

Tres días enteros en los que no se movió, no habló, no abrió los ojos. Solo respiraba. Bueno, técnicamente los vampiros no respiraban, pero hacía ese movimiento de pecho que te hacía pensar que sí.

Era reconfortante.

Y aterrador.

—¿Seguro que está bien? —le pregunté a Valeria por décima vez.

—Está recuperándose. Lo que hizo requirió mucha energía.

—Pero lleva tres días.

—Y puede llevar más. Rafael casi se vacía por completo para destruir a Viktor. Eso tiene consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—No lo sé.

Genial. Muy tranquilizador.

Mi madre había decidido que, ya que el salón estaba destrozado igualmente, íbamos a "reformar". Lo cual significaba que habíamos quitado los muebles rotos, barrido los cristales, y puesto un sofá nuevo del IKEA que Hugo había elegido.

Era naranja.

Naranja chillón.

—A mí me mola —dijo Hugo, sentándose en él como si fuera un trono.

—Es horroroso.

—Es guay.

—Es del color de un cheeto.

—Exacto.

No podía discutir con la lógica de un niño de siete años que había sobrevivido a una invasión vampírica. Se había ganado el derecho a elegir el sofá.

Nico venía cada día. A veces se quedaba a dormir, en el colchón del suelo de mi cuarto, porque mi madre había decidido que después de todo lo que había pasado, las reglas normales ya no aplicaban.

—Si habéis matado a un vampiro centenario juntos —dijo—, podéis dormir en la misma habitación.

—Técnicamente no hemos matado a nadie. Ha sido Rafa.

—Me da igual la técnica. Dormís donde queráis.

Nico y yo nos miramos.

—Tu madre mola —dijo él.

—Lo sé. El trauma la ha cambiado.

Lola venía por las tardes, después del instituto. Sí, seguíamos yendo al instituto. La vida continuaba aunque hubieras estado en una batalla vampírica. Los exámenes de mates no se cancelaban por apocalipsis sobrenaturales.

Ojalá.

—O sea —dijo Lola el segundo día, sentada en el sofá naranja—, ¿ya está? ¿Se acabó?

—Eso parece.

—¿No van a venir más vampiros?

—Valeria dice que no. Viktor era el único que buscaba a Rafa activamente. Los demás no saben que existe.

—¿Y si se enteran?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos.

—Tía, eso no es un plan.

—Es el único que tengo.

Lola me miró un momento.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí. ¿Por?

—Porque casi te mata un vampiro hace tres días y estás aquí tranquila.

—Es que no sé qué más hacer. —Me encogí de hombros—. No puedo pasarme la vida flipando por algo que ya ha pasado. Rafa está bien. Nosotros estamos bien. Viktor está muerto. Fin.

—No suena a fin. Suena a pausa.

—A lo mejor es lo mismo.

Don Ramón vino al cuarto día.

Con una bolsa de plástico llena de carne.

—Para el pequeño —dijo—. Cuando despierte va a tener hambre.

—Gracias.

—Y esto. —Me dio otra bolsa, más pequeña—. Más verbena. Por si acaso.

—¿Crees que habrá más problemas?

Don Ramón se encogió de hombros.

—En cuarenta años de caza he aprendido una cosa: siempre hay más problemas. Pero también he aprendido que la gente como tú los maneja.

—¿Gente como yo?

—Testaruda. —Sonrió un poco—. Como las mulas. No paráis hasta conseguir lo que queréis.

—No sé si eso es un cumplido.

—Lo es. Créeme.

Se fue después de tomar un café con mi madre, que ahora lo trataba como a un amigo de toda la vida. Supongo que luchar contra vampiros juntos creaba vínculos.

Valeria apareció la quinta noche.

Rafa seguía dormido. Yo estaba sentada a su lado, mirándolo, preguntándome cuándo iba a despertar. Si iba a despertar.

—Lo hará —dijo Valeria, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es fuerte. Más fuerte de lo que nunca imaginé.

Se sentó a mi lado. Era la primera vez que la veía sentarse como una persona normal, sin flotar ni aparecer ni hacer cosas raras de vampira.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por cuidarlo. Por no rendirte. Por todo.

—Es mi hijo.

—No lo es. No de verdad.

—Valeria, llevo semanas sin dormir, he comprado litros de sangre, he mentido a mi madre, casi me mata un vampiro centenario, y tengo un sofá naranja en el salón porque mi hermano de siete años lo eligió. Rafa es mi hijo. Me da igual la biología.

Valeria me miró un momento largo.

Y entonces sonrió.

De verdad. Sin sarcasmo. Sin esa cosa de vampira antigua que hacía todo el rato.

Solo sonrió.

—Eres buena madre —dijo—. Mejor que yo.

—Tú también eres su madre.

—Yo lo traje al mundo. Tú lo estás criando. No es lo mismo.

No sabía qué decir. Así que no dije nada.

—Voy a irme —dijo Valeria.

—¿Irte? ¿A dónde?

—Lejos. Viktor tenía aliados. Gente que querrá venganza. Es mejor que me aleje de Rafael hasta que las cosas se calmen.

—¿Y cuánto tardará eso?

—Meses. Quizás años.

Años.

Valeria iba a desaparecer durante años.

—¿Vas a volver? —pregunté.

—Sí. Siempre vuelvo. —Me miró—. Cuídalo.

—Siempre lo hago.

—Ya lo sé.

Y entonces, porque era Valeria y no podía irse como una persona normal, simplemente desapareció.

Sin ruido. Sin drama. Solo... puf.

Odio cuando hace eso.

Rafa despertó a las tres de la mañana del sexto día.

Yo estaba dormida a su lado, con Nico en el colchón del suelo, cuando escuché una vocecita.

—Ma.

Me incorporé de golpe.

—¿Rafa?

Estaba sentado en su caja, mirándome con esos ojos rojos que ahora parecían más brillantes que nunca. Más vivos.

—Ma —repitió, extendiendo los brazos hacia mí.

Lo cogí y lo abracé tan fuerte que probablemente le habría hecho daño si no fuera un vampiro.

—Bicho —dije, y me di cuenta de que estaba llorando—. Joder, bicho. Pensé que...

—Rafa bien.

—¿Seguro?

—Seguro. Rafa solo cansado. Mucho cansado. Pero ahora bien.

Nico se había despertado con el ruido y estaba sentado en el colchón, mirándanos con cara de sueño.

—Ey, campeón —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Ico. —Rafa extendió una mano hacia él—. Rafa salva Ico.

—Sí que me salvaste. Gracias, tío.

—Tío no. Rafa bebé.

—Es una expresión.

—Expresión

rara.

Me reí. Entre lágrimas, pero me reí.

Mi bebé vampiro estaba de vuelta. Siendo

borde. Siendo él.

—Oye —dije—, ¿te acuerdas de lo que pasó?

Rafa frunció el ceño.

—Malo vino. Malo hace daño a Ma. Malo hace daño a Ico. Rafa enfada.

—¿Y qué hiciste cuando te enfadaste?

—Rafa... —Pausa—. Rafa no sabe. Solo enfada. Y luego malo no está.

—Lo destrozaste. Al malo. Lo convertiste en polvo.

—¿Polvo?

—Cenizas. Lo hiciste cenizas.

Rafa pareció pensar en eso un momento.

—Bien —dijo finalmente—. Malo merecía cenizas.

Joder. Mi hijo de menos de un año tenía opiniones morales sobre matar vampiros.

Esta era mi vida ahora.

—Sangue —dijo Rafa de pronto—. Rafa hambre. Mucho hambre.

—Claro, bicho. Don Ramón nos trajo carne.

Fui a preparar el biberón mientras Nico se quedaba con Rafa. Cuando volví, los dos estaban hablando. Bueno, Nico hablaba y Rafa escuchaba con mucha atención.

—...y entonces tu madre le dijo al vampiro que no, y el vampiro se enfadó mucho, y entonces tú hiciste esa cosa con las manos y...

—Ico cuenta bien.

—¿Bien?

—Rafa gusta historias de Ico.

Nico me miró con una sonrisa enorme.

—Le gustan mis historias.

—Es un bebé. Le gustaría cualquier historia.

—No seas

borde. Tengo talento narrativo.

Le di el biberón a Rafa, que lo cogió con sus manitas frías y empezó a beber como si llevara una semana sin comer.

Que técnicamente era casi verdad.

—Oye —dije, sentándome en la cama—. ¿Esto es nuestra vida ahora?

—¿Qué cosa?

—Esto. Los tres. En mi cuarto. A las tres de la mañana. Con un bebé vampiro.

—Supongo que sí.

—Es

raro.

—Muy

raro.

—Pero también es...

—¿Qué?

—No sé. Bien. ¿Está

mal que esté bien?

Nico me cogió la mano.

—Margo, acabamos de sobrevivir a una invasión vampírica. Creo que tenemos derecho a que las cosas estén bien.

Tenía razón.

Siempre tenía razón, el cabrón.

Rafa terminó el biberón y eructó.

—Sangue bien —dijo, satisfecho.

—Me alegro.

—Ma bien. Ico bien. Rafa bien.

—Sí, bicho. Todos bien.

—Familia bien.

Y joder.

Joder, joder, joder.

Este pequeño vampiro cabrón me estaba haciendo llorar otra vez.

—Sí —dije, abrazándolo—. Familia bien.

Nico se acercó y nos abrazó a los dos.

Y ahí estábamos. A las tres de la mañana. En mi cuarto. Los tres juntos.

Como una familia.

La familia más rara del mundo.

Pero nuestra.

Capítulo 27

La nueva normalidad

Pasaron dos semanas.

Dos semanas en las que no pasó absolutamente nada sobrenatural.

Bueno, nada sobrenatural aparte de Rafa. Pero Rafa ya no contaba como sobrenatural. Rafa era normal. Mi normal.

Lo cual era

buen

retorcido si lo pensabas.

Pero mejor no pensar.

El instituto seguía igual de aburrido. Los exámenes seguían siendo una

. Lola seguía cotilleando sobre quién se había

con quién en la fiesta de

que yo no había ido porque tenía un bebé vampiro que cuidar.

La diferencia era que ahora mi madre lo sabía.

Y eso cambiaba las cosas.

—Margo, Rafa tiene hambre —me dijo una mañana mientras yo intentaba desayunar.

—Ya le he dado el biberón.

—Pues quiere más.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está mordiendo el sofá.

Fui al salón.

Rafa estaba efectivamente mordiendo el sofá naranja. El sofá naranja horroroso que Hugo había elegido y que ahora tenía marcas de colmillos en un cojín.

—Rafa, no —dije.

—Sofá feo —respondió él—. Merece mordiscos.

—No puedes morder los muebles.

—¿Por qué no?

—Porque... porque no. Porque los muebles no se muerden.

—Pero Rafa hambre.

—Tienes sangre en la nevera.

—Sofá más cerca.

La lógica de un vampiro de meses. Impecable.

Mi madre se asomó desde la cocina.

—Dale más sangre, anda. Don Ramón nos ha traído esta mañana.

—¿Don Ramón viene ahora a traernos sangre a domicilio?

—Dice que es más seguro que ir tú a la tienda.

—¿Más seguro por qué?

—Porque los vecinos estaban empezando a hablar.

Genial. Ahora teníamos delivery de sangre. Como si fuera Glovo pero para vampiros.

Mi vida era muy

buen

normal.

Nico vino por la tarde, como siempre.

Habíamos establecido una rutina. Él venía después del instituto, estudiábamos juntos —o fingíamos que estudiábamos mientras Rafa flotaba por el techo—, cenábamos con mi madre, y luego se quedaba hasta las once o así.

A veces dormía en mi cuarto.

A veces no.

Mi madre había dejado de preguntar.

—Oye —dijo Nico ese día, tumbado en mi cama mientras Rafa jugaba con su murciélago de peluche—. ¿Crees que esto va a durar?

—¿El qué?

—Esto. La calma. La normalidad.

—No es muy normal tener un vampiro flotando por tu habitación.

—Ya sabes a qué me refiero.

Lo sabía.

Llevaba dos semanas esperando que algo pasara. Que apareciera otro vampiro. Que Valeria volviera con malas noticias. Que Don Ramón nos dijera que había cazadores acercándose.

Pero nada.

Solo días normales con un bebé no-normal.

—No lo sé —admití—. Espero que sí. Pero...

—¿Pero?

—Pero nada dura para siempre, ¿no? Siempre pasa algo.

—Qué

buen

optimista eres.

—Soy realista.

—Eres

buen

borde.

—Aprendió de la mejor —dijo Rafa desde el techo.

Nico y yo nos miramos.

—¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? —preguntó Nico.

—Ha dicho que soy

borde.

—Sí. Eso ha dicho.

Rafa bajó del techo con una sonrisa de colmillos.

—Ma

buen

borde —repitió, muy orgulloso—. Rafa también

borde. Familia

borde.

No sabía si reír o preocuparme de que mi hijo vampiro estuviera desarrollando mi personalidad.

Probablemente las dos cosas.

Hugo entró en mi cuarto sin llamar, como siempre.

—Oye, ¿Rafa puede hacer flotar mi mochila? Es que pesa mucho y no me apetece llevarla.

—Hugo, Rafa no es tu sirviente personal.

—Pero puede flotar cosas. Lo he visto.

—¿Y?

—Pues que floté mi mochila. Es práctica.

Rafa, porque era un

buen

traidor, flotó hacia Hugo.

—Hugo amigo —dijo—. Rafa ayuda Hugo.

—¡Ves! Él quiere.

—Rafa, no tienes que hacer todo lo que Hugo te pida.

—Pero Hugo da chuches.

Me giré hacia mi hermano.

—¿Le estás dando chuches?

—Solo cuando hace cosas por mí.

—¡Hugo! ¡No puedes sobornar al bebé vampiro!

—¿Por qué no? Funciona.

—Porque es... porque... —No tenía argumento—. Porque no está bien.

—Tú le das sangre cuando hace caso.

—¡Eso es diferente!

—¿En qué?

Silencio.

Nico se estaba riendo en la cama.

—Tiene un punto —dijo.

—Tú calla.

—Solo digo que la lógica es—

—He dicho que calles.

Hugo sonrió. Esa sonrisa de

que ponía cuando sabía que había ganado.

—Entonces, ¿Rafa flota mi mochila o no?

Miré a Rafa. Rafa me miró a mí.

—Ma decide —dijo.

Al menos alguien respetaba mi autoridad.

—Vale —suspiré—. Pero solo esta vez. Y solo hasta tu cuarto.

—¡Bien! —Hugo corrió a buscar su mochila.

Rafa flotó detrás de él, muy

buen

emocionado con su nueva tarea.

—Esto va a acabar mal —dije.

—Probablemente —dijo Nico—. Pero es

buen

gracioso.

—No tiene gracia.

—Tiene un poco de gracia.

—Vale. Un poco.

Don Ramón vino a cenar esa noche.

Sí. El cazador de vampiros retirado cenaba con nosotros ahora. Era así de

buen

rara mi vida.

Mi madre había hecho cocido, que era lo único que sabía hacer medianamente bien. Don Ramón se lo comió como si fuera el mejor cocido del mundo, aunque yo sabía que los garbanzos estaban un poco duros.

—¿Cómo está el pequeño? —preguntó, mirando hacia mi cuarto donde Rafa estaba dormido.

—Bien. Comiendo mucho. Flotando mucho. Siendo

buen

borde.

—¿

Borde?

—Es la palabra favorita del mes.

Don Ramón se rió.

—Los Nacidos aprenden rápido. Absorben el vocabulario de su entorno.

—O sea que va a hablar como yo.

—Probablemente.

—El mundo no está preparado para dos Margos.

—El mundo se adapta —dijo Don Ramón—. Siempre lo hace.

Hubo un momento de silencio. De esos cómodos, donde nadie necesita hablar pero nadie se siente incómodo tampoco.

—Oye, Don Ramón —dije—. ¿Crees que van a venir más? ¿Más vampiros?

Él lo pensó un momento.

—Eventualmente, probablemente sí. La noticia de lo que Rafael hizo se extenderá. No todos los vampiros son como Viktor, pero algunos querrán ver al Nacido que destruyó a un coleccionista.

—¿Y qué hacemos?

—Lo mismo que hemos hecho hasta ahora. Vivir. Prepararnos. Y cuando vengan, enfrentarlos.

—Suena agotador.

—La vida siempre es agotadora. Pero también tiene momentos buenos. —Me miró—. Tienes un hijo que te quiere. Un novio que te apoya. Una familia que sabe la verdad. Eso es más de lo que tienen muchos.

Tenía razón.

Odiaba cuando los viejos tenían razón.

Pero la tenía.

Esa noche, cuando todos se fueron y la casa quedó en silencio, fui al cuarto de Rafa.

Bueno, a mi cuarto. Donde Rafa dormía. En su caja. Que ya se le estaba quedando pequeña porque el

cabrón estaba creciendo.

—Ey, bicho —susurré.

—Ma —murmuró él, medio dormido.

—¿Estás bien?

—Rafa bien. Rafa sueña cosas bonitas.

—¿Qué cosas?

—Ma. Ico. Abela. Hugo. Familia.

Joder.

Joder, joder, joder.

Este crío me iba a matar de ternura antes de que cualquier vampiro tuviera la oportunidad.

—Yo también sueño cosas bonitas —dije, besándole la frente—. Duérmete.

—Ma también duerme. Ma cansada.

—¿Cómo lo sabes?

—Rafa siente. Rafa siente todo de Ma.

Eso era nuevo.

Y un poco

buen

creepy.

Pero también bonito.

A su manera de vampiro.

—Vale —dije—. Ma también duerme.

—Bien.

Me tumbé en la cama, mirando hacia la caja donde Rafa ya se había vuelto a dormir.

Afuera estaba oscuro. Madrid seguía con su ruido de coches y borrachos y vida nocturna. Mi madre dormía en su cuarto. Hugo en el suyo. Y yo estaba aquí, con mi bebé vampiro, pensando en todo y en nada a la vez.

Había querido algo sobrenatural.

Lo había conseguido.

Y ahora tenía esto. Esta vida rara. Esta familia rara. Este amor raro por un bebé que no era mío pero era completamente mío.

No era lo que había esperado.

Era mejor.

Mucho mejor.

Cerré los ojos.

Y por primera vez en semanas, dormí sin preocuparme por lo que vendría mañana.

Porque mañana ya vendría cuando tuviera que venir.

Y lo enfrentaríamos juntos.

Como siempre.

Capítulo 28

El primer mes

Un mes.

Había pasado un mes desde Viktor. Un mes desde la batalla. Un mes desde que mi vida se había convertido en esto.

Y Rafa había crecido.

No mucho. No como un bebé humano. Pero lo suficiente para que la caja donde dormía se le quedara pequeña y mi madre tuviera que comprar una cuna de segunda mano en Wallapop.

—Es una cuna normal —había dicho cuando la trajo—. Para un bebé normal.

—Rafa no es normal.

—Ya, pero la cuna sí puede serlo.

Lógica de madre. No podías discutirla.

Rafa ahora parecía tener unos seis meses humanos. Gateaba más rápido, hablaba mejor, y había desarrollado una personalidad que solo podía describirse como "

borde con

".

Mi hijo era

borde.

Estaba tan orgullosa.

—Ma —dijo esa mañana, mirándome desde su cuna nueva—. Rafa quiere salir.

—Es de día.

—Sol no pica tanto.

—Rafa, el sol literalmente te quema.

—Solo un poquito.

—Un poquito es demasiado.

—Ma

borde.

—Sí. Y tú también. Así que calla y espera a que anochezca.

Rafa hizo un puchero. Un puchero de colmillos. Era

buen

gracioso y

buen

manipulador a la vez.

—No me pongas esa cara —dije.

—¿Qué cara?

—Esa cara de "pobrecito Rafa, nadie le quiere".

—Es que nadie quiere a Rafa.

—Mentira.

—Rafa solo quiere pasear.

—Y Ma solo quiere que no te conviertas en cenizas. Así que esperamos.

Se cruzó de bracitos.

—Ico deja pasear.

—Nico tampoco te deja pasear de día.

—Ico más

buen

.

—Nico te deja hacer lo que quieras porque no sabe decirte que no. Eso no es ser

buen

, es ser blandito.

—Ma

borde.

—Ya lo has dicho.

—Lo digo otra vez.

Este crío me iba a matar. No de vampirismo. De

agotamiento.

Nico vino a las seis, cuando el sol empezaba a bajar.

—¿Qué tal el día? —preguntó, dándome un beso.

—Tu hijo me ha llamado

borde cuatro veces.

—¿Mi hijo?

—Cuando es

borde es tuyo. Cuando es

buen

es mío.

—Eso no es justo.

—La maternidad no es justa.

Nico se rió y fue a ver a Rafa, que inmediatamente cambió de actitud.

—¡Ico! —dijo, extendiendo los brazos—. Ico vino.

—Claro que vine, campeón. ¿Cómo estás?

—Rafa aburrido. Ma no deja hacer nada.

—Tu madre solo quiere que estés a salvo.

—Salvo es aburrido.

—Eso también es verdad.

—¡Nico! —protesté—. No le des la razón.

—Es que la tiene un poco.

—No la tiene.

—La tiene.

—No—

—La tiene —dijo Rafa, muy satisfecho.

Dos contra una. Genial.

Lola llegó media hora después con su móvil en la mano, como siempre.

—Oye, tengo una idea —dijo nada más entrar.

—No.

—Ni siquiera sabes qué es.

—Da igual. La respuesta es no.

—Pero es

buen

idea.

—Tus

buen

ideas siempre acaban mal.

—Esta no. —Se sentó en el sofá naranja horroroso—. ¿Y si hacemos una fiesta?

—¿Una fiesta?

—Para celebrar. Ya sabes. Que sobrevivimos. Que Rafa está bien. Que no nos han matado vampiros.

—Lola, no podemos hacer una fiesta con un bebé vampiro en casa.

—¿Por qué no?

—Porque... porque... —No tenía argumentos—. Porque es

buen

raro.

—Tu vida entera es rara. Una fiesta más o menos no cambia nada.

Tenía un punto.

Odiaba cuando Lola tenía puntos.

—¿Quién vendría? —pregunté.

—Nosotros. Tu madre. Hugo. Don Ramón si quiere.

—¿Una fiesta de seis personas?

—Siete con Rafa.

—Rafa es un bebé.

—Un bebé que ha matado a un vampiro de quinientos años. Creo que se ha ganado una fiesta.

Miré a Nico.

—¿Tú qué opinas?

—Opino que no es la peor idea del mundo.

—Eso no es un respaldo entusiasta.

—Es el único que vas a conseguir.

Suspiré.

—Vale. Pero una fiesta pequeña. Y sin fotos. Y sin que Rafa flote delante de nadie.

—¡Hecho! —Lola ya estaba escribiendo en su móvil—. Le digo a tu madre que compre

.

—¿Por qué tiene que comprar

buen

mi madre?

—Porque es su casa.

—Es MI— Vale, técnicamente es su casa.

—Exacto.

Lola era un

genio

del mal.

Un

genio

del mal que organizaba fiestas para bebés vampiros.

Mi vida era muy

buen

normal.

La "fiesta" fue el sábado.

Mi madre había comprado una tarta. Una tarta normal, de chocolate, porque los vampiros no comían tarta pero los humanos sí.

—¿No debería ser de sangre? —preguntó Hugo, mirando la tarta con decepción.

—Los pasteles de sangre no existen.

—Podrían existir.

—Hugo, no.

—Pero—

—No.

Don Ramón llegó a las ocho con una bolsa de jamón.

—Para la fiesta —dijo.

—Gracias, Don Ramón.

—Y esto para el pequeño. —Sacó otra bolsa, más pequeña—. Sangre de

cerdo especial. De la buena.

—¿Hay sangre de la buena y de la mala?

—Hay sangre y hay SANGRE.

No sabía qué significaba eso pero asentí como si lo entendiera.

Rafa apareció a las nueve, cuando el sol ya se había ido del todo.

Había crecido un poco más desde la mañana. O eso me parecía. Estaba más... definido. Más presente. Más él.

—¿Fiesta? —preguntó, mirando las luces que Lola había puesto por el salón.

—Fiesta para ti —dije.

—¿Para Rafa?

—Para celebrar que llevas un mes con nosotros.

—¿Un mes es mucho?

—Es bastante.

—¿Y Rafa va a tener más meses?

—Muchos más. Todos los que quieras.

Rafa sonrió. Con todos sus colmillos.

—Rafa quiere muchos —dijo.

—Entonces tendrás muchos.

La fiesta no fue gran cosa.

Comimos tarta —bueno, los humanos comimos tarta mientras Rafa bebía su sangre especial—. Hugo intentó enseñarle a Rafa a jugar a la consola pero Rafa seguía sin entender el concepto de "no destrozar el mando con la mente". Don Ramón contó historias de sus tiempos de cazador que probablemente no eran apropiadas para un niño de siete años pero Hugo estaba

buen

encantado.

Y Lola sacó fotos de todo aunque le había dicho que no.

—Rafa no sale en las fotos —dijo cuando se lo recordé.

—Ya lo sé. Pero vosotros sí.

Tenía razón. En las fotos salíamos todos menos Rafa. Un hueco donde debería estar el bebé. Un espacio vacío que solo nosotros

sabíamos qué significaba.

Era

buen

poético si lo pensabas.

O

buen

triste.

O las dos cosas.

A las once, cuando Hugo ya se había dormido en el sofá y Don Ramón se había ido a casa, nos quedamos solo Nico, Rafa y yo.

Mi madre estaba en la cocina, recogiendo, tarareando algo que sonaba a

.

—Oye —dijo Nico—. ¿Puedo decirte algo?

—Claro.

—Esto... —Señaló a su alrededor. El salón con las luces todavía puestas. Los restos de la tarta. Rafa en mis brazos, medio dormido —. Esto es

buen

raro.

—Ya lo sé.

—Pero también es... no sé. Bonito.

—¿Bonito?

—Sí. Es nuestra familia. Nuestra cosa. Nuestro... —Buscó la palabra—. Nuestro rollo.

—Nuestro rollo incluye un bebé vampiro y un cazador que nos trae jamón.

—Ya. Pero es NUESTRO rollo.

Tenía razón.

Era nuestro.

Todo esto. Lo raro. Lo

buen

difícil. Lo

buen

bonito. Era nuestro y de nadie más.

—Te quiero —dije.

—Y yo a ti.

—Y Rafa os quiere a los dos —murmuró Rafa, sin abrir los ojos.

—Creía que estabas dormido.

—Rafa escucha todo.

—Eso es

buen

creepy.

—Rafa sabe.

Me reí.

Nico también se rió.

Y Rafa sonrió con los ojos cerrados, acurrucado contra mi pecho, como si fuera exactamente donde debía estar.

Porque lo era.

Exactamente donde debía estar.

Un mes.

Habíamos sobrevivido un mes.

Y íbamos a sobrevivir muchos más.

Juntos.

Capítulo 29

Cartas desde lejos

Llegó una carta.

Una carta de verdad. De las de papel y sobre y sello. De las que ya no manda nadie porque existen los móviles y el email y hasta los putos mensajes de voz de WhatsApp que mi madre usa para contarme cosas que podrían ser un texto de tres palabras.

Pero esta carta era diferente.

Estaba en el buzón, entre facturas y propaganda del Mercadona, con mi nombre escrito en una letra antigua que parecía sacada de un libro del siglo XVIII.

"Margarita Torres."

Sin dirección de remitente.

Sin sello postal.

Como si alguien la hubiera metido directamente en el buzón durante la noche.

Ya sabía quién era.

La abrí en mi cuarto, con Rafa en brazos, mientras Nico miraba por encima de mi hombro.

"Querida Margarita:

Han pasado seis semanas desde que me fui. Espero que Rafael esté bien. Espero que tú también lo estés.

He estado investigando. Los aliados de Viktor saben lo que pasó, pero tienen miedo. Tu hijo —nuestro hijo— ha demostrado un poder que no se veía desde hace siglos. No vendrán a buscarlo. No todavía. Quizás nunca.

Pero hay otros.

Otros que querrán conocerlo. Estudiarlo. Entender qué es.

No son enemigos. Al menos no todos. Algunos son simplemente curiosos. Antiguos. Como yo.

Cuando llegue el momento, vendré a explicártelo. Por ahora, cuídalo. Quiérelo. Haz lo que has estado haciendo desde el principio.

Eres mejor madre de lo que nunca fui.

No lo olvides.

Valeria."

Me quedé mirando la carta un momento.

—¿Estás bien? —preguntó Nico.

—Sí. Solo... procesando.

—¿Qué dice?

—Que hay más vampiros que quieren conocer a Rafa. Pero que no son malos. Quizás.

—Eso es... ¿bueno?

—No lo sé. Supongo que es mejor que vampiros malos.

Rafa, que había estado escuchando todo con atención, cogió la carta con sus manitas frías.

—Ela —dijo, mirando la letra.

—Sí, es de Valeria.

—¿Ela vuelve?

—No lo sé, bicho. Dice que en algún momento.

—Rafa espera.

—Yo también.

Guardé la carta en el cajón de mi mesilla, junto con otras cosas importantes. La nota original que había venido con Rafa. Una foto de Nico y yo en la que Rafa no salía pero sabíamos que estaba ahí. La bolsita de verbena que Don Ramón me había dado.

Mis recuerdos de esto.

De todo esto.

Mi madre entró sin llamar, porque eso de la privacidad seguía sin existir en esta casa.

—Oye, Margo, ¿has visto mi— —Se paró al ver nuestras caras—. ¿Qué pasa?

—Nada. Una carta de Valeria.

—¿Malas noticias?

—No. Solo... noticias.

Mi madre se sentó en la cama, mirándome con esa expresión de madre que lo sabe todo aunque no digas nada.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad. Es que... es raro. Todo esto. A veces me olvido de lo raro que es y luego pasa algo que me lo recuerda.

—Como una carta de una vampira de doscientos años.

—Exacto.

Mi madre se rió. Una risa pequeña, cansada, pero real.

—Margo, llevas dos meses con esto. Y lo estás haciendo bien.

—No siento que lo esté haciendo bien.

—Nadie siente que lo está haciendo bien. Eso es ser madre.

La miré.

—¿En serio?

—En serio. Cuando naciste, pasé los primeros seis meses convencida de que iba a matarte sin querer. Que te ibas a caer. Que te iba a dar algo malo de comer. Que iba a hacer algo mal y tú ibas a sufrir las consecuencias.

—Pero no pasó nada de eso.

—No. Pero el miedo estaba ahí. Siempre está ahí. —Me cogió la mano—. Lo que pasa es que aprendes a vivir con él. A hacer las cosas a pesar de él.

Joder.

Mi madre estaba siendo profunda.

Esto era nuevo.

—Gracias, mamá.

—De nada. —Se levantó—. Por cierto, ¿has visto mi cargador?

—No.

—Pues Hugo dice que tú lo tienes.

—Hugo miente.

—Hugo siempre miente. Pero alguien tiene que tenerlo.

Se fue a seguir buscando.

Nico me miró.

—Tu madre es

buen

guay.

—Cuando quiere.

—Quiere bastante últimamente.

—El trauma de casi morir por vampiros la ha cambiado.

—A mejor.

—Sí. A mejor.

Rafa se había quedado dormido en mis brazos, acurrucado como siempre, con su manita agarrando mi camiseta.

—Oye —dijo Nico—. ¿Qué crees que pasará?

—¿Con qué?

—Con todo. Con Rafa. Con nosotros. Con... esto.

Buena pregunta.

No tenía respuesta.

—No lo sé —admití—. Supongo que seguiremos. Día a día. Hasta que pase lo siguiente.

—¿Y si lo siguiente es malo?

—Pues lo enfrentamos. Como hemos hecho hasta ahora.

—¿Y si no podemos?

—Entonces huimos.

—¿A dónde?

—No sé. ¿París? Siempre he querido ir a París.

Nico se rió.

—¿Huir de vampiros a París?

—¿Por qué no? Los franceses también tienen vampiros. Seguro. Anne Rice escribió sobre eso.

—Anne Rice escribió sobre Nueva Orleans.

—Pero también sobre París. Creo. No me acuerdo. El caso es que si hay vampiros en todas partes, da igual dónde huyamos.

—Eso es

buen

deprimente.

—Es realista.

—Es deprimente Y realista.

—Bueno, también tenemos a Don Ramón. Y a Valeria cuando vuelva. Y a Rafa, que aparentemente puede destruir vampiros con la mente.

—Eso es verdad.

—Así que no estamos tan

jodidos.

—Solo un poco

jodidos.

—Exacto. Solo un poco.

Nico se tumbó a mi lado en la cama, con cuidado de no despertar a Rafa.

—Oye —dijo—. Pase lo que pase, te quiero.

—Ya lo sé.

—Y quiero a Rafa.

—Él también te quiere. A su manera rara.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Me quieres a tu manera rara?

Le miré. Este chico que llevaba años siendo mi mejor amigo. Que se había convertido en mi novio. Que había aceptado a un bebé vampiro como si fuera lo más normal del mundo.

Este chico que seguía aquí a pesar de todo.

—Sí —dije—. Te quiero a mi manera rara.

—Bien.

—Bien.

—Aunque seas

buen

borde.

—Aunque tú seas

buen

blandito.

Rafa hizo un ruidito en sueños.

—Ico y Ma

buen

ñoños —murmuró sin abrir los ojos.

—Estás despierto, ¿verdad?

—No.

—Rafa.

—Rafa duerme. Rafa no escucha.

—Rafa es un

buen

cotilla.

—Rafa no sabe qué es cotilla.

—Alguien que escucha conversaciones que no son suyas.

—Entonces sí. Rafa es cotilla.

Me reí. Nico también se rió. Y Rafa sonrió con los ojos cerrados, muy

buen

satisfecho consigo mismo.

Esta era mi vida ahora.

Cartas de vampiras antiguas. Novios blanditos. Bebés cotillas que fingían dormir.

Era

buen

rara.

Pero era mía.

Y no la cambiaría por nada del mundo.

Bueno, quizás por una vida normal donde pudiera dormir ocho horas seguidas.

Pero solo quizás.

Solo un poco.

Vale, bastante.

Pero mientras tanto, esto estaba bien.

Esto estaba

buen

bien.

Capítulo 30

Ma de Rafa

Tres meses.

Habían pasado tres meses desde que un bebé vampiro apareció en mi ventana y me cambió la vida para siempre.

Tres meses de noches sin dormir. De biberones de sangre. De mentiras que ya no tenía que contar porque todo el mundo sabía la verdad. De flotar por el techo y mover cosas con la mente y decir "ma" con una vocecita que me derretía el corazón aunque técnicamente los vampiros no tenían corazón que latiera.

Tres meses de ser madre.

Yo.

Margarita Torres.

Diecisiete años.

Gótica de Vallecas.

Madre de un vampiro.

Si me lo hubieran dicho hace un año, me habría reído en su cara. "Sí, claro, y luego qué, ¿me enamoro de mi mejor amigo y luchamos contra un vampiro centenario en una carnicería?"

Pues sí.

Exactamente eso.

Mi vida era

buen

buen

buen

predecible.

Rafa ya parecía tener casi un año. Un año vampírico, que no era lo mismo que un año humano pero se acercaba. Gateaba por las paredes —literalmente, por las paredes—, hablaba en frases

completas, y había desarrollado una personalidad que solo podía describirse como "

buen

buen

buen

buen

borde".

Como su madre.

Bueno, como yo.

Que era su madre.

Todavía me costaba decirlo sin sentir que era

buen

buen

buen

raro.

Pero también era verdad.

—Ma —dijo Rafa esa noche, mirándome desde su cuna—. ¿Puedo preguntar algo?

—Claro, bicho.

—¿Por qué Ma me eligió?

Me quedé callada un momento.

—¿A qué te refieres?

—Ela dejó a Rafa en ventana. Ma podía no coger. Podía dejar. Podía llamar policía. Pero Ma cogió. ¿Por qué?

Joder.

Mi bebé vampiro estaba teniendo una crisis existencial.

A los tres meses.

Esto no salía en ningún libro de crianza.

Me senté en el borde de la cuna y lo cogí en brazos. Pesaba más que antes. Estaba más sólido. Más real.

—No lo sé —admití—. Creo que... te vi. Y supe que tenía que cuidarte.

—¿Aunque Rafa era raro?

—Especialmente porque eras raro. —Le besé la frente—. Yo también soy rara, bicho. A lo mejor por eso funcionamos.

—¿Ma cree que funcionamos?

—Creo que sí. ¿Tú no?

Rafa lo pensó un momento. Ese gesto suyo de fruncir el ceño que había copiado de mí y que me hacía

buen

buen

buen

buen

gracia.

—Sí —dijo finalmente—. Rafa cree que funciona.

—Bien.

—Ma es buena ma.

—Y tú eres un buen bicho.

—Rafa no es bicho.

—Sí que eres bicho.

—Ma

buen

buen

buen

buen

borde.

—Ya lo sé. Duérmete.

Rafa cerró los ojos, pero seguía sonriendo. Con todos sus colmillitos. Como siempre.

Nico llegó a las diez.

Traía pizza. Pizza de verdad, del

buen

buen

buen

buen

bueno de la esquina, no del

buen

buen

buen

buen

del Telepizza.

—He pensado que podíamos celebrar —dijo.

—¿Celebrar qué?

—Tres meses.

—¿Tres meses de qué?

—De todo. De Rafa. De nosotros. De seguir vivos.

Tenía razón. Seguir vivos era motivo de celebración. Después de vampiros centenarios y batallas en carnicerías, cada día extra era un regalo.

Un regalo

buen

buen

buen

buen

raro, pero regalo.

Comimos pizza en el sofá naranja —que seguía siendo horroroso pero ya le había cogido cariño—, mientras mi madre veía

buen

buen

buen

buen

en la tele y Hugo intentaba convencer a Rafa de que le flotara el mando.

—Rafa, porfa.

—No.

—Solo un poquito.

—Hugo pide mucho.

—¡Es que está

buen

buen

buen

buen

lejos!

—Hugo tiene piernas.

—Pero Rafa tiene poderes.

—Poderes no son para

buen

buen

buen

buen

vagos.

Mi hermano de siete años discutiendo con mi hijo vampiro sobre el uso responsable de la telequinesis.

Normal.

Muy

buen

buen

buen

buen

normal.

Después de la pizza, Nico y yo fuimos a mi cuarto. Rafa ya estaba dormido en su cuna, haciendo esos ruiditos de bebé vampiro que ya me parecían lo más normal del mundo.

—Oye —dijo Nico, sentándose en mi cama—. ¿Puedo decirte algo

buen

buen

buen

buen

cursi?

—Siempre me dices cosas

buen

buen

buen

buen

cursis.

—Ya, pero esta es especialmente cursi.

—Vale. Adelante.

—Creo que eres increíble.

Me quedé mirándolo.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

—Es que esperaba algo más elaborado.

—Puedo elaborar. —Se aclaró la garganta—. Margarita Torres, eres la tía más

buen

buen

buen

buen

increíble que conozco. Has criado a un bebé vampiro sin tener ni

buen

buen

buen

buen

idea de lo que hacías. Has sobrevivido a una invasión vampírica. Has mantenido a tu familia unida. Y encima sacas tiempo para ser mi novia y aguantar mis

buen

buen

buen

buen

.

—Eso es

buen

buen

buen

buen

cursi.

—Te lo advertí.

—Me encanta.

Lo besé.

Él me besó.

Y Rafa, porque era Rafa y tenía el peor timing del universo, eligió ese momento para hablar.

—Ma y Ico

buen

buen

buen

buen

buen

ñoños.

—Estás despierto.

—Rafa siempre despierto. Rafa ve todo.

—Eso es

buen

buen

buen

buen

buen

creepy.

—Rafa sabe.

Nico se rió. Yo también me reí. Y Rafa sonrió desde su cuna, muy

buen

buen

buen

buen

buen

satisfecho de habernos interrumpido otra vez.

Algunas cosas nunca cambiaban.

Esa noche, cuando todos dormían, me quedé despierta mirando el techo.

Pensando.

En todo lo que había pasado. En todo lo que podía pasar. En el futuro que no podía ver pero que sabía que iba a ser

buen

buen

buen

buen

buen

interesante.

Valeria volvería en algún momento. Con noticias. Con advertencias. Con más vampiros que querrían conocer a Rafa.

Don Ramón seguiría trayendo sangre y contando historias de sus tiempos de cazador.

Mi madre seguiría siendo mi madre, con sus

buen

buen

buen

buen

buen

y su forma rara de demostrar que me quería.

Hugo seguiría siendo un

buen

buen

buen

buen

buen

pequeño que extorsionaba a todo el mundo.

Lola seguiría queriendo monetizar todo lo que pasaba en mi vida.

Y Nico seguiría aquí. A mi lado. Siendo blandito y cursi y perfecto a su manera

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

.

Y Rafa...

Rafa seguiría siendo Rafa.

Mi bebé vampiro.

Mi bicho.

Mi hijo.

Me levanté de la cama y fui hasta su cuna. Estaba dormido de verdad esta vez, con su murciélago de peluche entre los brazos y una expresión de paz que me hacía olvidar que podía destruir vampiros con la mente.

—Oye, bicho —susurré—. Sé que no me oyes, pero quiero que sepas algo.

Silencio.

—Cuando apareciste en mi ventana, no tenía ni idea de qué hacer contigo. No sabía nada de bebés. Nada de vampiros. Nada de nada. Solo sabía que estabas ahí y que alguien tenía que cuidarte.

Rafa hizo un ruidito pero no se despertó.

—Y resulta que ese alguien fui yo. Y ha sido

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

difícil. Y

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

raro. Y a veces

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

aterrador. Pero también ha sido... —Busqué la palabra—. Lo mejor. Lo mejor que me ha pasado.

Silencio otra vez.

—Así que gracias. Por elegirme. O por dejar que Valeria te dejara conmigo. O como sea que funcione esto. Gracias por convertirme en tu ma.

Rafa abrió un ojo.

—Ma

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

blanda.

—¿Estabas despierto?

—Rafa siempre despierto.

—¿Has oído todo?

—Todo.

—Joder, Rafa.

—Ma dijo cosas bonitas. —Sonrió con sus colmillitos—. Rafa también quiere decir cosa bonita.

—Vale. Adelante.

—Ma es la mejor ma del mundo. De todos los mundos. De vampiros y humanos y todo. Ma eligió a Rafa cuando nadie más

quería. Ma cuidó a Rafa cuando era difícil. Ma luchó por Rafa cuando había peligro. Ma es... —Pausa—. Ma es ma de Rafa. Para siempre.

Joder.

Joder, joder, joder.

Este crío me iba a matar de ternura.

—Ven aquí, bicho —dije, cogiéndolo de la cuna.

—Rafa no es bicho.

—Sí que eres bicho. Mi bicho.

—Vale. Si es bicho de Ma, entonces Rafa bicho.

Lo abracé.

Él me abrazó.

Y nos quedamos así, en la oscuridad de mi cuarto, mientras Madrid dormía y la luna brillaba y el universo seguía girando como si no hubiera un bebé vampiro abrazando a su madre adolescente en un piso de Vallecas.

Era

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

buen

raro.

Era

buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
caótico.
Era
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
buen
mío.
Y no lo cambiaría por nada.
Bueno, quizás por ocho horas de sueño seguidas.
Pero solo quizás.
Solo un poco.

Vale, bastante.

Pero mientras tanto, esto era suficiente.

Esto era más que suficiente.

Esto era todo.

FIN

FIN

Gracias por leer

Si te ha gustado, déjame una reseña.